ANDRÉS BARBA

Auge y caída del conejo Bam



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

Índice

Portada
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
Agradecimientos
Créditos

Para Carmen,
que cruzó el río que no se puede cruzar,
que subió la montaña a la que no puede subirse

Ser conejo es que no haya alternativa.

Dicho popular

I

No hace falta jurar que somos una raza triste; las orejas tiesas, la mirada fija, los músculos en tensión, siempre dispuestos a la huida. En algún momento he llegado a imaginar un solo conejo del que todos somos parte y totalidad, un conejo oscuro como el hambre, cosa entre las cosas, lleno de miedo a ser atrapado, a la enfermedad, al crecimiento imparable de los dientes, al frío excesivo, a los depredadores, al ruido. El miedo es la gran invención de los conejos, pero no de todos, no de Bam al menos, aunque tampoco puede decirse que Bam fuera Bam desde el principio, no la primera vez que llegué a la pradera, Bam no era Bam entonces, ni seguramente nadie, y ese pensamiento me asombra ahora que Bam ha muerto, el de que tal vez el día en que fui abandonado en la pradera por aquellos que sin duda me querían, Bam fue uno de esos bultos con los que me crucé sin saberlo, aquella sombra arrinconada bajo un arbusto, aquel otro que farfulló una bienvenida, no sé.

No hace falta jurar que somos una raza triste, pero Bam estuvo aquí, nos creó, nos liberó. ¿Lo soñamos? No podría decirse que fuera un conejo complicado, pero estuvo lejos de ser uno fácil de comprender. Yo mismo no logro explicarme de dónde venía la fascinación que ejerció sobre nosotros ni cómo pude acompañarle hasta el final. Fue, creo, la convicción de todo el daño que pudo hacernos y, sin embargo, no nos hizo, y es que en eso consistió, si no recuerdo mal, una de sus primeras lecciones, la lección de un Bam ya reconocible, con su cicatriz en el hocico, su permanente hilo lechoso en la mirada y sus manchas pardas en las orejas blancas; la de que, para conocer el miedo de los conejos, es necesario hacerles

creer que se les va a hacer un daño y luego no hacérselo, que sientan que una gran tragedia es inminente y luego dejarlos allí, *presas de la ensoñación*, decía Bam, no sé.

No es sencillo recordar. En esos días soy para mí algo inmóvil y Bam toda una sucesión de encuentros por llegar. Yo acababa de ser abandonado en la pradera por aquellos que sin duda me querían y aún sentía la agitación de la última caricia, había tratado de regresar con ellos sin lograrlo y ahora miraba aquel paisaje desconocido, no sabía hacia dónde moverme, vi, recuerdo, tres árboles, y luego el promontorio gris, y luego los arbustos verde claro que se mezclaban con los arbustos verde oscuro y más allá el río que no se puede cruzar y la montaña a la que no puede subirse, todo era negro, marrón, un poco anaranjado, se oía el piar de los pájaros subiendo y deteniéndose a ratos, olía a animales desconocidos, tal vez mortales, lo que me causaba alerta y desesperación, no me moví hasta ver la entrada a la Gran Madriguera, una entrada poco más grande que mi cuerpo por la que me metí sin pensarlo y me vi rodeado de iguales. Todas las miradas me parecieron familiares y distintas a la vez. Para tranquilizarme me dije que eso era lo que había imaginado siempre cuando me escondía, que esas galerías que mis sentidos percibían ahora por primera vez eran, por así decirlo, la materialización de mi deseo de desaparecer, pero la realidad resultaba más difícil. La Gran Madriguera no tenía una estructura evidente. Era, ahí tenía la prueba, una superposición de múltiples galerías solapadas, conectadas unas con otras, tan pronto concluían en una sala cerrada como se conectaban a otra red difusa de nuevas salas, espirales, conexiones, salidas, útiles algunas, otras solo divergentes, como si un número incalculable de conejos pasados, pero con necesidades y sentimientos idénticos a los míos, hubiese creado un entramado habitable y delirante; un espacio que algunos habían tratado de unificar, tanto como otros de mantener aislado. La Gran Madriguera, tardé en comprenderlo, no respondía solo a la necesidad de un refugio, sino a algo más oscuro, un mensaje no del todo consciente, la seguridad de que la obra de uno es la obra de todos, de que para los conejos no hay margen para una rebelión que no sea, al mismo

tiempo, una huida, una constatación de su impotencia, pensé, creo, no sé.

Sé bien lo que diría Bam. Bam, que nos salvó y perdió y tal vez nos inventó, sé lo que diría porque se lo oí decir cientos de veces en privado y en público, con variaciones –tremendas variaciones que, en realidad, lo pensé luego, cuestionaban la sabiduría de Bam, aunque eso es otro asunto– sé lo que diría porque hasta los detractores de Bam decían lo mismo: que la Gran Madriguera es indiferente a los conejos por muy obra suya que sea, que las galerías, salas, recovecos, conexiones, entradas y salidas de la Gran Madriguera resultan indistinguibles porque son, en realidad, intercambiables, o mejor, la misma galería, la misma sala, la misma conexión, el mismo recoveco, que los conejos que recorremos la Gran Madriguera somos simultáneamente un mismo y todos los conejos que la recorren y recorrieron, salimos a la vez que entramos, nacemos a la vez que morimos, y que por eso quebrar la pata a un conejo es quebrárnosla a ninguno, matarnos a todos es no rozar siquiera la posibilidad de nuestra muerte, eso diría Bam, con esas palabras u otras parecidas, con un conocimiento que yo creo que adquirí entonces, en esos días de confusión, impregnado aún del olor de aquellos que sin duda me querían, un olor que no podía ocultar y que provocaba que muchos se apartaran de mí con desconfianza. Recorría las galerías solo, con la esperanza de que así se iría más rápido, sin ninguna intención de orientarme, vagaba tratando de borrar mi vida anterior, y la oscuridad y el frío permitían que el olvido hiciera su trabajo, pero ¿qué era finalmente lo que quería yo? No lo sabía tampoco, me aferraba a ese deseo de borrarlo todo como quien se aferra a una roca menor para saltar a una más grande, no deseaba ver a nadie ni que nadie me viera a mí; adivinaba el miedo en la mirada de los otros, porque *el miedo es siempre la antesala de otra cosa*, solía decir Bam, y me agazapaba aguantando la respiración hasta quedarme solo para salir de nuevo a la pradera, no sé.

Pero cuanto más trataba de alejarme, más trataba Bam de acercarse a mí, cuanto más salía a la pradera en busca de alimento, más se repetían en la distancia aquellas orejas blancas con sus

manchas pardas, aquel hocico con su cicatriz y aquel ojo con su hilo lechoso. En el relato heroico que se hace hoy de esos días no hay conejo que no viera a Bam en tal o cual ocasión, que no escuchara de él un comentario premonitorio, quien más quien menos copuló con él alguna tarde o durmió amparado en su calor durante aquel invierno terrible, Bam se ha convertido hoy en el horizonte natural de los recuerdos, quien más quien menos recuerda alguna frase memorable, frases que todos aseguran haber escuchado de Bam y que muchas veces no son de Bam, sino de ellos mismos, pues la mayoría de los conejos que viven hoy en la Gran Madriguera ni siquiera conocieron a Bam, se trata por tanto de conclusiones que han adquirido por experiencia propia, pero igual sienten la tentación de atribuir a Bam, pues atribuidas a Bam adquieren una fuerza que no tendrían de otro modo. Quien más quien menos relata actos heroicos de Bam que no vio o derrotas de Bam que no lamentó, las historias son tanto más fantasiosas cuanto más alejados estuvieron de Bam los conejos que las cuentan, pero solo quienes realmente conocimos a Bam guardamos silencio, tal vez porque en aquellos días Bam era un paria, o quizá no un paria, pero casi un paria. Solo de milagro, se decía entonces, estaba vivo Bam, solo por suerte aquel conejo no había sido devorado por algún depredador o aniquilado por cualquier contagio, y más que un signo de inteligencia o respeto, esa ausencia de miedo era algo monstruoso en Bam, una carencia; justo al revés de lo que suele decirse ahora, nadie quería entonces estar cerca de Bam porque se corría el peligro de quedar impregnado de su locura, por eso cada vez que salía de la Gran Madriguera y veía en la distancia aquellas orejas blancas con sus manchas pardas, el hocico con su cicatriz y el ojo con su hilo lechoso, por lo general trataba de huir o, si no podía, evitaba mirarlo o, si no podía, apenas respondía a sus preguntas o, si lo hacía, era con un *sí* o un *no*, y hasta me resignaba a no comer si era necesario y regresaba a la Gran Madriguera antes de pasarme la mañana asediado a preguntas por aquel conejo incansable, tal vez idiota, pensaba yo, que me perseguía, no sé.

Digo Bam pero evidentemente aún no se llamaba Bam, ni ninguna otra cosa. Digo Bam y era solo una criatura incomprensible, cómica

si no hubiese sido tan irritante. Poco a poco empecé a ceder a su presencia, ni siquiera un conejo puede pasarse la vida huyendo. Poco a poco empecé a salir a la pradera y me acostumbré a que detrás de mí lo hiciera aquella sombra. Se estableció entre nosotros un orden invertido en el que el fuerte imitaba al débil, en el que Bam me imitaba a mí, convencido tal vez de que la imitación le haría poseer un secreto que él pensaba que yo me resistía a revelarle. Si yo comía, lo hacía Bam, si yo bebía, Bam bebía, si me quedaba inmóvil y en silencio bajo el sol de la mañana, lo hacía él. Porque me había visto llegar, me dijo, aquella tarde en la pradera, porque él estaba husmeando unas raíces cuando vio a aquellos que sin duda me querían transportándome en sus brazos, y vio también, me dijo, que al principio yo me resistí a ser abandonado, que regresé dos o tres veces hasta donde se encontraban, y que ellos volvieron a obligarme a marchar y que yo regresé una vez más, hasta que al fin me dieron por imposible y poco menos que se marcharon corriendo, y *por qué* –preguntaba Bam, incansable–, *por qué* –deseaba saber– había regresado con ellos, por qué no me había querido quedar en la pradera si yo era un conejo y pertenecía al mundo de los conejos. No era, por supuesto, la primera vez que me lo preguntaban, pero nadie lo hacía con tanta insistencia como Bam. Por falta de referencias sus preguntas acababan volviéndose reiterativas: a la pregunta de por qué había querido regresar seguía la de qué había en el mundo del que me habían traído, si había más conejos allí, por qué había querido regresar con ellos, insistía, dejándome sin palabras, igual que me quedaba sin palabras siempre que me preguntaban los demás, y es que cada vez que intentaba responder a esas preguntas chocaba con su incapacidad para imaginar lo que yo había visto y ellos no, cada vez que trataba de responder todo se volvía inmediatamente falso, describía cómo era la madriguera de aquellos que sin duda me querían, aquel espacio de galerías rectas de alturas imposibles, la oquedad suave en la que había dormido desde mi nacimiento, la piedra blanca que despedía calor, el sol que se apagaba y encendía abruptamente, las virutas marrones y alimenticias que me daban todas las mañanas y, aunque creía describir todo conforme a la verdad, al instante me veía obligado a

comprobar que no era la verdad lo que ellos oían. La verdad, acabé pensando, solo la conoce quien la ha vivido, no hay manera de contar lo que otro no ha visto, todas las historias se vuelven así una mentira. Hasta los sucesos más recientes –pensaba en mis momentos de mayor desánimo–, hasta si ahora mismo en la Gran Madriguera entrara alguien a toda prisa y avisara de que sobre la pradera hay un depredador que nos pone en peligro, todos pensaríamos instantáneamente en algo parecido y en algo distinto y parecería que nos entendemos, pero en realidad estaríamos lejos de hacerlo, no sé.

Pero había otros momentos también. Momentos de una extraña belleza. Y lo más raro es que provenían precisamente de esa insistencia de Bam, su deseo de verdad era tan fuerte que no importaba que lo que yo dijera fuese inevitablemente una mentira, todo lo convertía en verdad. Cómo era eso posible, no sabría decirlo. Se parecía, creo, al miedo, a la forma en que el miedo transfigura y afila las cosas, su deseo de la verdad, agarraba el mundo y lo llevaba a otra parte para devorarlo tal y como se dice que un depredador nos agarra y nos lleva a otra parte para devorarnos. Empecé a acostumbrarme a mi vida en la Gran Madriguera. Comencé a alimentarme bien, el misterio de sus galerías empezó a parecerme menos opresor, tal vez porque ya no trataba de entenderlo. Las recorría ahora como veía que lo hacían los demás: sin intención de llegar a ningún sitio y cuanto más lo hacía, más percibía su desgaste. *El desgaste*, decía Bam, *es la garantía de las cosas*. Empezamos a pasar la mayor parte del día y la noche juntos. Nos veían, creo, como una extraña pareja. *Cómo era*, preguntaba una y otra vez. *Cómo era qué*, respondía yo. *Cómo era su madriguera*, insistía Bam. Creía en la existencia de una sola madriguera. La convicción de una madriguera universal en la que vivían esos seres, pero también nosotros y muchos otros animales, ejercía sobre él una especie de fascinación. No era tanto lo que veía en mí como lo que creía que yo representaba. Afirmaba que no era como los demás. Creo que ni él sabía lo que decía, no sé.

Bam. Digo Bam una y otra vez, pero evidentemente aún no se llamaba Bam, ni ninguna otra cosa. Nadie se llamaba nada. Ni

siquiera yo, el único que tenía nombre, había logrado alcanzar el mío. Éramos conejos precedidos de una serie infinita de conejos, superpuestos por otra serie infinita de conejos. *Ser conejo es que no haya alternativa*, decía Bam, una frase que se repetía mucho en aquel entonces en la Gran Madriguera, *ser conejo es que no haya alternativa*, ahora casi me hace sonreír su grandilocuencia, su aire implacable, la forma en que nos abandona a una incertidumbre no sabemos si liberadora o fatalista (pues alternativa a qué, al fin y al cabo), el extraño alivio que me provoca incluso hoy, tras la muerte de Bam, *ser conejo es que no haya alternativa*, como si la única manera de existir fuera en una galería sellada, con la cabeza pegada a la tierra y esa opresión cruzara un umbral desconocido, pero, en vez de horror, produjera alivio, como aquel invierno en que pasé las primeras noches en la mayor oscuridad que había sentido nunca, bajo una ola de frío mortal, en lo más profundo de la Gran Madriguera junto a una masa indistinguible de conejos que iban rotando para no alejarse del centro, angustiados por la mera posibilidad de morir en la helada, todos hacinados en la oscuridad, tranquilos solo momentáneamente cuando nos veíamos protegidos por una superficie de carne y pelo lo bastante amplia como para garantizar nuestra supervivencia, cayendo en un extraño duermevela que se interrumpía cuando de nuevo volvía a sentir el frío, lo que solo podía significar que la masa se había desplazado y me había dejado de nuevo en alguno de los bordes y que, por tanto, mi vida volvía a correr peligro, pero qué es al fin y al cabo la vida de un solo conejo si *ser conejo es que no haya alternativa*, esa frase otorgaba un extraño consuelo entonces, durante las heladas de aquel invierno terrible, las galerías en las que nos hacinábamos nunca estaban en silencio durante esas noches, se oían chillidos altos y bajos, rechinar de dientes, sonidos que muchas veces se superponían, algunos orinaban, otros copulaban para recuperar el calor, y recuerdo particularmente una de aquellas noches, tuvo que ser de las primeras o yo no habría sido tan impresionable, en que el miedo a morir se manifestó como una furia colectiva: uno de los conejos sacudió la pata por desesperación, cosa que llevó a imitarle al que estaba a su lado y también al que estaba al lado de ese segundo, y

a un tercero, de modo que a los pocos segundos la Gran Madriguera al completo pateaba el suelo con tanta furia que las paredes de la galería se pusieron a vibrar y hasta cayeron fragmentos de tierra sobre nuestras cabezas, éramos una masa única y temblorosa que pateaba por su vida, y pensé entonces que no me importaba morir en medio de esa masa furiosa, si es que algo así puede pensarse, no sé.

Si no recuerdo mal sucedió en la pradera, no mucho después de aquella helada, hacía sol, Bam y yo estábamos tranquilos, acabábamos de comer, recuerdo el placer del sol y cómo la pradera verde claro se unía a la pradera verde oscuro y seguía bajo los árboles y se oía el río que no se puede cruzar y se veía la montaña a la que no puede subirse y no había otros animales, pero el placer del sol era más grande. *El secreto de la felicidad está en las criaturas que tenemos cola*, solía decir Bam cuando nos encontrábamos así, inmóviles de placer, refiriéndose sobre todo a los pájaros, a los que creo que despreciaba, *el secreto de la felicidad está solo en las criaturas que tenemos cola*, una frase que me pareció absurda la primera vez que la oí y más adelante, creo, me pareció razonable porque empecé a entenderla, aunque nunca le pregunté a Bam si los dos entendíamos lo mismo: a saber, que la felicidad está en los animales que tenemos cola porque la cola es la extensión por la que entra y sale la felicidad, y que si se carece de ella, el cuerpo no puede recibirla por mucho que exista para otros, o, por decirlo de otro modo, que la felicidad es algo que está afuera de nosotros y que solo de vez en cuando nos invade si nuestro cuerpo lo habilita a través de la cola y que tal vez sea esa la explicación de la forma tan diversa en que los animales sentimos el mundo, los pájaros y nosotros, por ejemplo, o los ciervos y nosotros, o los jabalíes y nosotros, por no hablar de las lombrices o las moscas y nosotros, no tanto la distinción clásica de entre los que comen y los que son comidos, como la de los que admiten la felicidad y los que no la admiten, es decir, los que tienen cola y los que no, y que del mismo modo que ellos tal vez no sienten la felicidad, habrá seguramente sentimientos en ellos vedados para nosotros, en las lombrices, en las moscas, quiero decir, sentimientos inalcanzables, definitivos para

ellos, fuente de toda su conciencia y su pensamiento y tal vez su placer, de los que no tenemos noticia, no sé.

El caso es que Bam dijo: *Trata de recordar algo que te sucedió en esos días*, una frase no muy distinta de la que solía decirme casi siempre, pero con un cierre distinto: *no te alejes*. *Que no me aleje de qué*, pregunté yo. *De lo que te sucedió en esos días*, concluyó tranquilamente Bam. Yo no entendía lo que quería decir, de modo que traté de aislar como hacía siempre algún recuerdo aleatorio, como cuando separaba las virutas marrones comestibles con el hocico o cuando el sol se encendía abruptamente en mitad de la noche y luego volvía a apagarse de nuevo, hasta que de pronto entendí lo que me había dicho Bam, *no te alejes*, y entonces me dije a mí mismo: *no te alejes*. Pensé que, igual que podía quedarme inmóvil en la pradera, también podía, por decirlo así, inmovilizar mi mente para que el pasado me alcanzara. Y eso hice. Y me alcanzó. Y recuerdo que la palabra llegó a mí como algo sólido. Yo me sentía herido por esa palabra, por eso la había olvidado: *Copito*. La volví a repetir: *Copito*. Era algo más que un simple acoplamiento de sonidos que alguien hubiera repetido muchas veces a mi lado, se parecía más bien a la sensación de una carencia, a una comida demasiado dulce. Le dije a Bam que había encontrado eso en mi interior: *Copito*. Le dije que no sabía lo que significaba. Le dije que me daba miedo, pero no era del todo cierto. Igual que el color gris está sobre la piedra, pero también dentro de ella porque luego, rota, sigue siendo gris por dentro, yo sentía que *Copito* me había alcanzado, que también por dentro yo era *Copito*. No era un mensaje. No era un recuerdo. Bam se quedó inmóvil. Me dijo que se lo repitiera varias veces y yo lo hice: *Copito, Copito, Copito*. Creo que lo entendimos entonces, no sé.

Copito. Te llamas *Copito* y esa palabra dura y simple son tus patas, tus ojos amarillos, la materia que alimentas y proteges, te llamas *Copito* y hay que llamarse *Copito* hasta el fin de los tiempos. Miras y es *Copito* el que mira. Comes y es *Copito* el que come. Y esa marca blanca que tienes en la pata, sobre el pelo negro, es la marca blanca que, sobre el pelo negro, tiene *Copito*. No es sencillo medir la vida de los demás, pero de pronto parece sencillo medir la vida de

Copito. No se puede mesurar la pradera, ni el río que no puede cruzarse, ni la montaña a la que no se puede subir, pero de pronto no es complicado mesurar el cuerpo de *Copito*: basta con pegarlo a la galería, arañar el suelo para saber que el suelo y la pata se distinguen, basta con comer para darse cuenta de que eso que hasta ahora había sido solo alimento, eres ahora tú mismo, *Copito*. Te llamas *Copito* y en medio de la noche, apretado contra la masa de conejos, un dolor penetra y te hunde con él. Entonces te vuelves temeroso del futuro, enemigo de tus depredadores, apariencia mejorable, más gordo o flaco de lo que deberías para sobrevivir, te llamas *Copito* y estás solo en tu miedo como lo estás en la marca blanca sobre el pelo negro, no sé.

Sentí que el pelo se me erizaba al descubrirlo y, cuando me volví hacia Bam, me di cuenta de que también él lo había advertido. *Esto es nuevísimo*, dijo. No sé si había fascinación o miedo en su voz. *Esto es nuevísimo*, repitió. Una frase que era para Bam la certeza de que había logrado salir de la ilusión, *esto es nuevísimo*, insistió, y luego: *Copito*, pero con una forma de repetir *Copito* que ya no era una repetición, sino yo mismo, *Copito*: el conejo negro con una mancha blanca sobre una pata negra, *Copito*, repitió Bam. *Esto es nuevísimo*, respondí yo. *Esto es nuevísimo*, sentenció Bam, y supe que tenía que hacerlo, pero todavía tardé un poco en hacerlo, por cautela, por exceso de conciencia, no sé.

Lo cierto es que dije lo primero que se me ocurrió: *Bam*. Un sonido como un encontronazo. *Esto es nuevísimo, Bam*. Casi me asusta ahora que saliera de mí esa palabra sagrada y que lo hiciera de esa forma. Podría haber dicho cualquier otra, un nombre más digno, más notable, menos patético, dije *Bam*. Del mismo modo que yo fui Copito, él fue Bam, pero a diferencia de mí, que había huido de mi nombre, Bam se había encaminado al suyo. Ah, qué inmóvil se quedó Bam. Inmóvil y con el hilo lechoso de su ojo clavado en el mío, con su cicatriz en el hocico, sus orejas blancas con sus manchas pardas, qué inmóvil se quedó hasta que empezó a temblarle la pata izquierda y a continuación a golpear el suelo con furia, *Bam*, esa palabra que ahora me asusta que saliera de mi boca, qué inmóvil se quedó mirándome fascinado, o mejor, aterrado, parecía recorrer con

la mirada toda la pradera con una especie de desesperación, como si cada una de esas cosas fuera a reclamar un nombre o todo se hubiese vuelto piel; los árboles, piel; las piedras, piel; las plantas, piel; la entrada a la Gran Madriguera, un gran tubo de piel, todo sensible, todo ardiendo, todo con frío, no sé.

Y pensar que aquello era solo el comienzo del comienzo, emociona pensarlo ahora que está muerto Bam, cómo no embellecer ese día. ¿Qué oiríamos si oyéramos toda la alegría que sentimos, todas las transformaciones que prosiguieron? Ni siquiera sé el tiempo que estuvimos allí. Sé que la luz empezó a decaer y que las cosas se volvieron más nítidas y se apaciguó la sensación de que se abalanzaban sobre nosotros y empezó, como en todos los crepúsculos, la hora de los olores, ese breve lapso entre los depredadores diurnos y los nocturnos en que no hay ninguna amenaza, un espacio en el que nadie nos ataca ni nos come, y –desconozco si porque las cosas huelen más entonces o si porque nosotros las olemos mejor– yo sentí con brutalidad el olor de las jaras, el brezo, las amapolas silvestres, la tierra mojada al desvanecerse entre la hierba, los olores terrosos de los escarabajos, el olor ácido de las hormigas, el sudor salino de los ciervos, había aprendido a distinguirlos desde que me abandonaron en la pradera aquellos que sin duda me querían, pero ahora me sacudían como si existieran solo para mí, y tal vez porque Bam me vio asustado o sobrecogido, me dijo: *Copito, no lo quieras sentir todo*. Qué extraño que dijera eso Bam. *No lo quieras sentir todo*. Me hace creer ahora que en Bam había también una sabiduría, una inteligencia de las cosas muertas, *no lo quieras sentir todo*, dijo, *lo echarás todo a perder*, cuanto más intensamente –parecía decir– lo quieras sentir todo, más lo echarás a perder, come lo que te guste, pero no prestes toda tu atención, mira lo que te dé placer, pero no te dejes mirar, y siempre que he mirado intensamente o comido intensamente o sentido el calor del sol intensamente he recordado esas palabras de Bam, porque mi ansia por sentir el placer ha convertido esas cosas en horror, esas cosas que, precisamente, me gustaban, no sé.

Duró días enteros. Es bien sabido que empezó en la pradera, que Bam y yo fuimos al arbusto grande, y que se oía el murmullo del río

que no se puede cruzar y que la montaña a la que no puede subirse estaba cubierta por la niebla, es bien sabido que al principio no vino nadie o casi nadie. La ansiedad se apoderó de todos cuando se supo que estábamos dando nombres, poco importaba que nadie supiera qué era un nombre ni cómo se daba, mucho menos nosotros; no tardó en instalarse el miedo, en contagiar primero la pradera y luego, en pocas horas, hasta el último gazapo escondido en lo más recóndito; y es bien sabido también, porque se repite siempre en la conmemoración de ese día, que la primera a la que nombramos fue Marrón, y la segunda Glu, y la tercera Plon y luego muchos más, y se sabe que Marrón se quedó con nosotros y nombró también ella a otros conejos con criterios irónicos y contradictorios, como es su estilo, y sobre todo es bien sabido que el revuelo se convirtió en euforia y que entonces se acercaron muchos conejos y que durante unos instantes la confusión provocó el despiste y la llegada de las cuatro comadrejas. No las sentimos acercarse, nadie las sintió, eran cuatro, tres de tamaño medio, la cuarta descomunal, de ojos oscuros como las piedras bajo el agua, no las oímos, no las olimos, y justo cuando yo acababa de llamar Bol a uno de los conejos, uno, lo sabe todo el mundo, de un hermoso color beige, las cuatro comadrejas se acercaron de un salto hasta donde estaba Bol y lo rodearon, dos de ellas por la espalda, mordiéndole las patas a Bol, que empezó a chillar con desesperación, y otra, sin duda la más grande, por el costado, propinándole un furioso zarpazo en el ojo y sacándoselo de la órbita, lo que dejó a Bol con esa inmovilidad siniestra que nos asalta cuando nos sabemos muertos, esa inmovilidad que nuestra naturaleza nos impone y que nos vuelve tan ridículos; ahí estaba Bol, con su cara diminuta, sin un ojo, chillando, cuando la cuarta comadreja se abalanzó sobre él y empezó a abrirle el vientre a bocados, y eso nos hizo correr a todos hacia la Gran Madriguera con los gritos de Bol y los mordiscos de las comadrejas aún resonando en nuestras orejas, y luego, en el último instante, cuando nos dimos la vuelta, con la mirada ausente de Bol rodeado de los cuerpos de las cuatro comadrejas, una mirada más siniestra incluso que su mirada desesperada, y el silencio de Bol, un silencio más temible incluso que sus chillidos; y es bien sabido también –porque se

estableció desde el principio que, si se hacía una representación de ese día, tenía que empezar precisamente así: con Bam dando nombres y Bol rodeado por las comadrejas– que cuando nos metimos en la Gran Madriguera alguien dijo: *Bol no, Bol no*, tal vez un conejo que ni siquiera había conocido a Bol hasta ese día, *Bol no*, dijo alguien, y se sabe que eso sucedió exactamente así porque es así como empieza siempre la representación de ese día, una representación diseñada por nosotros y delirante en muchas cosas, pero también tan bella en tantas otras, con todos los conejos repitiendo desde las profundidades de la Gran Madriguera: *Bol no, por favor, Bol no*, una representación que hacemos regularmente y que nada indica que vayamos a dejar de hacer regularmente, primero los gazapos, luego las hembras, luego los machos, finalmente todos a la vez: *Bol no, por favor, Bol no*, así fue como lo empezamos a decir aquel día, al principio entre susurros, como si vaciláramos o, mejor, como si tratáramos de acallar lo que sentíamos diciendo *Bol no, por favor*, luego cada vez más fuerte, *Bol no*, nadie habría sido capaz de anticiparse a la emoción que siguió entonces, ni siquiera el propio Bam, que estaba a mi lado, al principio lo sentí reticente, pero enseguida también él empezó primero a susurrar *Bol no*, y luego a decir *Bol no*, *por favor*, y finalmente a chillar con todas sus fuerzas *Bol no*, y a patear el suelo gritando *Bol no, por favor, Bol no*, y antes de que nos quisiéramos dar cuenta, lo que había empezado como un susurro era un estruendo total, un estruendo con el que pretendíamos llegar a Bol, al que devoraban en la superficie las cuatro comadrejas justo en ese instante, un estruendo que decía *Bol no* para que Bol pudiese escuchar que no se lo abandonaba sin dolor, que *tú mueres, Bol, para que nosotros vivamos,* que *serás recordado, Bol*, así es como lo repetimos siempre y nada indica que vayamos a dejar de hacerlo, primero los gazapos, luego las hembras, luego los machos, finalmente todos a la vez hasta que solo se oye un gran estruendo: *Bol no, por favor* y en ese momento subimos todos a la superficie, y alguien hace de Bol, generalmente un gazapo color beige, y cuatro conejos más, generalmente negros, lo rodean y fingen que le muerden, y Bol muere o finge que muere y nosotros regresamos a la Gran

Madriguera como hicimos ese gran día inaugural, y empezamos como aquel día a poner nombres en la oscuridad a quien quiera acercarse: Claro, Frig, Gola, Jum, nombres que vivirán más que ellos igual que Bol vivió más que Bol, porque cuando mueran podremos decir Gola se retrasaba siempre, o Frig tenía una mancha en el lomo, una mancha marrón que solo tenía Frig, no sé.

No se puede desobedecer a un nombre, es bonito tener un nombre al que no se puede desobedecer. Como muchas de las afirmaciones de Bam, también aquella parecía enigmática y definitiva, pero lo cierto es que fue improvisada, todo en Bam era improvisado, aunque solo al principio, luego lo improvisado se volvía necesario y entonces la mera posibilidad de que aquello, tan necesario, hubiese sido improvisado resultaba absurda, más aún, nos habríamos dejado matar para defender que aquello no podía ser improvisado, que quizá el resto de las cosas eran improvisadas, pero esa frase no, esa frase nunca: *no se puede desobedecer a un nombre, es bonito tener un nombre al que no se puede desobedecer*. Yo estaba a su lado la primera vez que la dijo, esa misma tarde inaugural. Bol acababa de morir y nos habíamos metido ya en la Gran Madriguera. Estábamos acurrucados, temblábamos, afuera había empezado a llover, se sentía el repiqueteo de la lluvia sobre la tierra seca y también la dulzura de la humedad, filtrándose, y cada vez que alguien nos buscaba a Bam o a mí, decíamos el primer nombre que se nos ocurría: Tlon, Bur, Pek. Marrón daba nombres también, aunque nadie la había habilitado a hacerlo, nombres con criterios irónicos y contradictorios, como es su estilo, y de pronto Bam le dijo a un conejo: *Te llamas Gre, no se puede desobedecer a un nombre, Gre, es bonito tener un nombre al que no se puede desobedecer*. Y yo pensé: *Está bien eso*. Antes de que muriera Bol, Bam había estado repitiendo frases parecidas cada vez que daba un nombre, pero sin duda no tan buenas, y las había ido variando poco a poco, añadiendo, quitando o modificando palabras hasta que de pronto soltó aquello: *No se puede desobedecer a un nombre, es bonito tener un nombre al que no se puede desobedecer*, y no fui solo yo el que pensó *está bien eso*, lo pensó también Marrón, porque se quedó inmóvil, y el propio Bam debió de

pensarlo también porque, cuando llegó otro conejo, le dio su nombre y repitió *no se puede desobedecer a un nombre, es bonito tener un nombre al que no se puede desobedecer* y esa segunda vez la frase resultó un poco menos aleatoria, su fuerza ya no era la del hallazgo, sino la de la confirmación, y entonces yo, que estaba a su lado, supe que debía utilizarla también; *Te llamas Flut* –dije al conejo que se acababa de plantar frente a mí– *no se puede desobedecer a un nombre, Flut, es bonito tener un nombre al que no se puede desobedecer*, y cuando la dije, al instante sentí que Marrón, que estaba a mi lado, la repetía: *Te llamas Porc, no se puede desobedecer a un nombre, Porc*... y la frase se volvió necesaria, más aún, salvífica, cómo explicarlo, una frase que improvisó Bam, pero que ya no era improvisada, sino más necesaria y antigua que el propio Bam, pues quién sabe si el nombre nos llega a los conejos –como decía Glu– precisamente a través de esa frase, y si se dice de otra frase el nombre no permanece en nosotros o, peor, recibimos un nombre falso que nunca nos penetra, no sé.

¿Cuántos conejos nombramos aquel día? Imposible saberlo. Solo sé que, cuando estuvimos seguros de que las comadrejas se habían marchado, salimos de la Gran Madriguera, sé que hubo un instante banal en que comimos y de nuevo, cuando vimos los restos de Bol, nos pusimos tristes; el hermoso color bermellón de la sangre de Bol, los restos de su pelo beige y hasta un trozo, creo, de su cabeza, masticado y abandonado allí por las comadrejas. Todas las cosas importantes que hicimos nos parecieron más importantes precisamente por estar rodeadas, por decirlo así, de cosas banales. Y fue en el transcurso de esas cosas banales cuando de pronto nos sentimos muy cansados. No era para menos. Habíamos tenido una iluminación violenta, habíamos nombrado a muchos conejos, casi habíamos muerto, a quién puede sorprenderle que estuviéramos exhaustos, pero Bam seguía poniendo nombres y yo me quedé a su lado, incapaz de poner uno más. No me moví siquiera, no tenía fuerzas, pero de pronto me pareció tan dulce estar a su lado con su cicatriz sobre el hocico, su permanente hilo lechoso en la mirada y sus manchas pardas sobre las orejas blancas. Cerré los ojos y le seguí escuchando: *Te llamas Sos, no se puede desobedecer a un*

nombre, Sos, es bonito tener un nombre al que no se puede desobedecer... empezó a maravillarme lo disciplinado que era, lo tenaz, su forma de no atender a su cansancio, me pareció más cercano y solitario que nunca, Bam, y a la vez sentí que mi cansancio no le molestaba, que podía verlo todo tan claro. Era la primera vez que algo así me ocurría. ¿Y cómo se juzga un sentimiento? Exhausto, yo sentía que todo iba y venía, y esa sensación, lejos de acelerarse, comenzó a girar cada vez más lento, y me incliné como a veces nos inclinamos sobre el agua y vemos las ondas crecer y extinguirse, como cuando nos inclinamos sobre el agua del río que no puede cruzarse y sospechamos de su limpieza y sentimos miedo, así me incliné yo sobre las palabras de Bam y sentí lo contrario, sentí confianza, sentí dulzura, no sé.

Esos días me parecen hoy una edad dorada. Todo es necesario en ellos, todo brilla, hasta el hambre, hasta el frío o el cansancio lo ha transformado el tiempo en una forma de voluptuosidad. Mi vida, la vida de Copito, a la que todo había llegado tarde, comenzaba entonces. La felicidad tiene siempre un aire infantil cuando sucede. También la casualidad, si es que existe, se alimenta del mismo misterio. Necesitábamos una imagen inaugural y esa imagen llegó. Hoy más que nunca es difícil mesurar su impacto, hoy, que los conejos desconocen la heroicidad, ¿quién habría podido adivinar lo que hizo Bam? Lo digo ya: nadie. *Lo que hoy es natural fue insensato en otro tiempo*, dijo una vez Bam, una frase que aún me repito con frecuencia cuando miro a los ciervos. Sucedió apenas dos días más tarde de la muerte de Bol y el episodio causó un gran tumulto, aunque ya nadie lo recuerda. Ahora hay una entrada a la Gran Madriguera en el lugar donde Bam comió por primera vez entre las patas de los ciervos y nadie sabe de qué hablo cuando hablo del asunto, pero yo miro a los conejos salir y entrar y pienso en la audacia de aquel día y nadie sabe qué digo cuando digo que exactamente en ese lugar, desafiando toda sensatez, Bam comió entre las patas de los ciervos dos días después de la muerte de Bol y quienes estábamos al otro lado de la pradera no pudimos creer esa imagen de una fuerza imposible: aquel conejo que comía con toda tranquilidad entre las patas de unos ciervos majestuosos, no sé.

Durante un buen rato nos pareció solo fruto de nuestra imaginación, permanecimos inmóviles esperando a que los ciervos aplastaran a Bam o lo abrieran en canal con las puntas de sus astas, no entendíamos por qué ponía su vida en peligro, total para qué, para comer unas briznas que habría podido encontrar en cualquier parte, pero entonces los ciervos miraron a Bam con extrañeza, o hasta –nos pareció– con ternura, sentimos que el peligro se disolvía en una armonía perfecta, no un disparate, sino un prodigio, como un conejo que se aventura saltando sobre troncos o palos muy frágiles, como si quisiera caer, y al llegar al otro lado se entendiera su gesto en retrospectiva y ya no fuera una insensatez sino algo hermoso, porque vemos el sentido del gesto y, con él, su dirección. Algo así debieron entender los ciervos con sus inteligencias de ciervos; que ellos podían protegernos de nuestros depredadores al mismo tiempo que nosotros les mostrábamos dónde estaban los brotes más verdes. Cuando las cosas ya han sucedido, siempre parecen sencillas, creemos haberlas entendido en todo momento, pero lo cierto es que nada estaba claro entonces. Qué extraña, pienso ahora, la mente de los conejos, la forma en que se aferra a gestos banales y los perpetúa, la forma en que olvida los verdaderos momentos de su transformación. Y es que nos decimos: *Esto nunca lo olvidaré, si olvido eso ya no seré yo*, pero ya lo estamos olvidando, o peor: olvidamos y seguimos siendo nosotros, y es tan doloroso entonces no convertirse en otro, nosotros, que querríamos ser otros en el olvido, o peor, nos llenamos la boca con las grandes virtudes de los conejos: sutileza, cautela, velocidad, como si esas virtudes no hubieran nacido, precisamente, de nuestros defectos; miedo, indecisión, inmovilismo. Recuerdo la emoción de la primera tarde que yo mismo comí entre los ciervos. Recuerdo el golpe seco de sus patas a mi alrededor, la pesadez de sus cuerpos, sus pezuñas negras, recuerdo la gentileza con la que evitaban pisarme, el olor magnífico de su aliento, la extrañeza de haber puesto a disposición algo más fuerte que nosotros, algo que podría destruirnos, de pronto nuestro aliado, recuerdo la astucia, la dulzura del agradecimiento. *Quien ve mucho, ve mucha belleza*, dijo una vez Bam. A veces pienso que soy como el espectro de esa frase, no sé.

II

Marrón nunca fue marrón. Por mucho que se empeñe Marrón en que Bam la llamó así porque su pelo brillaba esa tarde con un hermoso color madera, Marrón fue siempre negra en realidad, de un hermoso color negro, si se quiere, pero negro al fin y al cabo, del que emergen dos ojos rojos y un hocico rosa, así es el rostro de Marrón todavía hoy, un rostro bastante común por otra parte, porque la Gran Madriguera está repleta de conejos oscuros o casi negros o más negros incluso que Marrón, llamados muchos de ellos Oscurita o Tizón o Roca o peor, Negrito o Negrita, un color que es signo de resistencia, lo que explica que haya tantos conejos así, por una mera cuestión de supremacía natural, supongo, no sé.

En contra de lo que cree la mayor parte de la Gran Madriguera, no le guardo ningún rencor a Marrón. Se ha dicho muchas veces que la odio, se ha querido crear en torno a nuestras diferencias el mito de una enemistad, lo que al fin y al cabo es propio del pensamiento antagonista de nuestra raza, esa necesidad de que para todo haya un opuesto exacto, *la estupidez de los conejos es pensar que no hay nunca nada en el medio*, solía decir Bam, cosa que no puede ser más cierta, el antagonismo adopta en nosotros la forma de una pasión, como si las cosas y los seres solo fueran reales cuando en el espectro opuesto apareciera otro ser, porque –pensamos– toda comida necesita quien la coma, toda bebida quien la trague y así yo sería el opuesto de Marrón; los topos, el nuestro; los pájaros, los de las lombrices; la tierra, el del cielo; lo mojado, de lo seco, y Bam de nadie, de sí mismo tal vez, el Bam del principio, del Bam del final, supongo, no sé.

Pero nada –repito– más lejos de la realidad. Ni siquiera hoy, que no me faltan motivos para odiar a Marrón, siento ningún odio hacia ella, hoy que podría odiarla por razones completamente justificadas, entre ellas, me parece, la muerte de Bam, o al menos las circunstancias que propiciaron su muerte, ni siquiera hoy la odio, mucho menos entonces. En esos días inaugurales la recuerdo con asombro, maravillado casi, una compañera a la que pregunté su nombre y respondió enérgica: *Marrón*. Me sorprendió la rapidez con que dijo *Marrón*, lo que a ratos hasta me hace dudar de que ese fuera su verdadero nombre, si no se lo inventó ella misma aprovechando la proverbial falta de memoria de Bam y el despiste general de aquel día. Por su parte, Bam parecía necesitar a Marrón, parecía haber estado esperándola, y no tanto de una manera instrumental, como en los momentos de mayor desánimo pienso que Bam me esperó a mí, sino como una confirmación, no sé.

Me preguntaba entonces, me pregunto ahora, si no será así para todos nosotros. Si no necesitamos todos a alguien que nos devuelva el sentido de la realidad, que nos confirme que las cosas son, sencillamente, lo que sé es que Marrón ocupó muchas veces ese rol en la vida de Bam. Me lo confirmó algo minúsculo, casi insignificante, pero en lo que mi mirada tropezaba una y otra vez, igual que cuando contemplamos algo extraordinario de pronto nos despista una cosa pequeña, como cuando en vez del atardecer nos quedamos atrapados en la ramita, molestos con nosotros mismos, y tratamos de contemplar el atardecer pero nuestra mirada regresa a la ramita una y otra vez, hasta que pensamos si no habrá en la ramita, al fin y al cabo, un misterio más grande que en el atardecer. Algo así me sucedió entonces: me confundía la forma en la que Marrón se burlaba de nuestro apasionamiento por Bam, y cada vez estaba más pendiente de sus comentarios irónicos. Bam había comenzado a fascinarnos a todos, no solo a mí. ¿Había sido antes tan bonito ese hilo lechoso de su ojo, esas manchas marrones de sus orejas, esa cicatriz de su hocico? Hemos amado tanto a Bam, nos hemos acostumbrado tanto a venerar su hilo lechoso, sus manchas marrones, que no recordamos ya que hubo un tiempo en que nos parecieron comunes, hemos amado tanto a Bam que ahora

solo sentimos el dolor de haberlo perdido, pero hubo una época en que no significó nada para nosotros. No podía decirse que Bam fuera el más hermoso de los conejos, pero de pronto nos parecía el más hermoso de los conejos. No podía decirse que ese hilo lechoso le hiciera ver mejor a Bam, pero de pronto nos parecía evidente que aquel hilo lechoso le hacía ver mejor a Bam. *Mejor la cagada que le ha caído en el ojo*, decía Marrón. Y cuando decía eso Marrón, más aún, cuando Marrón decía eso en un momento en el que estábamos presas de la fascinación por el hilo lechoso en el ojo de Bam, en el que ella misma (lo entendí luego) estaba presa de la fascinación por el hilo lechoso en el ojo de Bam, cuando repetía eso delante del propio Bam y todos callábamos espantados y Bam parecía secretamente complacido de que Marrón dijera eso, entendí que se había establecido allí un pacto. Bam parecía necesitar la burla de Marrón para entender la veneración de la Gran Madriguera, para sobreponerse a ella. *Tremenda cagada en el ojo*, repetía Marrón, y Bam chirriaba los dientes, complacido. Ella podía burlarse, pero el resto de nosotros no, el resto de nosotros solo podíamos venerarlo, no sé.

¿Sentía envidia? Puede ser. Al igual que buena parte de la Gran Madriguera también yo me había arrojado al agujero negro de mi admiración, me sentía vulnerable y habría preferido no caer, pero cuando los conejos entramos en la admiración nos volvemos estúpidos, la mayor parte de los conejos somos estúpidos precisamente porque admiramos, no importa que el motivo de nuestra admiración sea realmente admirable, nos volvemos estúpidos y confiados, y deseamos creer por encima de todas las cosas, porque la fe nos parece el comienzo del cambio, y solo cuando el cambio no se produce entendemos que en realidad lo que deseábamos era simplemente la fe, la fe en sí misma, como una manera, más que de cambiar la realidad, de negarla por completo, no sé.

Empecé entonces a vivir pendiente de Bam. Bam salía de la Gran Madriguera y lo seguía. Comencé a temer perderlo, no lo veía durante una mañana y me invadía el pánico, y si alguien me decía que había copulado con él o que lo había visto en la pradera, yo iba

corriendo hacia allí, algunos de nosotros empezamos a reconocer su olor, un poco más ácido en las mañanas, más denso al atardecer, las manchas pardas de sus orejas nos resultaban ya completamente reconocibles, de modo que hasta de perfil o a lo lejos sabíamos distinguirlas y buscábamos en la pradera sombras casi iguales, ser el primero que se daba cuenta de que la mancha del árbol se parecía a una de las manchas de las orejas de Bam era ser el conejo que más había pensado en Bam: *He visto una mierda de ciervo en la pradera igual que la mancha de la oreja de Bam*, decía Marrón, y Bam rechinaba los dientes, Bam siempre rechinaba los dientes en señal de aprobación, un gesto que se puso de moda en aquellos días, porque habíamos empezado a vivir presas de una furia imitativa, de pronto queríamos parecernos a Bam y rechinábamos los dientes en señal de aprobación, lo que a veces daba a nuestro grupo el aire inquietante de un conejo único, no sé.

Nos preguntábamos también por la cicatriz de su hocico, queríamos saber cómo se la había hecho, eso que antes no nos había causado la menor curiosidad, porque quien más quien menos tiene alguna cicatriz resultado de alguna pelea o de algún parto terrible (*las formas de la desdicha son insondables*, de nuevo Bam), todos tenemos cicatrices, repito, hasta yo mismo, que nunca conocí la penuria hasta llegar a la Gran Madriguera, tengo una cicatriz, nos preguntábamos de pronto por la cicatriz en el hocico de Bam. Por qué motivo nos importaba, no lográbamos, creo, comprenderlo, o al menos yo no llegaba a comprenderlo entonces, simplemente queríamos saber cosas del pasado de Bam. Se lo pregunté abiertamente y él me contó que no era una cicatriz, sino una marca de nacimiento, pero esa misma tarde, en cierto momento en que Bam y Marrón estaban juntos, escuché que Marrón le hacía a Bam la misma pregunta, y Bam contestaba que había sido una pelea durante el celo, y alguien comentó luego que Bam le había dicho que era a causa de una zarza, y se habló también del frío, de que Bam había comentado que la cicatriz no era más que el efecto del congelamiento provocado por las heladas del invierno, por qué mentía Bam, me preguntaba yo entonces, era un misterio. Peor aún,

por qué mentía Bam de aquella manera tan abierta e insensata, no sé.

Años más tarde, con la inteligencia de la coneja pragmática que fue hasta su muerte, Glu me hizo ver que los múltiples relatos sobre la cicatriz de Bam no eran más que la convicción de que los pasados son múltiples en cada uno, algo que hoy todo el mundo da por descontado pero entonces ni se pensaba, todo el mundo creía entonces que cada conejo tenía solo un pasado, mi problema –explicó Glu– fue obcecarme. *¿Por qué elegir un solo pasado*? Yo trataba de anular la helada con la pelea o utilizar la zarza para negar la marca de nacimiento, pero *¿por qué no* –dijo Glu*pensar que todas han sucedido*? Parece ridículo decirlo ahora, quiero decir, ahora que cualquier conejo sabe a qué nos referimos cuando hablamos del pasado, pero el pasado no era el pasado entonces, el pasado era otra cosa, antes de Bam el pasado era como el agua que avanza y que al pasar ya no puede volver al principio, una cosa que queda allí y ya está, ya pasó, ya fue, después de Bam el pasado era como piedras que se amontonan y que siempre pueden amontonarse más, pues al pasado que conocíamos siempre se le podía añadir otro pasado que desconocíamos y seguir construyendo así el pasado, hacia delante, como quien dice, algo a lo que nos acostumbramos sorprendentemente rápido, porque enseguida todas aquellas historias sobre la cicatriz en el hocico de Bam nos empezaron a parecer no solo razonables, sino más verdaderas que la verdad, apiladas unas sobre otras en una gran vida de Bam, múltiple y maravillosa, no sé.

Es una exageración, lo sabemos ahora, poner un pasado sobre otro, creer en un conejo llamado Bam, chirriar los dientes, correr de acá para allá poniendo nombres, pero lo hicimos igual. La Gran Madriguera tiene rostro de anciano y rostro de gazapo, es lo viejo y lo nuevo, y no hay que despreciar ni su rostro de anciano ni su rostro de gazapo. Hoy sabemos (a precio de sangre) que no hay en ella nada grande o pequeño, que lo viejo no vale en ella más que lo nuevo. *La Gran Madriguera es un conejo en grande* (Glu), con sus pasiones, sus defectos, pero también su forma; hay zonas que equivalen a sus patas o a sus orejas o a sus pulmones, hay un lugar

en que piensa la Gran Madriguera y otro en que respira o defeca, *todo es parte de un plan, nada es casualidad* (Glu). Y añado yo: ni siquiera las conejas como Glu son casualidad, tal vez ellas menos que nadie son casualidad. Desde que me abandonaron en la pradera aquellos que sin duda me querían, la había visto presa de una fijación obsesiva, trazando un mapa, consciente de la orientación exacta de cada cruce, del sentido de cada giro, de la forma de cada bóveda. Para nosotros, los conejos comunes, entrar en la Gran Madriguera es hacerlo siempre en el mismo entramado, el mismo aire detenido y respirado una y mil veces, pero no para ellas, quiero decir, para Glu y las conejas como Glu. *Fíjate* –solía decirme– *cuando se desata la alerta por un depredador*. Y me sigue asombrando incluso hoy. He vivido situaciones en que, tras esas alertas, bajamos en tropel, siempre con brutalidad, aplastando a gazapos, golpeándonos hasta que una presión nos detiene, porque uno de nosotros ya ha llegado a lo más hondo y el resto estamos amontonados sobre él, cada vez más sofocados, la Gran Madriguera nunca me ha parecido tanto una sociedad de la muerte como en esos momentos en que perdemos el conocimiento y caemos al costado tratando aún de oír al depredador, he llegado a sentir entonces los corazones de los que estaban contra mí, sincronizados en una solidaridad sin fisura, *por qué* –le preguntaba a Glu una y otra vez*se repiten esas situaciones*, esperando que me dijera que se trataba de un defecto de la Gran Madriguera, que todo era una cuestión de trabajo al fin y al cabo, de abrir nuevas galerías donde no se había pensado, evitar congestiones en lugares innecesariamente estrechos y encontrar una solución, pero Glu se burlaba de mí, o peor, me miraba como si me hubiese idiotizado el tiempo que pasé con aquellos que sin duda me querían, incapaz de entender las cosas más básicas, *si algunas cosas son horribles, Copito, es porque deben ser horribles*, respondía, para decir que si nos aplastamos en esas estampidas, es porque algo en nosotros necesita ser aplastado, que si cruzamos el horror es porque hay una sabiduría que solo se obtiene en el horror, y que igual que el hambre nos hace veloces, el horror nos hace quién sabe qué, quizá más duros, quizá insensibles, sin duda algo que necesitamos, no sé.

Y sin embargo también decía Glu: *Atiende al sonido, Copito*. Si en las estampidas he sentido el horror y lo que a mí me parecía la estupidez de la Gran Madriguera, más que en ninguna otra cosa como en los silbidos he sentido su naturaleza. Recuerdo un episodio en compañía de Bam, una mañana en que nos disponíamos a salir a la pradera y sopló el viento y nos quedamos inmóviles y yo vi moverse las orejas de Bam, aquellas orejas con tres manchas pardas ya célebres a esas alturas en la Gran Madriguera. Yo estaba, por decirlo así, hechizado, miraba a Bam y quería comprender a Bam, y al querer comprender a Bam me quedé mirando cómo se movían sus orejas a la llegada del silbido y vi que las orejas se movían de una manera extraña, no tanto como si pretendieran escuchar el silbido, sino más bien como si lo acompañaran en su tránsito, es decir, lo recogieran, pero solo para empujarlo más lejos. Nunca hasta ese momento había comprendido algo tan básico: que el silbido de la brisa en la Gran Madriguera no lo provocan solo –como había creído– las galerías, curvas y estrecheces de las bóvedas, sino algo más orgánico y móvil, a saber, las orejas de los conejos que se encuentran en su interior en ese instante, de modo que nunca suena igual un silbido que entra en la Gran Madriguera, jamás hay dos silbidos iguales, cada silbido es único, por decirlo así, y depende de la forma en que lo alteran las orejas de los conejos que se han interpuesto en él y la manera en que interfieren en su tránsito, una manera completamente arbitraria en muchos casos, otras intencionada, pues hay conejos que si reciben un silbido agudo tratan de provocar uno más grave, y viceversa, si encuentran uno grave, lo invierten inclinando las orejas –*conejos del contraste*, los llamaba Glu–, mientras que otros acentúan precisamente lo que les llega, se amoldan, de modo que la cadencia a veces asciende sin fin, otras se abre y cierra, otras decae para abrirse de nuevo al final, en una articulación única, más lograda o torpe, dependiendo de quiénes están en ella en ese momento, no sé.

Fue entonces, lo recuerdo bien, cuando Glu dijo que había que encontrar un lugar para Bam en la Gran Madriguera, uno específicamente para él, *por su dignidad* –dijo– *pero no solo por su dignidad*, y pareció que iba a decir: *por su seguridad, también*, pero

no lo dijo. El comentario eludía el tema de los mejores de entre nosotros, un tema con el que chocábamos una y otra vez, pues si bien los mejores de entre nosotros no habían perdido en absoluto su poder en la Gran Madriguera, es decir, seguían donde estaban, en las mismas galerías, con las hembras que –como es lógico– los elegían, con sus lugares de privilegio, su alimentación exclusiva y todo lo demás, la atención que ya generaba Bam había derivado en tensión. Ninguno de los mejores de entre nosotros había querido acercarse demasiado. Solo uno había venido una vez con desconfianza y había recibido un nombre y lo había olvidado al instante, cosa de la que estaba muy ufano, pues lo repetía una y otra vez; la velocidad a la que había olvidado el nombre que le había dado Bam, ni siquiera lo recordaba, repetía, ni siquiera sabía cómo empezaba, venía una y otra vez aquel imponente conejo marrón oscuro de los mejores de entre nosotros, lo recuerdo bien, para hacernos saber lo rápido que había olvidado su nombre. *Para no recordar su nombre, recuerda demasiado bien haberlo olvidado*, dijo Marrón, y nos reímos, cosa que enfureció a aquel conejo y entonces huimos, como tantas veces que Marrón nos ponía en peligro con su imprudencia, no sé.

Temíamos, qué duda cabe, lo violento. Aquel grupo de los mejores de entre nosotros peleaban –siguen haciéndolo– como solo pelean los mejores de entre nosotros, alzándose en dos patas, estirando las orejas, arañándose con las uñas delanteras, rápido y furiosamente, para hacerse el mayor daño posible en el menor tiempo posible, la ceguera en el peor de los casos, total o parcial, porque la ceguera es el horizonte final e indiscutible de las peleas de los mejores de entre nosotros, dejar ciego al otro a toda prisa, cruzarle la pupila con la uña, generarle una infección, condenarlo a muerte. Cuántas veces me he topado en la Gran Madriguera con conejos ancianos, ya sobrepasados por otros más jóvenes, antiguos miembros de los mejores de entre nosotros ya ciegos o casi ciegos, imponentes en todo, en musculatura, porte, distinción, en todo menos los ojos, arañados y heridos letalmente y sin descanso una y otra vez, el rostro cruzado por cicatrices, como si hubiese dos idiomas en

nuestra raza, el miedo y la violencia, o tal vez uno en que confluyeran los dos, no sé.

Es como si escapáramos unos de otros en realidad, ellos de nuestro miedo, nosotros de su violencia, pero en direcciones coincidentes. Y aunque no los juzgábamos –¿quién puede juzgar a los mejores de entre nosotros?–, la petición de Glu llegó en el momento apropiado. Glu no quería buscar un lugar para Bam en la Gran Madriguera, quería encontrarlo. *Ese lugar ya existe*, decía una y otra vez. A veces pienso que Glu era la que más fe tenía de todos nosotros, más que yo mismo, o que Marrón, o por descontado que Bam (que, paradójicamente, no tenía entonces fe en sí mismo), Glu confiaba en Bam del mismo modo en que confiaba en la Gran Madriguera, que para Glu era todo, no había forma de que existiera Bam sin que la Gran Madriguera hubiese previsto un lugar para él. Si la fe consiste en el esfuerzo constante en tener fe, entonces Glu fue la campeona de la fe. Y apenas tardó unos días en encontrarlo, llegó una tarde y dijo entusiasmada: *ya está*. Se encontraba en el lado opuesto a las galerías de los mejores de entre nosotros, lo que sin duda tenía *una lógica implacable*, decía Glu, pues si la Gran Madriguera había creado un lugar para un conejo como Bam, ese lugar solo podía estar necesariamente en el opuesto en el que se encontraban los mejores de entre nosotros. Se accedía a través de uno de los arbustos donde terminaba la pradera. No parecía una entrada común, llevaba sellada mucho tiempo y eso también era un misterio, *un misterio con lógica*, añadía Glu. Se había producido un desplome interior, porque la galería había quedado inhabilitada hacía mucho, es decir, había sido creada, utilizada y abandonada hacía mucho, ella solo había tenido que reabrir el acceso, y cuando lo había hecho se había encontrado de bruces con la sala de Bam (la llamamos así desde el principio), se la había encontrado, insistía Glu una y otra vez, *tal cual estaba* para darnos a entender lo imposible que era que una sala así no hubiese tenido previamente una función parecida, un absurdo que nos hizo reír entonces, como es lógico, a Marrón más que a ninguno, pero no a Bam, no sé.

Entramos en la sala de Bam por primera vez Bam, Marrón, Glu y yo, y sentimos, cómo decirlo, la tranquilidad de un destino. Era una

galería enorme, más del doble de la altura de Bam, con un pequeño promontorio en una de las esquinas y una gran raíz de olmo que la cruzaba de parte a parte, una raíz completamente pulida, brillante, casi dorada, como una vara de resina. No había duda de que, como quedaba a la altura de la cabeza, todos los conejos que habían entrado allí en otro tiempo la habían rozado al entrar, su roce la había suavizado hasta dejarla pulida, lo que indicaba el tránsito que había tenido aquel espacio, un tránsito permanente de conejos vibraba en aquella raíz pulida a la altura de la cabeza, una raíz que era imposible no tocar y que también nosotros rozamos. La sala no tenía sentido en la Gran Madriguera, era demasiado alargada para ser útil, estaba demasiado apartada, era demasiado grande para nosotros, pero a la vez pequeña para otro mamífero más grande (que no habría podido entrar a causa de la raíz), su tamaño no tenía referente, sobredimensionado y minimizado a la vez, las paredes no eran de tierra, sino de piedra, como si la oquedad la hubiese diseñado el paso del tiempo. Bam tardó en recomponerse. Era la primera vez que lo veía desconcertado. En aquella época Bam no estaba, como se dice a veces, ofuscado por su personaje. Bam no era el egomaniaco irredento que a veces se ha hecho creer que era y que sería (es cierto) en otra época, todas las versiones paródicas o parciales de Bam son irrefutablemente falsas. Bam era por aquel entonces un conejo mucho más parecido a nosotros. Y lo cierto es que cuando entró por primera vez en la sala de Bam se lo veía sencillamente desconcertado, o por utilizar las palabras de Glu: *conmovido*, o las de Marrón: *cagado en las patas*. Era tan grande el vínculo entre la sala de Bam y el propio Bam que no había forma de no sentirlo como una responsabilidad. *Esto es nuevísimo*, dijo Bam. *Esto es nuevísimo*, dijo Glu. *Esto es nuevísimo*, repetí yo, como un idiota. Y hasta la propia Marrón se tragó por una vez la ironía y dijo: *vaya*, no sé.

Quien más quien menos estuvo en la sala de Bam en aquella época. Quien más quien menos habló, comió, durmió allí con Bam alguna vez, quien más quien menos sintió la delicia de esa dignidad compartida, y nunca Bam pareció tan Bam como en la sala de Bam. Hoy creo que Bam se dio cuenta de quién era al entrar aquella tarde

en la sala de Bam, como si Glu lo hubiese atado, con su hallazgo, a una misión. Hasta ese día todavía se habría podido hacer, como quien dice, el despistado, a partir de ese día ya no fue posible. La recorrió muy despacio, ya no quería hablarnos ni que nosotros le habláramos a él. Recuerdo que se quedó mirando sus propias patas y en un punto se fue hasta un rincón y apoyó en él la cabeza, con una seguridad, una confianza, como si más que hacer un gesto, lo recordara, no sé.

Algo cambió en él esos días. Se volvió más autoconsciente, menos seguro. Parecía que iba a hablar y luego no hablaba. Comenzamos a dormir en la sala de Bam los cuatro: Bam, Marrón, Glu y yo. Tenía una energía extraña aquel lugar, acogedora y distante a la vez, a veces nos despertábamos sobresaltados, buscándonos, se oían demasiado fuerte las pisadas de los animales en la superficie, como si retumbaran en el interior, dormíamos o nos reuníamos casi siempre en el centro. Recuerdo que una mañana Bam se subió al promontorio que estaba en una de las esquinas, apoyó las dos patas delanteras de una manera altiva y se quedó mirándonos desde allí, como a veces hacen los mejores de entre nosotros sobre las piedras de la pradera, para manifestar su jerarquía pero también para permitirnos ver sus imponentes cuerpos, Bam pareció copiar aquel gesto, pero era distinto en él, en primer lugar porque su cuerpo distaba mucho de ser imponente, en segundo, porque parecía haber subido a aquel promontorio para decir algo, pero luego no lo había dicho, y esa distancia entre un gesto que parecía que se iba a producir y luego otro que no se había producido era la señal de que había una lucha en él, una lucha que no entendíamos, no sé.

Ocurrió, entonces, poco después del traslado a la sala de Bam, cuando se corrió la voz de que Bam estaba permanentemente allí y era, por tanto, localizable. Podría parecer un cambio menor, no lo fue. La energía, que antes estaba dispersa, pareció fijarse, se estableció una pauta, una dirección. Al principio llegaron los devotos, cada uno con su nombre, luego los fieles, pronto apenas se podía estar allí. En la entrada y salida y el interior de la sala de Bam empezó a reinar una gran confusión en la que Bam ponía nombres, soltaba de cuando en cuando alguna frase memorable y, por lo

general, callaba, mientras todos trataban de rozar a Bam. Se estableció también entonces la costumbre de rozarlo poniéndose lo bastante cerca, inclinando o alargando las orejas. La costumbre de rozar a Bam no pretendía en sí misma ningún beneficio concreto, ni siquiera sé cómo surgió, de un día para otro todos estábamos intentando rozar a Bam, aprovechando que pasaba a nuestro lado. Era una forma de mantenernos unidos, no pretendíamos más que el mero roce, y es raro, pienso ahora, que nunca me haya preguntado cómo lo vivía el propio Bam, si le molestaba, quiero decir, o le agradaba, debía de ser como un cosquilleo, un cosquilleo perpetuo, amoroso, extraño, no se retiraba, pero tampoco parecía buscarlo, qué sentía, nadie se lo preguntó entonces y cuando se lo preguntamos ya era otro Bam y apenas nos permitía hacerlo, no sé.

Llegaron también los mejores de entre nosotros. Contra todo pronóstico no se quedaron donde estaban, recorrieron la Gran Madriguera desde sus grandes galerías privilegiadas hasta los alrededores de la sala de Bam y se plantaron allí, ni dentro ni fuera, en una especie de perpetuo estar en medio. Como nosotros hablábamos todo el día de lo nuevísimo ellos empezaron a hablar de lo viejísimo. Aún los veo: imponentes, inmóviles, con las caras cubiertas de cicatrices. Se subían sobre una roca para que los contempláramos y decían: *Esto es viejísimo*, impedían el paso cada vez que Bam entraba o salía de la sala de Bam, *esto es viejísimo*, repetían, aunque sin especificar qué era exactamente lo viejísimo, si sus cuerpos, o el sol, o la pradera, o el río que no se podía cruzar, o la montaña a la que no podía subirse, lo que producía entre los conejos que habían llegado un sordo murmullo de aprobación, *esto es viejísimo*, repetían, a veces con violencia, otras, parecía, con veneración, daban la sensación, por otra parte, de ser tan poco capaces de definir lo viejísimo como nosotros de definir lo nuevísimo, no sé.

Fue entonces cuando empezaron a llamarse *Conejo*. Igual que nosotros nos llamábamos Copito, o Glu, o Marrón, o Negrito, o Jar, ellos se empezaron a llamar *Conejo* unos a otros. Al principio nos pareció extraño, nos resultaba –creo– risible, apenas nos atrevíamos a comentar cómo no va a ser conejo un conejo, era tan delirante

que hasta la propia Marrón parecía incapaz de burlarse, un conejo llamándose a sí mismo *Conejo*: *Buenos días, Conejo*, quién puede pensar en algo más ridículo, pues bien, eso hacían ellos, los mejores de entre nosotros. *Conejo, esto es viejísimo*, decían con una extraña autoridad, decían *Conejo* como si se tratara de una tradición, algo, efectivamente, viejísimo, como si desde antes de Bam nos hubiésemos llamado así, cuando todo el mundo sabía que antes de Bam no nos llamábamos, sencillamente, nada. *Conejo* producía más bien el efecto de un nombre borrado encima de un nombre existente, la prueba de que debajo de *Conejo* había un nombre que se estaba intentando tapar, eso era al principio lo que indicaba la palabra *Conejo*. *No hay peor cosa que la redundancia*, decía Bam, *lo nuevísimo será nuevísimo o no será*. Y en eso consistió, creo, nuestro error: como no éramos redundantes, creímos ser superiores. Pero fue tan eficaz lo que hicieron... Cada vez que decían *Conejo*, cada vez que repetían eufóricamente la palabra *Conejo* y que todos los conejos que los seguían alzaban la cabeza murmurando su aprobación, cada vez que a nuestra salida de la sala de Bam escuchábamos aquellas voces (¡*Cómo estás, Conejo*!), era como si nos arrebataran un poco la palabra *Conejo*, una palabra, qué duda cabe, a la que no habíamos demostrado mucho aprecio o no nos habríamos lanzado tan furiosamente en busca de nuestros nombres, una palabra a la que, más bien, habíamos dado por descontado, como se da por descontado el hambre o el frío, pero que ahora contenía algo que nunca habíamos querido perder y de lo que ellos eran, por así decirlo, guardianes. Su decir permanente, furibundo y casi teatral de la palabra *Conejo* nos inhabilitaba a nosotros a utilizarla. Y como no podíamos utilizarla, de pronto nos moríamos por utilizarla, no sé.

Yo no tengo que recordarme que soy un conejo para ser un conejo, un conejo YO SOY, dijo un día Marrón, medio harta del asunto, tratando seguramente de ser graciosa y haciéndose un lío, pues la naturaleza de Marrón solo conocía dos estados, la burla y la ofuscación, y yo me sentí triste. Al verme alineado con Marrón me pareció haberme alistado en un viaje erróneo. Durante los últimos días, además, la presión había empezado a ser extraordinaria. Se

mezclaban, en los alrededores y el interior de la sala de Bam, los admiradores, o fieles, o devotos de Bam con los admiradores, o fieles, o devotos de los mejores de entre nosotros. A veces, de tan mezclados como estábamos, algunos conejos olvidaban por qué se encontraban allí y se quedaban ensoñados al sol o comían o copulaban y regresaban a la Gran Madriguera. Yo mismo no sabía lo que sentía. Me preguntaba qué diría alguien si nos viera, qué incomprensible mejunje debía parecer aquella masa de conejos reunidos, tan alejada de los lugares nobles de la Gran Madriguera, apiñados allí, entrando y saliendo, a ratos encarándose, a ratos rozándose con las orejas. Me iba de la sala de Bam, donde todo había sido hermosas frases lapidarias de Bam sobre lo nuevísimo, y escuchaba llamarse *Conejo* a los mejores de entre nosotros y me preguntaba si no tendrían razón también ellos, al fin y al cabo era tan poderosa la palabra *Conejo* que a ratos me parecía que los nombres eran solo una piel que no nos pertenecía. *Prestado y aleatorio*, me decía, *es el nombre que nos hemos puesto, la hierba que comemos, prestados y aleatorios somos nosotros mismos, el aire, la Gran Madriguera*, pero luego pasaba la duda, entraba de nuevo en la sala de Bam, lo veía, veía sus manchas pardas, el hilo lechoso de su ojo, su cicatriz en el hocico, escuchaba su voz, creía de nuevo, no sé.

¿Quiénes son –dijo un día Bam– los mejores de entre nosotros para robarnos la palabra Conejo? ¿Acaso no somos tan conejos como ellos? ¿Qué sentido tiene –dijo Bam– sino la mera desconfianza de ser un conejo, llamarse a sí mismo: Conejo? ¿Si un escarabajo dice: Hola, Conejo, es, por eso, un conejo? No me hagan reír. Nos quedamos mudos. Hoy cualquiera reconoce ese estilo inconfundible de Bam. Su energía, la forma en que su retórica asertiva en la intimidad contrastaba con el torbellino de preguntas en sus discursos improvisados, una fórmula que Bam descubrió allí, delante de nosotros y nosotros no lo sabíamos, ni siquiera el propio Bam lo sabía, quién puede saber lo que ocurría realmente en el corazón de Bam, lo único que sabíamos era que Bam se había subido al promontorio y estaba diciendo eso, gritando más bien, y que todos los conejos allí reunidos se quedaron estupefactos, lo que

hizo resonar un poco más fuerte la voz de Bam, *casi antinaturalmente*, dijo Glu, porque en ese momento se puso de manifiesto el increíble contraste entre el cuerpo de Bam y el de los mejores de entre nosotros: el primero ridículamente alzado, con sus esmirriadas patas delanteras y los otros allí, todos aquellos enormes conejos negros y blancos y marrones de los mejores de entre nosotros, conejos que casi lo doblaban en tamaño, no sé.

Van a matarlo, pensé. Y sé que también lo pensaron Marrón y Glu, y otros muchos que estaban allí: Biel, Kun, Ra, Bolita, porque empezamos a alinearnos sin haberlo planeado, a formar un cordón que separara a Bam y los mejores de entre nosotros, para protegerlo. Ellos empezaron a acercarse como hacen cuando se disponen a pelear, con esa tensión inconfundible que indica que van a ponerse en dos patas en cualquier momento. *Van a matarlo* –dije, creo, en voz alta– y todo por una palabra, una palabra que hasta hacía poco ni siquiera nos importaba, que apenas usábamos, tan natural como el hambre o el frío, una palabra que habíamos dado por descontada desde siempre, pues cómo un conejo podría plantearse no ser un conejo o serlo menos que otro, parecía increíble, pensé entonces, pero *van a matar a Bam por esa palabra*, o *vamos a matarnos por esa palabra*, pensé, creo recordar, no sé.

Sabíamos, sin embargo, y ellos también sabían, que entre conejos no tenía ningún sentido una pelea ajena a la competencia sexual, aquello era inédito entre conejos, lo sabían también los mejores de entre nosotros, y por eso no lo habían matado ya, también ellos sentían esa anomalía, a pesar de que la ofuscación era ya irremontable, el hecho de que no hubiera competencia sexual volvía aquella violencia casi abstracta, sin referente reconocible en nuestra memoria, aquella violencia no tenía nombre, no había sido experimentada aún. Pero Bam no callaba. Bam, que podría haber dejado de hablar, sencillamente, y aplacar esa animadversión de los mejores de entre nosotros, Bam, que sabía que bastaba un gesto tan sencillo para que las aguas volvieran, por así decirlo, a su cauce, no callaba. Ahora, ya muerto Bam, son precisamente esos momentos los que me resultan más incomprensibles, como si hubiese en ellos una pulsión destructiva asociada a su belleza, una

pulsión que tal vez el propio Bam no podía controlar, pero de la que me cuesta creer que no fuera consciente, sobre todo en situaciones como aquella, en las que era obvio que estaba jugando con su vida y también con la nuestra. Se me dirá, se ha dicho muchas veces, que en esos momentos Bam perdía el sentido común, enloquecía, por decirlo así, pero yo jamás vi en él la histeria del loco ni la depresión del loco sino, cómo decirlo, una pasividad incomprensible, una distancia ajena, iluminada, qué sé yo, no sé.

El primero que se puso en dos patas fue, lo recuerdo bien, un conejo blanco, un imponente conejo de ojos rojos. Se puso en dos patas hasta donde se lo permitió la sala de Bam y al instante se hizo evidente lo ridículo que era nuestro cordón protector, pues apenas pudimos impedir que avanzara. Algunos, recuerdo, caímos de lado, bastó con que se pusiera en dos patas aquel tremendo conejo blanco, y recuerdo también que Bam siguió hablando, que ni siquiera así dejó de hablar. Se seguían escuchando sus preguntas retóricas, unas preguntas a las que obviamente ya nadie prestaba atención, pues estábamos todos pendientes de aquel conejo, en cualquier caso no dejó de hablar, y recuerdo que pensé que iba a acabar todo en ese instante, que los mejores de entre nosotros iban a matar a Bam, aquel conejo que había dado sentido a todo, tal vez fuera solo un apego, un apego a la vida cuando sentimos que la vida está en peligro, se alzaron tres conejos enormes junto a aquel ya tremendo conejo blanco y se acercaron a Bam, y comenzaron a golpearle con las patas, y a arañarle la cara, y Bam trató de huir hacia una de las esquinas de la sala de Bam, pero otro de ellos le cerró el paso y le mordió violentamente una de las patas, sentí que el chillido de Bam se me clavaba en la carne y entonces me lancé sin pensarlo hasta donde se encontraba, me puse en medio y recibí un tremendo zarpazo que me tiró contra la pared, eso fue lo que duró mi valentía, y también lo que permitió que Bam saliera de la sala de Bam y la pelea se trasladara al exterior y se volviera aún más desigual y delirante, pues los mejores de entre nosotros pudieron desplegar entonces todo su esplendor y ya no dieron tregua, rodearon a Bam y comenzaron a golpearlo sin descanso, primero alzándose, luego con bocados furiosos, bocados que dejaron marcado todo el cuerpo de

Bam, y siguieron golpeándolo hasta que Bam se quedó inmóvil, o eso recuerdo, no sé.

Hubo entonces un estático momento de vergüenza. Miré el cuerpo inerte de Bam y pensé: se acabó. Marrón estaba a mi lado y gritó: *Enhorabuena, queridos, ya podéis decir que sois los mejores de entre nosotros*, pero los mejores de entre nosotros no respondieron a la ironía de Marrón, ni siquiera se volvieron para increparla, lo que habría sido acorde con su naturaleza, más aún después de lo que acababan de hacer, también ellos estaban perdidos, la pelea había sido tan desigual, tan poco honorable, que dieron todavía dos o tres vueltas alrededor del cuerpo de Bam, lo husmearon, lo empujaron con el hocico para ver si se movía, *Enhorabuena, Conejos*, repitió Marrón, alienada, con esa mezcla entre insensatez y valor que siempre se apodera de Marrón en los momentos más críticos, ellos estaban aturdidos, más aún, avergonzados, con la vergüenza que brota de la violencia y que impregna también a los testigos, pues *la violencia, igual que el miedo, es comprometedora* (Bam), qué extraño verlo allí tendido, inmóvil mientras los mejores de entre nosotros daban vueltas alrededor y ya empezaban a marcharse y tras ellos empezaban a marcharse también sus admiradores, o fieles, o devotos e incluso muchos, o casi todos, los admiradores, o fieles, o devotos del propio Bam, pues nada como la vergüenza retrae a los conejos, nada como la vergüenza los vuelve olvidadizos y vulgares, dan media vuelta y siguen su camino, como si allí no hubiese pasado nada, una mariposa amarilla, recuerdo, estuvo a punto de posarse sobre él, revoloteó dos o tres veces, se alzó, volvió a descender, se echó a un lado, se posó finalmente, seis patitas tenía la mariposa pero parecía tener muchas más, yo miraba la mariposa para no tener que mirar el cuerpo inmóvil de Bam, la mariposa, como se mira un fruto delicioso y frágil en un árbol, un fruto que comerán los pájaros antes que nosotros y que cuando llegue a nosotros ya no será el mismo, estará medio podrido, medio incomible, o peor, podrá matarnos, miraba la mariposa para no tener que mirar lo que había tras la mariposa, hasta que de pronto me pareció que se movía una de las orejas de Bam, tan cerca estaba de la mariposa que no sabía si había sido una ilusión o algo cierto, *deliro*, me dije, pero luego

comprobé que no, que no deliraba, era la oreja de Bam que se movía, era Bam, que estaba vivo, no sé.

Lo acompañamos a la sala de Bam como pudimos. Marrón, Glu y yo. El cielo estaba azul y luego se puso blanco y rosa y luego negro y se oía a lo lejos el río que no se puede cruzar y sentíamos en la oscuridad la presencia de la montaña a la que no puede subirse y Bam no se movía o apenas se movía y cada vez que se movía sonaba un gemido, no de dolor, ni de autocompasión, sino como si algo se hubiese quebrado en Bam y ese gemido fuese la forma en que su cuerpo recomponía el interior, tenía la cara llena de zarpazos, ninguno de los cuales, por suerte, lo había dejado ciego, le habían mordido en las patas, en la cola, y sobre todo en el cuello, donde alguno de los mejores de entre nosotros le había arrancado, literalmente, un trozo de piel y había dejado a la vista la carne de Bam, una carne brillante al principio y luego cada vez más ocre, que contrastaba con su pelo blanco, nos preocupaba, sobre todo, esa herida, que podía infectarse fácilmente, si es que no lo había hecho ya, pues nunca se sabe qué va a acabar con nosotros hasta que ya es demasiado tarde, quién puede saber si una herida absurda nos quitará la vida, de ahí, decía Bam, que los conejos seamos *audaces en lo grande y temerosos en lo pequeño*, heroicos y patéticos, pues corremos como el viento, pero a veces exactamente hacia nuestra perdición, eso me parece a ratos, no sé.

Bam apenas abría los ojos y cuando lo hacía era para mirar a quien tenía enfrente, casi siempre Marrón o Glu o yo, no olvidaré, creo, mientras viva, cómo nos miró Bam en esos días, al principio con vergüenza, con la vergüenza con que se mira a los testigos de la propia humillación, a ratos pensábamos que habría sido mejor dejarlo solo, todos buscamos excusas para alejarnos, yo también las buscaba y las encontraba, porque siempre se encuentran, es lo único en este mundo que siempre se encuentra con facilidad: excusas para alejarse, y lo hacíamos, pero entonces nos sentíamos, creo, peor, y regresamos y se puso de manifiesto que lo que estaba ocurriendo en el interior de Bam era muy distinto de lo que estaba ocurriendo en nosotros, cuanto más elusivo se hacía en nosotros, más fuerte se hacía en Bam y no solo porque cada día se recuperó

un poco más y sanó finalmente la herida del cuello, sino porque algo en él parecía, cómo explicarlo, endurecido, *así es la infancia de los jefes*, decía Glu, *la humillación*, qué otra cosa si no, todos los líderes necesitan ser humillados alguna vez, profundamente humillados, humillados hasta lo indecible, hasta la mudez, hasta que algo en ellos se quiebra y quedan al borde de la muerte, o mejor, mueren, la muerte es la humillación, y renacen luego, *todos los líderes han tenido que morir y renacer*, decía Glu, eso es lo que no sabía entonces, lo sé ahora, evidentemente no por mi inteligencia, sino por un episodio que ocurrió al final de esos días y que me acompaña hasta hoy como un tesoro, un episodio sencillo, lo he relatado de mil maneras, pero en realidad fue sencillo, una noche en que Bam y yo nos habíamos quedado solos, Bam me dijo: *Copito, cómo es mi rostro*, y yo debí de quedarme un rato en silencio, incapaz, supongo, de contestar, porque Bam me insistió: *Cómo es, Copito, mi rostro*, y yo le dije: *Tienes tres manchas pardas en las orejas, todos las conocemos bien, si te vemos de lejos, es así como sabemos que eres tú. Tienes una cicatriz en el hocico*... Y mientras hablaba sentía cómo brotaba ese rostro en la mente de Bam, cómo lo hacía despacio, igual que una sombra que se desplaza y alarga hasta quedar fija. Pensé, emocionado: *está viendo su rostro, por primera vez*. Hoy, que todo el mundo sabe cómo es su rostro casi hasta la saciedad, que todos hemos preguntado muchas veces a muchos conejos cómo es nuestro rostro, parecerá ridícula la escena, pero qué distinta nuestra coquetería autocomplaciente a las preguntas sencillas y directas de Bam. ¿*Es un rostro hermoso*?, preguntó. *No*, respondí yo. ¿*Es un rostro temible*?, preguntó. *No*, respondí yo. Bam acataba, creo, con sencillez lo que le decía, pero más bien serio, como quien necesita conocer el lugar en el que vive. ¿*Es un rostro ridículo*?, preguntó. *No*, respondí yo, *es un rostro poderoso*. Cómo salieron esas palabras de mi boca es algo que aún no comprendo, ni siquiera las había pensado con anterioridad, salieron de mí sin cruzar, creo, mi pensamiento, como solo decimos lo que es más grande que nosotros. *Me gusta mi rostro*, respondió Bam. Y si pudiera elegir uno de los días que pasé a su lado, diría que aquella conversación, precisamente aquella conversación un poco torpe,

deslavazada, en la que a partir de entonces nos quedamos medio callados y sin saber cómo proseguir, y él dijo *gracias* o murmuró *gracias* y yo añadí *no hay por qué darlas*, o tal vez no respondí e incliné el hocico en señal de asentimiento, esa conversación, repito, que acabamos como pudimos, casi protocolariamente, y que él zanjó saliendo a la pradera y yo viendo cómo se alejaba, esa conversación tan sencilla, digámoslo mal y pronto, coincidió con el día de su nacimiento, me parece, no sé.

III

Yo, Copito, estuve allí. Mis saltos se mezclaron con los de todos, mi cuerpo fue indistinguible de los demás, yo, Copito, formé parte, corrí, mordí, sentí el placer del sol, pero sobre todo copulé y copulé, yo, el mismo conejo abandonado hacía no tanto en la pradera por aquellos que sin duda me querían, copulé como nunca pensé que pudiera copular ningún conejo. El deseo empezó con el cosquilleo de siempre, las mismas ganas de patalear, la ofuscación, pero luego ya no se detuvo, siguieron las ganas de penetrar y ser penetrado, de abandonarse y todo porque Bam salió de su convalecencia y empezó a marcar con su orina las esquinas de la sala de Bam. Tenía un olor fuerte, recuerdo, la orina de Bam, un olor terroso, inconfundible, sanar le había dado una intensidad única, como ocurre a veces a los enfermos graves cuando recuperan la salud y sienten que ya no pueden descansar, Bam empezó a vivir desde entonces con esa especie de nerviosismo. Aunque tal vez no tuvo que ver con la paliza, tal vez se había fraguado en los días previos, nada en Bam tenía un plan, pero todo tenía sentido, un sentido que se nos escapaba o entendíamos solo a medias, pero sentido al fin, recuerdo el olor penetrante en el interior de la sala de Bam, un olor que aturdía, desde primera hora todos queríamos copular, no se trataba solo de la época del año, ya copulábamos por lo general, un poco desastrosamente, es cierto, pero copulábamos, lo que nos dejaban los mejores de entre nosotros cuando no estaban garantizando el futuro de nuestra especie, unas copulaciones mecánicas, fulminantes, un, dos, tres, listo. *Los mejores de entre nosotros siempre han tenido una concepción mezquina de la copulación*, decía

Bam, una condición triste, pues se emplazan siempre a una ocasión perfecta, lo que indica que nunca viven lo que viven, siempre podría ser mejor la copulación, siempre podría estar más sana la hembra con la que copulan, una hembra que garantice sus genes y no, por alguna anomalía, los de ellas, *los mejores de entre nosotros nunca copulan en el presente, siempre hacia el futuro*, decía Bam, una copulación para la que guardan lo mejor de sí mismos, no quieren desgastarse, no quieren fallar. Lo cierto, no hace falta decirlo, es que nunca llega esa copulación perfecta, siempre llueve o hace más sol o se tiene hambre o se está lejos de la Gran Madriguera y por tanto no a salvo, eso por no hablar de los especímenes con los que se copula, muchas veces agarrotadas, heridas, marcadas por peleas o enfermedades, demasiado viejas o demasiado jóvenes, no siempre receptivas, no siempre simpáticas, ni siquiera con los mejores de entre nosotros, no sé.

Antes de Bam, que yo sepa, nadie había advertido esa condición triste de la copulación. Nadie antes de Bam se había hecho cargo del panorama no menos penoso en que vivíamos los conejos comunes. Si ellos vivían en una ficción imposible, nosotros lo hacíamos en una chapucera, siempre asustados de que alguien nos sacara de un golpe, aprovechando cualquier despiste o indulgencia. Bam lo solucionó por la vía del medio, orinando en todas las esquinas, aquella orina fuerte, terrosa, bajo los arbustos, entre las piedras, habría bastado con ese olor de la orina de Bam para cambiarlo todo, esa destilación que nos puso en *el estado mental de la copulación* (Glu), un estado como tal vez no se había vivido en la Gran Madriguera, pues si bien nunca habíamos dejado de copular, jamás lo habíamos hecho así, con esa furia, como si nos fuera la vida en ello, no sé.

Se acabó, dijo Marrón. *Se acabó*, dijo Glu. *Se acabó*, dije yo, y todos empezamos a decir compulsivamente: *Se acabó*. Decir: *Se acabó* era decir: *Copulemos*, y todas las mañanas desde primera hora, a veces con frío o con hambre, nos deslizábamos hacia la sala de Bam, entrábamos, rozábamos con las orejas la raíz, nadie hablaba demasiado pero todos avanzábamos hacia un centro impreciso, había un murmullo de holas, nos saludábamos con

nuestros nombres, Negrito, Jar, Plon, quien lo tenía, y quien no con una cortesía un poco demasiado excesiva, en algunos el cambio era lento y difuso, en otros casi instantáneo, algo nos encrespaba, como quien ve un prado cubierto de brotes y aún no ha comido y empieza a agitarse mucho y sin propósito, era, supongo, un poco extraño vernos así, saliendo de la modorra en que nos había dejado la paliza de Bam, ahora tensos, las orejas hinchadas, la piel más lisa, hacía un instante conejos separados, ahora un todo compacto que avanzaba, por decirlo así, hacia su abandono, alguien rechinaba los dientes, otro gemía, nos rozábamos al pasar, buscábamos la grupa o empezábamos a ofrecerla, *Se acabó*, decía alguien, pero no saltábamos aún, las idas y venidas se hacían entonces más frenéticas, *Se acabó*, replicaba otro, recuerdo, sobre todo, las miradas, cómo nos mirábamos entonces, con una intensidad que rozaba la tensión y luego el miedo, aparecíamos y desaparecíamos en la mirada de los demás, y el pensamiento se vaciaba pero sin detenerse, ya no menguaba ni se detenía, crecía cada vez más exasperante, maravilloso, de tan presentes los cuerpos se volvían inciertos, recuerdo los temblores de las patas, cómo los músculos comenzaban a acalambrarse, hasta que alguien decía definitivamente: *Se acabó*, y repetíamos todos: *Se acabó, se acabó*, y las compañeras asentían y nosotros las montábamos sin transición, no todos saltaban al unísono, algunos observaban con una mirada cristalina, lejos y cerca, y en un instante el interior de la sala de Bam se llenaba de jadeos, calor, chirridos, estertores, tres o cuatro conejos parecían enredados entre sí y no se sabía quién penetraba a quién, una coneja esperaba apartada, mostrando y moviendo la grupa, como si copulara con un fantasma, dos conejos se golpeaban el uno sobre el otro, en una copulación atrofiada de intensidad, el ritmo crecía, se apaciguaba, volvía a crecer, y cuando parecía que se extinguía arrancaba de nuevo con más fuerza, a veces los chirridos se convertían en gritos, otras era el silencio lo que llamaba la atención, un silencio ensimismado, pues había irrumpido algo impensable, algo con lo que nadie contaba: el placer, sentíamos placer, quién lo iba a decir, un placer que iba más allá de la copulación, atrapado como una nube en el cerebro, tras la orejas,

una temperatura, una crispación, queríamos morder, pero sobre todo queríamos prolongar esa dicha que nos erizaba, el placer lo cambiaba todo, y a ratos hasta nos desorientábamos, yo, recuerdo, sentía vergüenza, porque la dicha era más grande y no lograba hacerla entrar en mi cuerpo, tan diminuto, nos hablábamos despistados, como si no estuviéramos copulando en realidad: *¿A dónde vas? ¿Quién eres? Ven aquí, ven aquí*, nos decíamos frases simples, parecidas a esa: *Qué bien hueles*, *Qué suave eres*, nos rozábamos con el hocico, en los párpados, en la vulva, cuanto más sensibles eran los lugares, más queríamos rozarnos en ellos, *Eres perfecta*, decíamos, un conejo, recuerdo, se sentó frente a mí y me ofreció los ojos para que los lamiera, aún puedo contemplar los ojos abiertos de aquel conejo a quien nunca volví a ver, aquel gesto de una entrega enloquecida, pues habría bastado un gesto brusco de mis dientes para dejarlo ciego, y yo sentí como si cayera desde una roca muy alta, y me acerqué y le lamí los ojos y sentí el sabor salino de aquella dulzura enloquecida y dije: *Qué es esto, qué ocurre aquí*, me daba miedo no poder detenerlo ahora que ya había empezado, y el conejo se dio media vuelta, recuerdo, y se alejó de mí, y yo seguí tras él y le ofrecí los míos, abrí mucho los ojos y le pedí, le supliqué que me los lamiera como yo se los había lamido, quería saber qué se sentía, pero más aún darle todo a aquel desconocido, lo recuerdo ahora, de ojos rojos, cómo fui capaz de hacer eso, no lo comprendo aún, *estoy a su merced*, pensaba una y otra vez, a punto de reventar de placer, *estoy a su merced*, me decía mientras todos aquellos conejos copulaban a nuestro alrededor y sentíamos sus chirridos y pataleos, y yo mismo comenzaba a copular otra vez, y lo perdía y nos perdíamos, y nunca más volvíamos a vernos, no sé.

Lo pensaba en aquella época con extrañeza y lo pienso ahora desconcertado, nunca vi a Bam en aquellas ocasiones, el primer y único responsable de aquella copulación incesante, nunca lo vi allí entonces, por mucho que habría sido improbable, casi absurdo que estuviera en otro lugar, nunca lo vi, y no fui el único, como luego comentamos muy seguido, pero había quien juraba y perjuraba haber copulado con Bam, quien aseguraba haber copulado no una, sino varias veces, o haber *gozado* a Bam, como se decía entonces

un poco pomposamente, y no encuentro ni ahora ni entonces motivo alguno para dudar de su palabra, lo corroboraron luego muchos gazapos parecidos a Bam, con manchas iguales que las suyas y el mismo gesto de ofuscación en sus ojos, nacidos de distintas conejas en distintos momentos, gazapos que solo podían haber surgido de Bam y que necesariamente habían sido engendrados en aquellas copulaciones colectivas, pero yo nunca lo vi, y lo mismo les sucedió a otros, lo buscaban, como yo, sin encontrarlo, recuerdo con claridad que preguntaban por él y a continuación la pregunta se diluía entre los gemidos, nadie sabía dónde estaba Bam, si es que estaba en alguna parte. Me resulta tan difícil de comprender esa ausencia que tiendo a creer que aparecía y desaparecía, ni siquiera los que estaban con Bam lo estaban por mucho tiempo, solo un segundo, decían, el que duraba la copulación, y luego lo perdían entre la masa, por decirlo así, y yo creo que entonces se escondía, aunque obviamente no podría demostrarlo, creo, tengo la sensación, la sospecha, de que Bam se escondía en el lugar más obvio de todos, el pequeño promontorio de la sala de Bam desde el que daba sus discursos. Cuánto daría ahora por regresar a una de aquellas copulaciones, aunque fuera un segundo, lo suficiente como para alzar los ojos y comprobar si estaba allí y nos miraba, cosa de la que estoy prácticamente seguro, pues Bam no podía dar ya un paso sin que alguien tratara de rozarle con las orejas o sonsacarle una frase memorable, cuánto daría por regresar un segundo y alzar la cabeza para saber cómo lo hacía, cómo era esa mirada de Bam cuando copulábamos, si de amor, o de victoria, o cómo, no sé.

Bien distinta era la mirada de los mejores de entre nosotros, eso lo sé con certeza. También ellos se acercaron de nuevo a la sala de Bam. Regresaron, pero ya no amenazados ni para enfrentarse a él, sino atraídos por la orina y las copulaciones colectivas, unos encuentros a los que no habían sido invitados, pero de los que tampoco se los excluía, tantas veces es así la vida de los conejos, aborrecemos algo y lo odiamos y nos alejamos, corremos en dirección contraria hasta que de pronto, un día, descubrimos que eso es precisamente lo que deseábamos, el miedo y el deseo son tan coincidentes que no los distinguimos, y entonces huir es lo

mismo que regresar. Algo así, creo, sentían los mejores de entre nosotros cuando entraban en la sala de Bam en plena copulación colectiva, nos miraban como desde una pesadilla, nada les impedía copular, pero no copulaban o casi nunca lo hacían o si lo hacían era solo tentativamente, un, dos, tres, listo, poniendo de manifiesto su fracaso, porque hacerlo como siempre solo mostraba su ineficacia en aquel contexto nuevo, creo que por primera vez se sentían fuera, como si ellos y nosotros perteneciéramos a realidades distintas, cosa absolutamente cierta, pero comprendida por ellos por primera vez, y daba ternura ver cómo insistían, cómo lo intentaban de nuevo: un, dos, tres, listo, un poco torpemente, sin encajar aquella jerarquía, o más bien, aquella ausencia de jerarquía, *quien ha nacido poderoso es inevitablemente estúpido*, decía Bam, en las copulaciones colectivas los mejores de entre nosotros se sentían abandonados, no tanto porque hubiésemos dejado de reconocer su autoridad –cosa que seguíamos haciendo– sino porque su duda nos habilitaba a dudar, ahora pensábamos que nos habíamos dejado embaucar por sus músculos poderosos, por sus ojos de una vista infalible, por su olfato superior, nos habíamos dejado embaucar por esa superioridad suya absoluta e incontestable, nos habíamos sentido halagados cuando nos permitían acompañarlos, cuando –a falta de algo mejor– copulaban con nosotros, habíamos admirado sus peleas, ahora paseaban entre nosotros, enormes como eran, musculosos e impecables como eran, con sus rostros cubiertos de cicatrices pero ya no heroicos sino inseguros, como demostraba por la vía de los hechos aquella copulación colectiva, *los humilla nuestro placer*, dijo un día Marrón y todos nos quedamos callados, recuerdo el hocico rosa de Marrón encogiéndose como una baya, repitiendo *los humilla nuestro placer* y luego una sonrisa, o algo parecido a una sonrisa, y aunque era cierto que eso hacía nuestro placer, en parte, más placentero, no es menos cierto que su humillación era también humillante para nosotros, pues inútiles como eran, en su inutilidad había también, cómo explicarlo, cierta nobleza, al fin y al cabo no dejaban de ser los mejores de entre nosotros y quién sabe si en determinadas circunstancias de la vida la sabiduría no consiste precisamente en eso; en ser estúpido, en parecer estúpido, no sé.

Lo cierto es que se marcharon de nuevo, los mejores de entre nosotros, a sus galerías de privilegiados, con sus fanáticos habituales, volvieron a ponerse sobre las piedras de la pradera y a pelear entre ellos, pero algo parecía haber vaciado esos gestos. Eran los mismos, pero no parecían iguales, y resultaba difícil saber lo que faltaba porque los golpes eran iguales, y las copulaciones también, un, dos, tres, listo, pero algo había desaparecido, la convicción tal vez de que esas cosas eran reales, de que tenían sentido, había quedado la piel pero no la carne, los mejores de entre nosotros seguían haciendo esos gestos con la esperanza, quizá, de que en la repetición volverían a adquirir sentido, cosa que no ocurría, sino más bien lo contrario; cuanto más los repetían, más se ponía de manifiesto su inseguridad, más rígidos, más impostados se volvían, recuerdo una tarde en que vi pelearse a dos de los mejores de entre nosotros, y en un momento dado uno de ellos empezó a golpear cada vez más despacio, cada vez más débil, hasta que en un instante dejaron de golpearse, pero siguieron moviéndose como si se golpearan, separados los dos a una buena distancia, daban y recibían golpes que no existían en realidad, producía ternura ver esa ansiedad de los mejores de entre nosotros por recuperar la autenticidad de sus gestos, daba ternura, digo, y un poco de pavor, pues qué cosa más difícil de recuperar que la autenticidad, que cosa más fácil de perder y más difícil de recuperar que la autenticidad, cuando se pierde ya no se recupera, *mejor inventar un gesto nuevo que insistir en uno falso*, decía Bam, pero lo cierto es que no podían, no podíamos, inventar un gesto nuevo, estábamos solos, estábamos desamparados, no sé.

Estábamos solos, estábamos desamparados, de pronto me hace sonreír esa frase, tan solemne, tan excesiva, pero igual de verdadera, hubo una transición, un tiempo de soledad, ese margen sucedido entre el momento en que los mejores de entre nosotros desistieron y Bam no había terminado de llegar aún. Tal vez fue ese, pienso ahora, el único momento de libertad de nuestra raza, el momento en que pudimos haber hecho cualquier cosa entre un viejo orden y uno distinto, pero no la hicimos, supongo que porque no sabíamos que eso era la libertad, yo, al menos, no tenía ni la menor

idea, pero ahora no tengo duda: esa soledad, ese desamparo, eran precisamente la libertad, o la cosa más cercana a la libertad que pudimos sentir, nosotros, la raza más obsesionada con la libertad que pueda imaginarse, nosotros, que habíamos asociado siempre la libertad a cosas bonitas o estimulantes, que corremos mucho y ya pensamos: *la libertad*, o vemos la luz a primera hora de la mañana sobre la pradera y ya pensamos: *la libertad*, por no hablar de los gestos de audacia, más que ninguna otra cosa confundimos eso con la libertad, como, por ejemplo, la hazaña de Bam entre las patas de los ciervos o la muerte de Bol, una muerte absurda se mire por donde se mire, la habíamos llenado de la palabra *libertad* para volverla tolerable, como hacíamos con cualquier cosa que no podíamos soportar o no lográbamos entender, y cuanto menos lo podíamos soportar o menos lo lográbamos entender, más lo llenábamos de la palabra *libertad*, decíamos: *Puede que tengamos miedo, pero nadie nos quitará la libertad*, ese tipo de frases que parecen significar algo y no significan nada, *cómo nos encantan esas frases que se comen a sí mismas*, decía Bam, y es que cuanto menos convencidos estamos de nuestra libertad, más desesperadamente nos llenamos la boca con esas frases, y ponemos siempre en ellas, en un lugar privilegiado, la palabra *libertad*, para que brille mucho, para que no se vea otra cosa, la libertad de los conejos, menudo chiste, menuda broma de mal gusto, no sé.

Y sin embargo también la probamos, la libertad, solo que no sabíamos que era la libertad. Esa soledad, ese desamparo y ese placer de las copulaciones colectivas eran la soledad, el desamparo y el placer de la libertad, regresábamos a ellas una y otra vez, cada vez que Bam orinaba de nuevo por la sala de Bam y bajo las piedras y entre los arbustos, y todos nos levantábamos con ganas de copular y copular, la única libertad que conocimos, aunque no sabíamos que era la libertad, no era fácil estar a la altura de la libertad, no era fácil dormir en el lecho incómodo de nuestra libertad, dábamos vueltas, nos golpeábamos unos con otros, deseando en el fondo que regresaran los mejores de entre nosotros o alguien que se hiciera cargo, alguien que se hiciera cargo de ese desamparo y esa soledad, decíamos, pues al fin y al cabo nosotros habíamos hecho todo bien,

nos habíamos puesto nombres y habíamos obedecido a nuestros nombres, pero la soledad y el desamparo no se habían resuelto, y hasta el placer nos resultaba amenazador y exigente, demasiado intenso, algo con lo que no sabíamos qué hacer, que nos queríamos sacar de encima, no sé.

Y entonces ocurrió. Fue un día agradable, recuerdo, de finales del frío. Yo regresaba de comer bajo las patas de los ciervos, cosa que hacía siempre que podía, por el puro placer de sentirlos a mi lado, estaba de buen humor, creo, o tal vez es solo que la imagen de bienestar y tranquilidad de comer bajo los ciervos le otorga a mi recuerdo ahora una placidez que no tenía cuando lo viví, como ocurre tantas veces con los recuerdos, regresé, digo, a la sala de Bam y vi cómo Bam se subía lentamente al promontorio de los discursos y me alegré de que lo hiciera, porque ya hacía tiempo que, sumidos como estábamos en las copulaciones colectivas, Bam no daba ninguno, no sabíamos si por indiferencia o porque no tenía nada que decir, el último no había sido precisamente memorable, una concatenación de preguntas sin propósito en la que Bam divagó sobre qué era ser un conejo, o más exactamente, cuántas partes hacía falta quitar a un conejo para que dejara de ser conejo, *si se quitaba, por ejemplo, una oreja, ¿seguía siendo un conejo? Si se quitaba una pata y la cola, ¿seguía siendo un conejo*? Recuerdo lo largo que se nos hizo aquel discurso, porque Bam fue enumerando todas las partes del cuerpo y las fue quitando una tras otra preguntándose si aquello seguía siendo un conejo, si se le podía seguir llamando un conejo a aquello: *si le quitamos la cola, dos patas, las orejas, los dientes, la piel, ¿seguía siendo un conejo*? Desde entonces no había vuelto a dar, que yo supiera, ningún discurso, por eso cuando subió aquel día al promontorio de la sala de Bam se produjo, recuerdo, un movimiento ambivalente de deseo y temor, pues todos querían escuchar a Bam, pero recordaban también el último discurso, y Bam subió entonces lentamente y me di cuenta de que había estado comiendo bellotas en la pradera, cosa que hacía siempre en esa época del año, adoraba el sabor dulce y amargo de las bellotas, un sabor que lo ponía locuaz, y dijo: *MÁS*. Hubo un breve murmullo a continuación, un murmullo lógico, nadie

podía pensar que el discurso se hubiera acabado tan pronto. Todos empezaron a preguntar cada vez más alto *qué ha dicho* y unos decían que *Más* y otro que *Bam*, Bam repitió por segunda y última y tajante vez: *MÁS*. No era, evidentemente, algo que se le acababa de ocurrir, dijo *MÁS* de un modo distinto a como había pronunciado otros discursos, lo hizo, recuerdo, rotundamente, como el resultado de una larga disquisición, algo en Bam había estado discurriendo durante aquellos días memorables y había resuelto: *MÁS*. A qué pregunta era respuesta ese *MÁS*, eso no lo sabíamos. Sospechábamos, aunque sobre aquello se debatió mucho también, que no se trataba solo de una respuesta a una pregunta, sino tal vez a un cúmulo de preguntas, que lo que había resuelto Bam era, en realidad, un enigma múltiple, un ramo, por decirlo así, de enigmas, y que la respuesta a esos enigmas era *MÁS*, simplemente *MÁS*, no sé.

Era también, de hecho, la primera orden que salía de su boca. Estábamos tan acostumbrados a un Bam enigmático o, en el mejor de los casos, excéntrico, que no estábamos preparados para una orden. Eso por no hablar de *MÁS QUÉ*, algo, obviamente, que Bam no aclaró y, por supuesto, a nadie se le ocurrió preguntar, teníamos tantas ganas de salir del desamparo provocado por la libertad, que tras el primer desconcierto recibimos aquel *MÁS* con esperanza. Pronto la esperanza se convirtió en alegría, casi en excitación. En la oscuridad de nuestra libertad, aquel *MÁS* era por fin una luz. Cómo nadie había pensado en algo tan sencillo, nos preguntábamos, cómo no se le había ocurrido a nadie esa respuesta. Nos maravillaba, aparte, su sencillez, no importaba *MÁS QUÉ*, la respuesta era: *MÁS TODO*, si alguien tenía una duda la respuesta era *MÁS*, si alguien desconfiaba o tenía ganas de huir o hambre o deseo de copular o enfado o desconfianza o alegría o placer o miedo a la muerte la respuesta era *MÁS*, si alguien se cansaba la respuesta era *MÁS*, si alguien era dichoso la respuesta era *MÁS*, si alguien amaba el sol y el prado la respuesta era *MÁS*, si alguien quería arrojarse a los depredadores la respuesta era *MÁS*, si alguien sentía que sus gestos habían quedado vacíos o que nunca habían estado tan llenos, la respuesta era *MÁS*. *MÁS*, nos decíamos, era la respuesta, respondiendo siempre *MÁS* a cualquier inquietud llegaríamos a un

lugar mejorado, una convicción, pienso ahora, que tal vez no provenía enteramente de Bam, porque en ningún momento nos había prometido nada, se había limitado a decir *MÁS*, y tal vez –pienso ahora– ni siquiera había dicho *MÁS* en un tono imperativo, sino sencillamente enfático, y nosotros lo habíamos interpretado con tono imperativo, si la culpa era de alguien, por decirlo así, era solo nuestra, pues más que atender a Bam habíamos convertido a Bam en aquello que necesitábamos, *como siempre hacemos*, decía Marrón, ya entonces recuerdo que se burlaba un poco, aseguraba que tal vez Bam había dicho *MÁS* con la alegría expansiva de una ocurrencia y nosotros habíamos agarrado ese *MÁS* y lo habíamos convertido en una respuesta total y aplicado a todo, *acaso se puede ser más idiota*, decía Marrón, no sé.

Pero lo cierto es que vimos cosas prodigiosas, cosas que jamás habríamos creído posibles, bastó ese *MÁS* para desatarlas, recuerdo un conejo gritando *MÁS, MÁS*, corriendo frente a un hurón, a una coneja llamada Perk atacando a una serpiente, recuerdo la sombra de un conejo pardo adentrándose en las profundidades de la Gran Madriguera, como si nunca fuera a regresar, y también a uno trepando, literalmente, hasta la base de las ramas de un árbol, recuerdo a un conejo blanco bajo el sol, abstraído en el placer como nunca vi a ningún conejo, y también a una coneja lamer a sus gazapos temblorosa, con una dulzura sin límites, susurrando *MÁS, MÁS*, vi a un conejo alimentándose de pequeños guijarros, y a otro salir en plena noche con una insensatez que parecía invocar su muerte y regresando al amanecer con la mirada luminosa, gritando *MÁS*, algunos acumulaban *MÁS* alimentos para el invierno, y otros limpiaban *MÁS* el tránsito descuidado de las entradas, nos cruzábamos en la Gran Madriguera y susurrábamos *MÁS*, nos ayudábamos a entrar o a salir y susurrábamos *MÁS*, nos acariciábamos con los bigotes y decíamos *MÁS*. Y recuerdo que un día abrimos los ojos y casi todas las conejas de la Gran Madriguera estaban preñadas, viejas, jóvenes, enfermas, todas con esos ojos, cómo decirlo, ausentes y llenos de las conejas preñadas, esas miradas incandescentes de las conejas preñadas, como si algo las absorbiera desde el interior, cómo no iban a estar todas las conejas

preñadas si no habíamos parado de copular como enloquecidos, no sé.

De la Gran Madriguera desapareció de pronto el olor terroso de la orina de Bam, y llegó el olor de la modorra, las siestas metódicas, la respiraciones pesadas, los sofocos, las contracciones, las panzas hinchadas, los sangrados en las vulvas, el olor a carne mojada, ese olor de la espera que conocíamos bien, pero no de ese modo, pues nunca, que nadie supiera, se había producido una situación como aquella, en que la práctica totalidad de las conejas de la Gran Madriguera estuvieran preñadas al mismo tiempo, nos desconcertaba aquella situación de la que, como es lógico, éramos los únicos responsables, Glu estaba preñada, Marrón estaba preñada, Kun estaba preñada, Tork estaba preñada, todas, las recuerdo, inmóviles, pues si bien parecía inevitable que nos encaminábamos hacia una catástrofe, la sensación era agradable, no sé.

Pasamos de copular diariamente a no copular ni por asomo, y creo que no nos importó, habíamos copulado tanto que ni nos importó, solo sabíamos ser dulces, nos mirábamos tranquilos. No pensábamos en la catástrofe que se avecinaba, me maravilla eso, cómo podíamos ser dulces, mirarnos tranquilos y no pensar en la catástrofe que se avecinaba, es algo que no entra ahora en mi imaginación, recuerdo que una de aquellas tardes en que estábamos dormitando todos en la sala de Bam, más de treinta conejas preñadas, Marrón dijo, *imagínate que nos ponemos todas a parir*, y lo dijo, eso me pareció, con malicia. Tenía razón. ¿Qué pensábamos que iba a salir de esas panzas? ¿Qué creíamos que iban a comer esos gazapos? ¿Dónde nos imaginábamos que iban a dormir? Pero Bam parecía más contento, como si hubiese llegado a un lugar deseado, cada mañana salía de la sala de Bam, ufano, lo que en Bam consistía en un saltito pequeño alternado con un saltito medio, una forma de caminar un poco desconcertante, porque parecía cojo de un pie y luego cojo del otro, al principio nos pareció ridículo y luego, con el tiempo, distinguido, como casi todo lo que hacía Bam. Se la inventó (creo ahora) con la única intención de parecer más alto de lo que era, para mejorarse, por decirlo así, o eso me parecía. Le gustaba observar cómo crecían

todas aquellas panzas. Recuerdo una mañana fría, ese momento en que el sol comienza a derretir la escarcha, todos nos calentábamos al sol, la pradera estaba de pronto llena de animales, insectos, y ni los ciervos, ni los pájaros, ni las moscas, ni las serpientes, ni las lombrices, ni los desechos que apenas tienen nombre, ni las crías de esos desechos, ni los desechos aún más insignificantes que se alimentan de esos desechos eran ajenos al placer del sol, y recuerdo que el sol derretía la escarcha como si sobre la pradera hubiesen nevado estrellas y se la llevaba hasta el río que no se puede cruzar, y mientras todos pensábamos en comer, recuerdo que Bam miraba fascinado primero a la montaña a la que no puede subirse y luego a las conejas preñadas, *una coneja preñada es una madriguera en pequeño*, decía mirándolas con satisfacción, una frase que quedó ya para siempre en nuestra especie, nadie recuerda ya que esa frase es de Bam, pero es de Bam, hoy la repiten todos cuando ven a una coneja preñada, *una coneja preñada es una madriguera en pequeño*, y lo hacen como signo de buen augurio y respeto, pero yo no puedo escucharla sin pensar en esa mañana, y en cómo pasamos del frío al calor, un calor sofocante que nos hizo regresar a la Gran Madriguera, esa red difusa de salas, espirales, salidas, conexiones, ese mensaje cifrado del que todos somos agentes y mensajeros, pero también víctimas y victimarios, lo mismo que la lluvia moja y es mojada, que un agujero habilita la caída y es la caída, no sé.

Y fue entonces también cuando Bam se puso a cavar *MÁS* madrigueras, pero no hacia el lado correcto, recuerdo bien, no hacia la pradera, sino hacia el opuesto, el lado en que todos sabemos que no deben construirse las madrigueras, por qué Bam empezó a hacer aquella insensatez eso nadie lo sabe, se puso a cavar sencillamente madrigueras que no se parecían a las que habíamos cavado hasta entonces, sino distintas, más amplias de lo que correspondía, completamente rectas y con pasillos que cruzaban en lugares absurdos, sin aparente intención de emerger en ningún sitio, qué extrañamente acogedoras resultaban de pronto aquellas madrigueras, qué nuevas, familiares y reconocibles eran de pronto aquellas extrañas madrigueras cavadas por Bam justo hacia el lugar donde no deben cavarse nunca las madrigueras, porque, sabemos,

hay cosas allí que pueden acabar con nosotros. Al principio estaba solo, recuerdo, y nosotros lo mirábamos. Pensábamos; *se cansará Bam, es una de esas cosas de Bam*, pero Bam seguía, y cuanto *MÁS* seguía, *MÁS* ganas teníamos de acompañarlo, de ponernos a cavar con él aquellas madrigueras, y fue entonces, creo, cuando entendimos que Bam cavaba esas madrigueras para los gazapos que iban a nacer, y también, creo, cuando se apoderó de nosotros el entusiasmo, no sé.

No ocurrió en un instante. Había que confiar o desconfiar, había que creer o dejar de creer por completo, había que creer que se podía ir *MÁS* allá de donde podía irse, y recuerdo que Marrón dijo entonces una de esas tardes que la fe era como un piñón que caía de una piña al suelo y del que crecía un pino lleno de piñas y piñones, como una cosa que crecía era la fe, eso dijo Marrón, y recuerdo que acabábamos de comer al lado de un pino, y yo pensé que en ese momento Marrón haría una broma que tendría que ver con las piñas y los piñones, y también con la fe, pero no la hizo, y pensé también que si hasta Marrón decía que la fe era como un piñón que caía de una piña y del que crecía un pino lleno de piñas y piñones, si hasta alguien como Marrón podía pensar algo así y no reírse, entonces estábamos más cerca de la fe de lo que yo pensaba, pero a ratos era también como si algo se retrajera en nosotros, porque sabíamos que no debíamos hacer lo que hacíamos, no debíamos cavar más en esa dirección, sin duda había algo allí que nos destruiría, y recuerdo sobre todo la grupa de Bam y sus patas traseras arañando la tierra, y la forma en la que yo echaba hacia atrás la tierra que él arañaba, y cómo le dije: *Basta, Bam, déjalo estar*, y Bam se dio la vuelta y sonrió, creo, o a mí me pareció que sonreía, y me dijo: *Exacto, Copito, basta, déjalo estar*, y yo me quedé mudo porque entendí que no debía ejercer más resistencia y cuando se volvió y siguió cavando, ya solo pude echar la tierra hacia atrás con más fuerza, y poco a poco me sentí liviano, como si ya no pudiera equivocarme nunca y hubiese venido a la Gran Madriguera solo para cavar detrás de Bam, o junto a Bam, unas madrigueras nuevas, qué importa si hacia el lugar donde no debían cavarse las madrigueras, no sé.

Nada es lo que parece –decía Bam una y otra vez–, *todo es MÁS de lo que parece. La pradera es segura, pero también insegura, los insectos son aliados, pero también nos enferman, a veces hay sol con frío o calor con lluvia* –decía Bam–, *nos apoyamos, dormimos, con el tiempo distinguimos los olores: pero todos los olores son un mismo olor* –decía Bam–: *el nuestro. ¿Qué está mal en nosotros?* –decía Bam–. *Un conejo es MÁS grande, un conejo es MÁS que su miedo.* Ese tipo de cosas decía Bam y luego se quedaba en silencio y nosotros también, temblábamos, creo, o yo al menos sé que temblaba, *esa es la verdad*, me decía, *lo que ha dicho Bam*, me decía, *esa es la verdad*. Cómo sabía que esa era la verdad era algo que no podía entender, el cuerpo lo sabía, más que la inteligencia, había llegado al cuerpo, por decirlo así, antes que a la inteligencia, pero no solo al mío, porque entonces sentí que temblaban también los de todos, de forma que por un instante no supe si lo que temblaba era mi cuerpo o los cuerpos que me rodeaban y agitaban el mío con su temblor, hasta que una de aquellas tardes me di cuenta de que una coneja estaba pariendo junto a mí, y recuerdo cómo Bam bajó entonces del promontorio de la sala de Bam, y vi que lo hizo despacio, con esa forma de caminar que al principio nos pareció ridícula y luego, con el tiempo, distinguida, y se acercó hasta donde acababa de caer el primer gazapo sanguinolento, y enseguida cayó un segundo, y luego un tercero, y hasta un cuarto que estuvo a punto de devorar la madre, pero Bam se lo impidió, y se puso él mismo a lamerlo y a comerse su bolsa, cosa que el gazapo agradeció con un gemido, y la madre también, y a continuación parió otra coneja y otra más, y aunque al principio no nos pareció extraordinario, de pronto tanta coneja pariendo hizo que los ojos se nos llenaran de polvo, de pelos, de moscas, de sangre, y nos escocían y picaban, y los gazapos comenzaron a berrear al unísono, acalorados y con sus pequeñas pupilas ciegas y blancas como coágulos, y Bam los lamía a todos, no sé.

IV

¿Qué es un conejo que nace? Parió Glu, parió Marrón, parió Tork, parió Kun, cada una de ellas, recuerdo, tres, cuatro y hasta cinco gazapos, y luego perdimos la cuenta, diez, treinta y dos, quién sabe, como en los silbidos de la Gran Madriguera que uno los oye, pero desconoce de dónde vienen, se estremecía una, la otra gemía en un calambre y cuanto más parían, más se animaban a parir, en pocos días ya vivíamos rodeados de rostros diminutos, gritos de hambre, sabíamos cómo eran esas cosas pero no cómo gestionarlas, cómo era tener gazapos en todas las entradas y galerías de la Gran Madriguera, eso no lo sabíamos, porque *vemos nuestro miedo pero no lo que hay detrás de nuestro miedo*, decía Bam, y ahí estaban sus bolsas oscuras, sus coágulos, sus pupilas ciegas, su piel sin pelo, esa criatura penosa que es un conejo al nacer, que parece increíble que pueda convertirse en un conejo, no lográbamos conciliar, creo, lo que veíamos y lo que sentíamos, sabíamos que merecía la pena morir por esos gazapos, los cuidábamos pero también huíamos de ellos, los alimentábamos, pero también los aborrecíamos, aunque aborrecer no es la palabra apropiada, nos arrancábamos el pelo a bocados y hacíamos pequeños lechos en las esquinas para que estuvieran más cómodos, calientes, ocultos, pero también, me parece, para que no nos vieran, y cuando regresábamos y los encontrábamos a salvo nos sentíamos aliviados y vagamente molestos, sus gritos nos enternecían tanto como nos irritaban, nos ayudaban a cavar madrigueras hacia el lugar en el que no pueden cavarse, no parábamos, de hecho, de pensar en ellos cuando cavábamos, ese era, recuerdo, nuestro único pensamiento, los

penosos y conmovedores y amados y casi horripilantes cuerpos de los gazapos, pero luego regresábamos exhaustos y no poder dormir nos enfurecía, éramos la única fuente de su sustento y nos agobiaba la carga, pero pensar que dejaríamos de serlo nos producía una mezcla de frustración y dolor, y así como íbamos y veníamos, queríamos que aquel momento se acabara lo antes posible, y luego, un segundo más tarde, que durara para siempre, pues nunca nos habíamos sentido más intensamente conejos, había situaciones, creo, en que el tiempo se detenía, o a mí me parecía que se detenía, y siempre tenía que ver con la presencia de algún gazapo, siempre estaba cansado y un gazapo se acercaba a mí o me husmeaba, *ser conejo es que no haya alternativa*, pensaba entonces, y esa frase, junto a la presencia del gazapo, recuerdo, me emocionaba, y algo surgía de ahí, algo como una rama que se quiebra en la tormenta y sale de ella un líquido, así a veces nos preguntábamos cómo habíamos hecho hasta ese día para sobrevivir cuando no estaban ellos, cuando no existían esos gazapos, no sé.

Tal vez recordé entonces lo que era ser un gazapo, a pesar de lo distinta que fue mi infancia, recordé sencillamente lo que era ser un gazapo, la casa de aquellos que sin duda me querían, aquel mundo dulce, sin frío, sin hambre, sin depredadores, en el que fui amorosamente atendido, pero especialmente, recordaba, por una niña de aquellos que sin duda me querían, una niña cuyo vínculo conmigo era obviamente distinto, pues disponía de mí a su antojo y que me dio mi nombre, *Copito*, un poco ruda y brutal, pero también, recuerdo, extrañamente delicada, yo no recordaba ya el rostro de aquella niña ni sus gestos; muy pocas veces la había mirado a la cara, pero sí recordaba sus manos y su olor también, lo recuerdo aún, solía aplastar los dedos contra mi hocico y meter uno de ellos en mi boca, para que yo lo mordiera, cosa que tras un largo proceso entendí que debía hacer con suavidad, y ella retraía la mano y daba un pequeño grito, y luego volvía a introducirlo en mi boca y yo a morder, y yo entendí entonces que eso debía repetirse en un ciclo indeterminado y que ese ir y venir, en principio inconducente y absurdo, albergaba, por decirlo así, un fin en sí mismo, más aún, era como un resumen de nuestro vínculo, yo hacía lo que se suponía

que tenía que hacer, ella fingía sorpresa y dolor, y con esos dos fingimientos completábamos, si se quiere, una verdad un poco trivial, pero que a nosotros nos servía, y hasta, creo, nos volvía alegres, pues por un instante, recuerdo, llegué a pensar que aquel ir y venir del dedo a mi boca y luego aquel grito fingido y luego aquel volver a meter el dedo en mi boca que hacíamos dos, tres y hasta cuatro veces al día era, por decirlo así, el contenido de mi existencia, que para eso estaba yo en el mundo, y recuerdo que no me habría parecido tan mal si no hubiese sido por el miedo, aquel miedo indeterminado y sin referente, tal vez el único sentimiento que me preparaba, pienso ahora, para sobrevivir al abandono de aquellos que sin duda me querían, *Copito*, me llamaba, y yo iba, *Copito, ¿dónde estás*?, preguntaba, y yo iba, cosa que ella siempre celebraba con alegría y no pocas veces con comida, y yo pensé de pronto que *Copito* era la única palabra que me unía aún a aquella niña, y al gazapo que había sido yo y que no pocas veces se acurrucaba cómodamente en su lecho todas las noches, aprovechando el calor de su cuerpo y tratando de sobreponerse al miedo, esa palabra arrastrada en el tiempo, *Copito*, aplicable a tantos conejos como he sido, tan distintos unos de otros, esa palabra que tal vez debería haber cambiado a medida que yo cambiaba y sin embargo había seguido siempre intacta, *Copito*, y en eso, entendía ahora, había una especie de consuelo, porque yo podía agarrar todos esos *Copitos* y trazar con ellos un camino de vuelta, un regreso, pongamos, a la casa de aquellos que sin duda me querían, al dedo que entraba en mi boca y yo fingía que mordía y ella fingía que gritaba y luego repetíamos una y otra vez, sin descanso y sin cansancio, de modo que se lo conté a Bam, la forma en que la palabra *Copito* me aseguraba siempre un regreso a aquella niña y a la casa de aquellos que sin duda me querían, y le dije que deberíamos dar nombre a todos los gazapos que habían nacido, para que también ellos pudieran trazar un camino de vuelta, y Bam se quedó callado, recuerdo, callado y atónito, como solía quedarse cuando alguien le decía lo que ya estaba pensando, y me dijo: *Tienes razón, Copito*, pero luego me dijo: *NO tienes razón, Copito*, y yo me quedé perplejo, no sé.

Muy de Bam, por otra parte, ese tipo de cosas, decir algo y luego, inmediatamente, lo contrario, un gesto que yo atribuía a ratos a su despiste y a ratos a una especie de mala fe que luego fui comprendiendo y perdonando pues en Bam el pensamiento se hacía, por decirlo así, en la boca: *No es lo mismo buscar un nombre que tener que aceptar un nombre*, dijo. Y yo: *No entiendo*. Y él: *Todos hemos recibido nuestro nombre voluntariamente, pero esos gazapos lo recibirán contra su voluntad*, y aquel dilema, creo, dejó sumido a Bam en un silencio todavía más profundo, hasta que tras un largo día decidió que igualmente tenía razón, que era necesario dar nombre aquellos gazapos, *por el bien general de la Gran Madriguera*, me dijo, el bien general de la Gran Madriguera era el que prevalecía ahora sobre el bien particular de aquellos gazapos, me explicó, *es más importante para nosotros que esos gazapos tengan un nombre, no importa que sea uno que no les gusta, eso es un mal menor*, explicó Bam, *comparado con el bien general de que lo tengan, y además, qué es un nombre que no nos gusta, una pequeña molestia*, explicó Bam, *y quién sabe además si no nos acabará gustando mañana lo que hoy nos disgusta, quién sabe si el nombre que odiamos hoy se convertirá mañana en nuestro nombre favorito*, dijo Bam, y no pude estar más de acuerdo, y le dije: *Esto es nuevísimo*, no sé.

Pero cometimos un error, creo, un error de bulto, por decirlo así, aunque disculpable considerando la enorme cantidad de gazapos a los que había que dar nombre; no podíamos nombrar a toda aquella multitud uno a uno, *moriríamos en el intento*, dijo Bam, necesitábamos una forma de nombrarlos de golpe, lo que nos ponía en peligro de hacer cualquier desastre, de poner, por ejemplo, nombres inapropiados a gazapos que no los merecían, pero igual no había tiempo que perder, era necesaria una solución, y *qué tal*, propuso Glu, *si en vez de hacerlo uno a uno, lo hacemos mediante una representación, qué tal si repetimos algo que ya hemos hecho, pero ahora de manera distinta, como la tarde aquella en que murió Bol y Bam nos puso nombre, repitamos lo que hicimos esa tarde*, propuso Glu, *y luego nombramos a todos los gazapos de un golpe y acabamos con este asunto*, y así fue como discutimos durante

mucho tiempo lo que realmente sucedió aquel día en que pusimos nombres sobre la pradera y las cuatro comadrejas devoraron a Bol, cómo nos metimos todos en la Gran Madriguera y empezamos a gritar *Bol no, por favor, Bol no*, y sucedió que al empezar a representarlo, fue como si volviéramos a vivir ese día, como si lo recordáramos, por decirlo así, *pero desde fuera*, dijo Glu, y bajaron primero los gazapos, luego las hembras, luego los machos, finalmente todos a la vez y nos pusimos a gritar: *Bol no, por favor, Bol no*, porque así fue como lo empezamos a gritar todos aquel día, al principio entre susurros, como si vaciláramos, *Bol no, por favor*, luego cada vez más fuerte, *Bol no*, y sucedió también que nadie habría sido capaz de anticipar la emoción que siguió entonces, ni siquiera el propio Bam vio venir la emoción de la ceremonia, estaba reticente, creo, pero empezó a susurrar *Bol no*, y a decir *Bol no, por favor*, y finalmente a chillar con todas sus fuerzas *Bol no*, y a recordar cómo pateamos el suelo aquel día chirriando con los dientes *Bol no, por favor, Bol no*, y antes de que nos diéramos cuenta, lo que había empezado como un susurro era ya un estruendo total, un estruendo en el que recordábamos perfectamente cómo tratamos de llegar a Bol aquel día cuando lo devoraron en la pradera las cuatro comadrejas, cómo gritamos *Bol no* para que Bol pudiese escuchar que no se lo abandonaba sin dolor, que *tú mueres, Bol, para que nosotros vivamos*, que *serás recordado, Bol*, y uno de nosotros, color beige, hizo el papel de Bol, y cuatro de nosotros, muy negros, hicimos el papel de comadrejas, y lo repetimos todo exacto, o exacto a como lo recordábamos, los mismos movimientos, los mismos gritos, el mismo miedo y también, creo, la misma liberación, no sé.

Es un misterio cómo la vida de pronto, a veces, se convierte en ceremonia, estamos sumidos en el miedo y de pronto nos vemos protegidos por la ceremonia, hacemos un gesto aleatorio y luego, repetido mucho después, ya no es un gesto aleatorio, sino necesario, y esa secuencia de dos o tres gestos que fueron aleatorios se convierten ahora en necesarios, y primero los asociamos y luego los repetimos y decidimos que cada tanto tiempo nos congregaremos para recordarlos y hacernos la vida más

llevadera, y si alguien nos preguntara cómo hacíamos antes para vivir, cuando no existía la ceremonia, apenas sabríamos responder, ya no lo recordamos y no nos importa además, por fortuna, nos decimos, existe la ceremonia, estamos entregados a ella, y entonces nuestro miedo se dirige a no perder la ceremonia, a protegerla y repetirla para que no muera, nos entregamos a medir meticulosa y puntillosamente lo que fue aleatorio e intercambiable para que se convierta ahora en necesario e insustituible, al fin y al cabo nos va la vida en ello, y fue entonces cuando empezamos a sentir también que aquella ceremonia nos unía de una manera imprevista, como si marcara un antes y un después, un límite entre los que estábamos dentro y los que estaban fuera, de modo que los que estábamos dentro ya no podríamos separarnos, debíamos ayudarnos unos a otros, porque éramos muchos, porque habíamos sufrido juntos, porque habíamos gritado y pateado y teníamos los mismos recuerdos, porque vivíamos, al fin, en la misma Gran Madriguera, cómo no nos habíamos dado cuenta antes, pensábamos, pero poco importaba porque ahora lo entendíamos y gritábamos *Bol no* y veíamos a todos aquellos gazapos aún sin nombre que debían recibir un nombre por el bien general de la Gran Madriguera, lo entendíamos, y nos mirábamos unos a otros, y sabíamos que los demás entendían lo que nosotros estábamos entendiendo, y no había manera de no entenderlo, porque no se puede fingir que no se ha entendido lo que se ha entendido, porque entender nos compromete, entender es como hacerse una herida, no sé.

Y así fue como empezó el aniversario y ceremonia de la muerte de Bol, y también como pusimos todos los nombres en un solo día. Eran realmente tantos que tuvimos que organizarnos. Marrón elaboró un sistema para no repetirlos, Bam pondría nombres de colores, yo de cosas de la pradera, y a todos, creo, nos pareció bien. De modo que cuando terminó la ceremonia, cuando dejamos de gritar *Bol no, por favor, Bol no*, Bam comenzó: *Azul, Blanco, Naranja, Verde, Amarillo*... y yo lo mismo: *Río, Árbol, Hoja, Cielo, Roca, Rama*... Pero despacio, amorosamente: *Te llamas Verde, no se puede desobedecer a un nombre, es bonito tener un nombre al que no se puede desobedecer*... *Te llamas Rama, no se puede desobedecer a un*

nombre, es bonito tener un nombre al que no se puede desobedecer... Y aunque ellos no lo entendían, porque no eran más que simples gazapos, éramos nosotros los que entendíamos, los que nos emocionábamos, los que nos comprometíamos a recordarlos porque habían salido de nosotros, primero las cabezas, luego todo el cuerpo, aún estaban oscuros y calientes de nuestro calor, oscuros, calientes y mojados, y ahora recibían un nombre que les evitaba el desamparo como una lengua que les limpiaba el miedo, y aunque sus patas no sabían saltar, ya tenían un nombre que podía llevarlos a cualquier sitio, y aunque eran incapaces de producir otra cosa que gritos, podíamos ponernos a su lado y decir su nombre y ordenarles que mamaran, que no salieran fuera, que probaran la hierba más fina, que no bebieran agua estancada, que aquello que sentían como un vientre ya no era un vientre sino la Gran Madriguera, que las cosas huelen y hacen ruido, y que algunos ruidos hay que temerlos, porque pueden ser nuestro fin, que ellos son pequeños y lindos, pero no todas las cosas son pequeñas y lindas en la pradera, que hay ríos que no pueden cruzarse y montañas a las que no se puede subir, que también hay abejas y pájaros y arañas y serpientes y comadrejas y jabalíes y hurones y que algunos de ellos se alimentan de nosotros como nosotros nos alimentamos de la hierba y que, aunque ahora duerman serenos, pronto entenderán el sueño liviano de quien no puede dejar de sentir miedo, y en ese momento entenderán también por qué tienen un nombre que no han pedido, porque el miedo se nos había metido a nosotros como una enfermedad, y para sobrevivir habíamos hecho esa ceremonia, esa ceremonia que ahora nos une, no sé.

Esto, obviamente, lo pienso ahora, en ese momento apenas teníamos tiempo para pensar, la Gran Madriguera no daba abasto, los gazapos se agolpaban en las entradas, cada tanto un cuervo se llevaba volando a uno que se había aventurado hacia la luz y oíamos los chirridos sobrevolando nuestras cabezas, recuerdo a un gazapo que enfermó y las hormigas empezaron a comérselo vivo, temíamos a las serpientes, a las enfermedades, a los lobos, aquello era *inmanejable*, decíamos, cualquier día iba a suceder una tragedia *con tanto gazapo entrando y saliendo*, decíamos, hasta que finalmente

ocurrió una tragedia, pero no como lo habíamos pensado sino como siempre suceden las tragedias, lógicas e inevitables, y a la vez totalmente ilógicas, tan fácilmente evitables, no sé.

Yo no estaba presente, pero así me lo contaron, fue efectivamente un día como cualquier otro, con la Gran Madriguera estallada de gazapos entrando y saliendo, Bam y yo y muchos otros cavando como enloquecidos en la dirección en la que sabemos que no deben cavarse las madrigueras, las conejas con sus gazapos, una actividad frenética, íbamos y veníamos tanto que acabamos ampliando las galerías con el simple roce de nuestros cuerpos, en la sala de Bam no cabía un solo gazapo más, y en medio de ese trajín una comadreja entró por una de las entradas principales, recorrió un buen trecho de galería y se llevó directamente a dos gazapos que mamaban de su madre. Jamás una comadreja se había atrevido a hacer algo parecido, jamás una comadreja se había metido con toda la Gran Madriguera atestada de conejos y se había llevado a dos gazapos directamente de su madre, eso nadie lo recordaba, era inaudito, y como es lógico la noticia se propagó con la velocidad correspondiente, empezó a repetirse de un conejo a otro con pequeñas variaciones e inexactitudes, a ratos más o menos decorada, a ratos más o menos truculenta, los gazapos chillaban o se quedaban inmóviles, morían con los huesos quebrados o en sus fauces o se los llevaba aún vivos, a rastras, pero en lo esencial seguía invariable: la comadreja entraba como si nada, se llevaba a los dos gazapos, punto. Nos preguntábamos cómo había podido ocurrir algo así, qué vendría después, si había sido solo un accidente, o si a partir de ahora tendríamos que defendernos siempre, igual que tenemos que apartar zarzas y ramas y ortigas, o arriesgarnos para beber y comer, a qué lugar tendríamos que dirigirnos ahora que lo imposible se había hecho posible, ah, no sé.

O sí sé, a un lugar extraño. Muchos de nosotros, recuerdo, aún tardamos en medir las consecuencias, tan ofuscados estábamos en cavar las galerías hacia el lugar que no pueden cavarse que apenas nos quedaba energía para prestar atención, regresábamos, recuerdo, exhaustos a la Gran Madriguera después de todo el día removiendo tierra, abriendo líneas rectas que parecían no terminar nunca,

amplias salas de las que salían luego galerías distribuidoras (¿para distribuir qué?, ¿para ir hacia dónde?), regresábamos, recuerdo, cubiertos de tierra, sofocados, con los ojos rojos y la boca reseca, sin haber visto ni siquiera la luz, regresábamos y sentíamos que la Gran Madriguera se había recalentado como una piedra al sol, todas las conejas y gazapos y conejos que se habían quedado en ella no habían dejado de hablar del episodio de la comadreja ni un segundo, y cada vez que regresábamos la conversación parecía estar en un punto más encendido, más álgido, hasta que un día el sentimiento estalló y se convirtió en inquietud, y la inquietud en pánico, y el pánico en indignación, no sé.

Eso fue, creo, lo que ocurrió: de un sentimiento transitamos al siguiente. Aunque, bien pensado, tal vez no hubo tránsito en realidad, tal vez todo es un mismo sentimiento y *la indignación es solo una de las formas del miedo*, como decía Bam, por eso fue tan sencillo pasar de uno a otro, porque todos son, esencialmente, la misma cosa, quién puede asegurarnos que la alegría no es miedo, que el hambre no es miedo, que el placer no es miedo, que el sueño no es miedo, que la furia no es más que miedo, y también, valga la obviedad, que la indignación es solo eso, miedo, un miedo que se apodera de nosotros; a fuerza de hablar una y otra vez de cómo la comadreja había entrado como si nada, deseábamos que apareciera de nuevo para sacarle los ojos con los dientes, para abalanzarnos sobre ella, para repetir los gestos que deberíamos haber hecho y no hicimos, nos decíamos una y otra vez lo que haríamos ahora si la viésemos entrar, la indignación era también una especie de remordimiento, veíamos cómo entraba, pero ahora de una manera inalcanzable y dolorosa, y cuanto más creíamos ver a esa comadreja fantasma que se había comido a los gazapos sin que nosotros hiciésemos nada, más crecía en nosotros la furia, pero de un modo angustiante, porque no solucionaba nada, porque no podíamos lograr, por mucho que nos indignáramos, que no hubiese ocurrido lo que ya había ocurrido, no sé.

Pero la indignación resultó ser también un gran estímulo para el trabajo. Cuanto más regresábamos a la Gran Madriguera y más enardecidos veíamos a los conejos que se habían quedado en ella,

más energizados regresábamos a cavar madrigueras hacia el lugar hacia el que no pueden cavarse, más sentido tenía, creo, hacer lo que estábamos haciendo por el bien general de la Gran Madriguera. Y es que en aquella época casi todas las frases de Bam terminaban así: *por el bien general de la Gran Madriguera*, una coletilla automática, aplicable a casi todo, debíamos cavar *por el bien general de la Gran Madriguera*, debíamos proteger a los gazapos *por el bien general de la Gran Madriguera*, por eso, repito, la indignación resultó un gran estímulo, pues cuanto más enojados, más estimulados también, de modo que casi se habría podido pensar que la comadreja se había comido a aquellos dos gazapos no para sobrevivir, sino *por el bien general de la Gran Madriguera*, y tan emocionados y estimulados estábamos, tan maravillosamente energizados por la muerte de aquellos gazapos, que si en ese momento alguien nos hubiese dado a elegir entre la posibilidad de que aún siguiesen vivos, todos habríamos elegido que mejor que hubiesen muerto de aquella forma horripilante, a pesar de que, en principio, era lo último que queríamos, a pesar de que eso era lo que nos indignaba, no sé.

Bam, sin embargo, vivía dominado por la pasión de que todo lo que sucedía en la Gran Madriguera, incluso lo aparentemente horripilante o nefasto, era en realidad por el bien general de la Gran Madriguera, al fin y al cabo, ocurriera lo que ocurriera, decía Bam, nada podía escapar al bien general de la Gran Madriguera, ni siquiera cuando uno atentaba contra el bien general de la Gran Madriguera podía actuar contra el bien general de la Gran Madriguera, porque el bien general de la Gran Madriguera era más grande que nosotros, decía Bam, cosa de la que no pocas veces se burlaba Marrón, quien vivía dominada por la manía de aplicar a todo esa pequeña frase, *voy a cagar por el bien general de la Gran Madriguera*, decía o incluso, redundantemente, *el bien general de la Gran Madriguera es por el bien general de la Gran Madriguera*, lo que a Bam, por cierto, ya no le hacía tanta gracia, y así como nosotros vivíamos dominados por la pasión de la indignación, alimentados por ella, Bam vivía sencillamente en esa fijación de que todo era por el bien general de la Gran Madriguera, mientras

nosotros decíamos *es indignante*, mientras decíamos *debemos velar por nuestros gazapos*, él decía *es por el bien general de la Gran Madriguera*, mientras nosotros decíamos *represalia*, él decía *resignación*, hasta que un día llegó la *seguridad* y nos quedamos atrapados en esa palabra, no sé.

Sé también cuándo surgió por primera vez la palabra *seguridad*. Hubo una tormenta terrible, recuerdo, y durante toda la noche oímos cómo el viento barría la pradera y descargaba con furia sobre la montaña que no se puede ascender. Las galerías que cavábamos hacia el lugar en el que no podían cavarse aún estaban sin terminar, de modo que todos seguíamos en la Gran Madriguera, unos sobre otros, hasta los mejores de entre nosotros estaban allí, los gazapos cada día un poco más grandes, cada día con más pelo, más demandantes y chillones, y, por tanto, más crispados, con más miedo también ellos mismos, pues comprendían, y en mitad de la noche cayó un rayo, recuerdo, el ruido más terrible que habíamos escuchado en nuestra vida, toda la Gran Madriguera tembló con nosotros dentro, sentimos un calambre que nos llegó hasta las tripas, nos encrespó el pelo, olía a quemado, un olor que tiene la ineludible virtud de ponernos histéricos, de modo que muchos empezaron a sacudirse y morderse entre sí, y entonces sentimos un segundo golpe tremendo, como si la montaña se hubiese desplomado sobre nosotros, de modo que al miedo de morir quemados se sumó el de quedarnos allí para siempre, pensamos, *ya no podremos salir más, la montaña ha caído sobre nosotros*, y entonces perdimos el control y tratamos de salir, agobiados por el miedo a morir encerrados y el miedo a morir en la tormenta, salimos, recuerdo, en plena noche, todos los conejos, conejas, gazapos bajo la lluvia, y vimos cómo el rayo había golpeado el árbol, que aún humeaba, y cómo la mitad del árbol se había desplomado sobre la Gran Madriguera y cómo de pura casualidad, por una de esas casualidades que nos salvan cuando nada podría salvarnos, una gran roca que quedaba junto a una de las entradas principales había impedido que el árbol cayera directamente sobre la Gran Madriguera y nos enterrara vivos, y fue entonces cuando se apoderó de nosotros aquella manía de la seguridad, cuando despertamos al día siguiente

y empezamos a comentar cómo se había desplomado el árbol y había golpeado la roca salvándonos, fue entonces cuando empezamos a decir que necesitábamos seguridad, *la seguridad es como esa roca*, decíamos, *si no hubiese estado esa roca ahora estaríamos todos muertos,* creo que pensamos, no sé.

Descubrimos pronto que la única forma correcta de decir la palabra *seguridad* era con indignación, que igual que la única manera de decir la palabra *libertad* era disimulando el miedo, la forma más apropiada de decir *seguridad* era con indignación, de otro modo quedaba inverosímil, poco convincente, dicha con indignación la palabra *seguridad* se convertía en un lugar inexpugnable, y cuanto más decíamos con indignación la palabra *seguridad*, más desconfiábamos hasta de la idea de haberla tenido, ¿habíamos estado seguros antes cuando pensábamos que lo estábamos? *Desde luego que no*, decíamos. Y el hecho de no haber estado seguros antes, cuando pensábamos que lo estábamos, hacía doble nuestra indignación, era como haber despertado de una ilusión, pues habíamos estado inseguros, por decirlo así, pensando que estábamos perfectamente seguros, *qué estupidez la nuestra*, pensábamos, y nuestra estupidez retrospectiva aumentaba nuestra indignación, y con ella nuestra furia, y con ella nuestra sensación de fragilidad, y con ella nuestro deseo de seguridad, y en ese deseo volvíamos a sentirnos estúpidos por haber estado inseguros todo ese tiempo sin ni siquiera saberlo, *no puede volver a ocurrir*, decíamos, *no puede ser que volvamos a estar inseguros, debemos abolir definitivamente la inseguridad*, decíamos convencidos de que la seguridad no era, como luego supimos, algo por completo inalcanzable, una carrera sin fin ni dirección, sino un estado que podíamos lograr realmente, cuanto más decíamos la palabra *seguridad* con indignación más pensábamos que era, simplemente, una cuestión de esfuerzo, algo que dependía de nosotros, no sé.

Fue entonces cuando Bam tuvo una de sus ideas geniales, resolutivas, o más bien, una de esas ideas que al principio eran geniales y resolutivas y que terminaban siendo dificultosas, pues toda idea genial de Bam, por algún motivo, contenía el germen de una idea complicada y dificultosa: *Qué tal*, dijo, *si los mejores de*

entre nosotros son ahora los defensores de nuestra seguridad, qué tal, dijo, *si los mejores de entre nosotros dejan de ser ahora los mejores de entre nosotros para convertirse a partir de ahora en los defensores de nuestra seguridad*, y, contra todo pronóstico, los mejores de entre nosotros acogieron la propuesta de Bam con un orgullo inusitado, tan convencidos y entusiastas que parecían temerosos de que nos retrajéramos de esa idea, de un segundo al otro estuvieron encantados de dejar de ser los mejores de entre nosotros para convertirse ahora en *los defensores de nuestra seguridad*, de modo que en cada situación de potencial peligro, explicó Bam, habría ahora un defensor de nuestra seguridad y así fue como los recientemente despechados y un poco confusos mejores de entre nosotros se convirtieron de un día para otro en los orgullosos y omnipresentes defensores de nuestra seguridad, y creo, si no recuerdo mal, que por un momento efectivamente nos sentimos más seguros, me parece, no sé.

Dispusieron, por ejemplo, los defensores de nuestra seguridad que se alzara un pequeño montículo en cada una de las entradas de la Gran Madriguera para que ya no nos pusiera en peligro ningún árbol, pero también para que no entrara fácilmente ninguna comadreja, no importaba que aquello dificultara también nuestro propio acceso, decretaron también que quien había salido por cierta salida debía entrar por cierta entrada para que no hubiera allí más colapsos ni choques, y todos los pasos que dábamos en dirección a nuestra seguridad, descubrimos más tarde, eran a costa de dificultar algo que antes era fácil o de perder algo que antes teníamos, de modo que, al final, cada vez que los defensores de nuestra seguridad decían la palabra *seguridad*, inmediatamente sabíamos que algo que antes era fácil iba a ser difícil a partir de ahora o que íbamos a perder algo que antes teníamos, no sé.

Pero no fue suficiente. Ni siquiera así. Una vez que se instaló el miedo de la seguridad, ya nunca tuvimos seguridad suficiente, siempre nos faltaba, por decirlo así, un poco de seguridad, recorríamos la Gran Madriguera y veíamos constantemente lugares en los que la seguridad era ineficaz o en los que ni siquiera habíamos pensado en la seguridad, y era como si al salir de la

prisión de nuestra inseguridad, hubiésemos entrado en otra prisión peor, la de nuestra seguridad, y como además debíamos seguir cavando madrigueras hacia el lugar en el que no puede cavarse para que entraran todos aquellos gazapos, tuvimos que desatender la Gran Madriguera y ser negligentes con la seguridad, la mayoría de nosotros ya no estábamos presentes en la Gran Madriguera para defenderla, y entonces nos sentimos desamparados, atrapados de un lado y atrapados del otro, no sé.

Sucedió también otra cosa, más temible si cabe: como los antes despechados y un poco confusos mejores de entre nosotros se habían convertido de un día para el otro en los orgullosos y omnipresentes defensores de nuestra seguridad, el despecho y la confusión provocó que se entregaran brutalmente y con demasiado celo a su nueva tarea de defensores de nuestra seguridad. Bien pensado, no era muy distinta la violencia con la que se peleaban antes como los mejores de entre nosotros, de la violencia que ejercían ahora sobre nosotros como defensores de nuestra seguridad, con la única diferencia de que, aunque trataban de defendernos de los potenciales peligros que quedaban afuera, también lo hacían ahora, y no en menor grado, *del potencial peligro de nosotros mismos*, *de nuestra estupidez*, decían, *de nuestra inconsciencia*, de modo que si tratábamos de salir o entrar por una salida o entrada que no nos correspondía, ahora nos topábamos de frente con los defensores de nuestra seguridad que nos empujaban violentamente hacia fuera y nos obligaban a rodear la pradera, y hubo, recuerdo, más de un conejo al que no dejaron entrar por cierta entrada y tuvo que dar un rodeo y que murió devorado por las comadrejas solo por mantener las reglas de los defensores de nuestra seguridad, pero no eran muchos, nos decían, dos a lo sumo, tres, cuatro, no llegaban a cinco, los muertos, me refiero, no sé.

Pero entonces terminamos de cavar las galerías. A ratos nos invadía un secreto orgullo de haberlas cavado, pero no compartíamos nuestra maravilla, un gesto tan lamentable, pienso ahora, tan de conejo, pues cuando nos asombra lo que hemos hecho nos retraemos al instante, cuanto más orgullosos estamos de algo, más nos arrepentimos, de ahí que en los últimos días que cavamos

hacia el lugar hacia el que no puede cavarse, estuviéramos casi mudos, cuanto más orgullosos estábamos, menos lo compartíamos, con excepción, como es lógico, de Bam, que cada día estaba un poco más eufórico, con su hilo lechoso en el ojo, sus manchas pardas sobre las orejas y su cicatriz, se daba la vuelta y decía: *Ya está*, tan alegre, tan jubiloso, *Copito, mira*, decía, señalando con el hocico en dirección a aquella delirante galería recta con su sala de distribución al fondo, y a la otra galería transversal que acababa en otra sala de distribución, decía: *Ya solo nos queda abrir la salida*, una resolución tan lógica, pues el sentido de toda galería es esencialmente llegar a alguna parte, pero nosotros lo habíamos olvidado por completo, desde hacía tiempo cavábamos solo por obedecer a Bam, sin el menor sentido crítico, sin más propósito que el de abrir espacio para los gazapos: Azul, Amarillo, Rama, Piedrita, Agua, Verde... de modo que cuando Bam habló de la salida fue como si advirtiéramos el propósito de lo que habíamos hecho, tantas veces es así la vida, los motivos se superponen, se alternan hasta que un día están completamente desdibujados y perdidos, no sabemos ya por qué hacemos las cosas, o peor, pensamos que las hacemos por motivos completamente distintos de los que nos impulsaron a hacerlas, y de pronto, al recordarlo, nos asombramos, y son momentos de una extraña belleza, pues estamos tan acostumbrados a la tristeza general de las cosas que cuando nos invade su sentido nos parece también que se hinchan de dulzura, y nos preguntamos si será así para todo el mundo, para los ciervos, por ejemplo, o los escarabajos, o los búhos, si también ellos vivirán con esa especie de torpeza o si no habrá alguna criatura en este mundo que no sea olvidadiza y lo contemple todo como lo que es: un enorme lugar de belleza y sentido, por decirlo así, no sé.

Glu, Tork, Marrón abrieron entonces la salida de la galería de Bam. Recuerdo la grupa de las tres, la forma en que se movían sus pezuñas delanteras, en que irrumpió la luz, el momento en que se detuvieron paralizadas y yo sentí la humedad del arroyo y luego su frescura, allí estaba aquella playa diminuta, cubierta de brotes de hierba, de flores. Nos quedamos abrumados, no habíamos estado nunca en un lugar tan hermoso en nuestras vidas, no nos

atrevíamos casi a mirarlo, brillaba, por todas partes era perfecto, el agua, los arbustos, la luz que se filtraba entre las hojas, aquel lugar protegido y abierto a la vez, fresco sin ser frío, tibio sin ser caluroso, iluminado sin ser irritante, oscuro sin ser amenazador, quién habría podido imaginar que existía un lugar así y que estaba tan cerca, a nuestro alcance pero también tan lejos, pues todo lo que es hermoso en grado sumo lo imaginamos inalcanzable y cuando está cerca nos cuesta mirarlo abiertamente, lo sentimos, acaso, como algo amenazador, de modo que buscamos defectos, en parte, creo, porque así somos, pero sobre todo para protegernos, para hacer la belleza habitable, pues *cualquier cosa perfecta nos parece sospechosa*, decía Bam, lo que es sin duda muestra de la simpleza de nuestra raza, de nuestra incapacidad para la alegría más elemental, no sé.

Bam saltó hacia el paisaje sin pensarlo dos veces, como no podía ser de otra manera. Fue hasta el arroyo, bebió, comió nerviosamente los brotes de la orilla, sin mirarnos, dichoso, mientras nosotros nos agolpábamos en la salida. Era un espectáculo verlo allí, pero no lográbamos acompañarlo. *Venid*, dijo, *pero qué os pasa*, y se volvió y siguió comiendo, un gesto completo y excluyente a la vez, tan de Bam, pero ni siquiera con aquel gesto fue capaz de sacarnos de nuestro inmovilismo, cosa que demostraba, en parte, el fracaso de Bam; nos había hecho cavar durante semanas hacia el lugar donde no puede cavarse, nos había llevado hasta aquel paraíso, y ahora no lograba hacernos salir, qué nos pasaba, no volvió a preguntarlo, no se dio más la vuelta, creo, para no tener que soportar la vergüenza de vernos en la salida, inmóviles como idiotas, temerosos de qué, hasta que Marrón dijo: *Qué espantoso lugar*, una frase que nos desconcertó al principio, aunque no demasiado, pues el carácter de Marrón solo conocía dos modos, la burla y la ofuscación, *pero qué espantoso lugar*, insistió, y nos reímos todos a la vez, una risa liberadora, franca, que nos protegió, creo, de la perfección de aquel lugar perfecto, y nos permitió, también, habitarlo, no sé.

Fue la primera vez, creo, que entendí el poder de Marrón. La forma en que su ironía permitía manejar la realidad, hacerla más pequeña, aceptable, de modo que bebimos el agua del arroyo, tan

pura, y comimos también los brotes que crecían junto al agua, y yo me puse al lado de Bam y sentí su alegría nerviosa, y también, creo, lo poco que él mismo había pensado que llegaríamos a aquel paraíso inesperado, sentí que todo aquello era improvisado, pura casualidad, y que, queriendo llegar en realidad a otra parte, Bam había llegado por accidente a aquel paraíso, cómo supe eso, no tengo ni la menor idea, tal vez ni siquiera habría podido explicarlo, pero me habría dejado matar por defender que era así, y cuanto más improvisado y casual me parecía aquel hallazgo, tanto más sentía que lo quería, creo recordar, no sé.

V

Comimos los brotes más verdes, nos dimos la vuelta y dijimos: *Pues esto es la felicidad*, dijimos, *un lugar fresco sin ser frío, tibio sin ser caluroso, iluminado sin ser irritante, oscuro sin ser amenazador*, *quién habría imaginado que existía un lugar así*, dijimos, *y ahora es nuestro*, dijimos, *ahora ya nadie podrá arrebatárnoslo*, y regresamos de nuevo a las galerías, aquellas galerías tan distintas a las de la Gran Madriguera, estas cómodas, las otras llena de meandros, estas amplias, las otras sofocantes, bebimos agua otra vez, comimos de nuevo aquellos deliciosos brotes junto a la orilla, tan distintos a los brotes secos de la pradera y nos invadió una dicha que no pudimos controlar, empezamos a revolcarnos, recuerdo, junto al arroyo, todas las bromas tenían gracia, hasta mis bromas tenían gracia, era como una temperatura en el cráneo, la sentía a mi alrededor convertida en ramas, árboles, risas, no se oía el río que no se puede cruzar, no se veía la montaña a la que no puede subirse y por primera vez en mi vida comí y bebí solo por el placer de hacerlo, no teníamos, recuerdo, la mente muy clara, las voces resuenan en la memoria con un tintineo irreal cuando hemos sido felices, y ni siquiera sé cuánto duraron aquellos días, tuvieron que ser necesariamente pocos o no los recordaría así, detenidos por el resplandor, a Marrón, recuerdo, le gustaba replicar lo contrario de todo lo que decíamos, de modo que cada vez que alguien comentaba una cosa, Marrón la negaba de inmediato, y se convirtió a partir de entonces en una broma habitual, decíamos *qué delicioso* y Marrón decía *qué asco*, decíamos *no pruebes esto* y Marrón decía *pruébalo*, decíamos *MÁS* y Marrón decía *MENOS*, y recuerdo, sobre todo, aquel *MENOS*, es como

asomarme a través de un resquicio a los tesoros de la memoria, de pronto soy pequeño y estoy en el arroyo y alguien dice *esto no hubiera pasado si hubiésemos copulado*... y Marrón grita al instante ¡*MENOS*! Y todos nos reímos a carcajadas, y cuando me doy la vuelta veo a Bam riendo como jamás lo vi reír ni antes ni después de aquel momento, la cabeza inclinada hacia atrás, las orejas caídas, las patas tan flácidas que apenas se tiene en pie, el estómago repleto de brotes verdes y de agua pura en el esplendor de su existencia, y me pregunto si Bam fue en algún momento más Bam de lo que fue en aquella risa, si no fue aquella risa, con todo lo que tuvo de aleatorio, el momento más glorioso y estático y persuasivo y profundamente egoísta y tierno y afectuoso y desprotegido de la vida de Bam, y siento envidia de Marrón de haber provocado esa risa de Bam, y recuerdo que pasaron esos días, y llegaron otros de una felicidad tranquila, como si algo en nosotros se hubiese acomodado y lo más juicioso fuera el silencio, dejar que los nervios callaran, la sensación de que todo se iba recomponiendo a su manera y que lo único que nos quedaba a partir de ahora era aquel lugar, *quién habría imaginado que existía un lugar así*, nos decíamos, *y ahora es nuestro*, nos decíamos, *ahora ya nadie podrá arrebatárnoslo*, *qué más se puede pedir*, nos decíamos, *pedir más sería una insensatez*, y lo decíamos porque lo pensábamos, pero no menos para que fuera verdad, para sostener la verdad de alguna forma, de otro modo, pensábamos, la verdad se desmoronaría, era necesario decir una y otra vez que era verdad, pues lo que hace que algo sea verdad es la repetición y no tanto el hecho, secundario al fin y al cabo, de que algo haya ocurrido, y al despertar cada mañana salíamos a aquel paisaje idílico e insistíamos *pues esto es la felicidad* y cada vez que insistíamos sentíamos que nos acercábamos un poco más a la felicidad, *qué otra cosa podía ser sino la felicidad*, nos decíamos, no sé.

Por un momento habitar en aquel lugar idílico y ver sanos a nuestros gazapos hizo que nos olvidáramos también de la seguridad, cosa que nos dejó en un extraño limbo, pues la tensión con la que habíamos vivido toda nuestra vida se resolvió, por decirlo así, en nada, y llegar a la felicidad no fue como entrar en un espacio sino

como salir de él, algo imprevisible y en cierto modo desconcertante, pues siempre habíamos pensado en la felicidad más como una llegada que como una salida, y al ser ahora una salida no sabíamos muy bien qué hacer con ella, *salida de qué*, nos decíamos, *salida a dónde*. La felicidad, por otra parte, tenía algo singular, pues hasta entonces había estado frente a nosotros, en un lugar inalcanzable que daba sentido a nuestras acciones, *no somos felices*, nos decíamos, *pero si hacemos tal o cual cosa, lo seremos*, y la necesidad de hacer tal o cual cosa para ser felices nos ponía en movimiento, ahora mirábamos inmóviles a nuestro alrededor aquel paisaje fresco sin ser frío, tibio sin ser caluroso, iluminado sin ser irritante, oscuro sin ser amenazador, en el que, por alguna extraña razón, no parecía haber ni siquiera depredadores sino solo unos inofensivos topos que bebían a nuestro lado y nos decíamos: *esto es, sin duda, la felicidad*, apenas deseábamos algo y ya estaba allí; queríamos agua, allí la teníamos; queríamos brotes deliciosos, allí estaban; queríamos seguridad, nos rodeaba por completo, no sé.

Hablo de nosotros, por supuesto, de Marrón, de Glu, de mí mismo, de los gazapos, pero también de los mejores de entre nosotros, también ellos empezaron a llegar procedentes de la Gran Madriguera, pues ya había quedado obsoleta su función de defensores de nuestra seguridad, en aquel lugar no había, al fin y al cabo, nada de lo que defendernos y se pusieron a masticar con gesto aburrido los brotes del arroyo porque los días eran idénticos unos a otros, amanecía y todo era de todos, la playa era de todos y la seguridad de todos, y a veces la lluvia caía y hasta la lluvia era hermosa y tibia, y no nos enfermaba ni hacía daño, y no había nada que pudiéramos envidiar, y a pesar de que era como si le dijéramos adiós a nuestra vida infeliz, algo nos inquietaba, recuerdo una mañana, la panza a reventar de brotes verdes y agua fresca, el susurro de la brisa, un estremecimiento extraño me hizo patear el suelo, y pensé cómo me habría gustado que una comadreja me arrancara la cabeza de un bocado para alejarme de la belleza agobiante de aquel lugar, cómo me habría gustado ahogarme en ese arroyo para sentir, valga la paradoja, la vida, y ese estado no pasó, sino que siguió hasta el mediodía, y luego a la noche, y toda la

noche estuvo allí, y recuerdo también que busqué a Bam y me puse a su lado pero igual no pegué ojo, y el resto del día seguí ausente, pensando *qué me pasa*, diciéndome *qué te pasa, Copito, por qué no puedes ser feliz*, entonces ignoraba si era el único que sentía aquello, Bam hablaba de las hojas que se mecían y curvaban, de las negras hormigas bajo las ramas y más cosas que ya no recuerdo, pero como si algo en él ya no estuviese tan convencido, como si algo se hubiese quebrado, me parece, no sé.

Por qué, me preguntaba, estábamos nerviosos si deberíamos estar felices, sentía que se había apoderado de nosotros una especie de irritación, empezamos a contestarnos mal, recuerdo, mordisqueábamos distantes aquellos brotes deliciosos y cuando bebía el agua pura a ratos deseaba que fuera como un agua envenenada, por qué, me preguntaba, si aquella agua era pura deseaba de pronto un agua envenenada, y mientras lo pensaba me daba cuenta de que no era el único, el propio Bam parecía irritable, contra sí mismo, tal vez, o contra nosotros, porque no nos emocionaba la felicidad, o porque nos había emocionado un rato, pero ahora nos habíamos cansado de ella y estábamos más irritables incluso que en la infelicidad, empezamos a ofuscarnos entonces con la idea de no estar solos en aquel lugar, porque estaban los topos, aquellos animales minúsculos que, por otra parte, no hacían más que salir por las noches para beber con nosotros en el arroyo, con sus trompas rosadas y sus manitas pequeñas, seguramente eran los topos los que nos irritaban, pensábamos, no podía ser otra cosa que los topos, decíamos, me parece, no sé.

Si se ponían junto a nosotros, los mirábamos atentamente. Qué trompita extraña tenían. Qué pelo medio mugriento. Aquellas manos no se correspondían con el resto de su cuerpo, decía Marrón, era como si alguien, al crear el cuerpo de los topos, hubiese dejado ese punto para el final y les hubiese dado luego unas manos diminutas de unas uñas sucias, unas manos, pienso ahora, no tan distintas de las de las comadrejas, a quienes tememos, pero que en ellos, por algún motivo, nos parecían ridículas, de modo que empezamos a odiarlos cada vez más abiertamente, ya solo veíamos esas manitas y los imaginábamos cavando sus galerías y husmeándolo todo con

esas trompas horribles y acercando aquellos ojos medio ciegos, y pensábamos cómo podían mantener la dignidad esas criaturas maltrechas, y creo que fue Tork quien dijo que eran tan fallidas que seguramente ni siquiera merecían el nombre de animales, que no podía ser animal esa cosa prácticamente ciega, con unas manos, para colmo, de chiste, eso por no hablar del olor, un olor que ya nos parecía desagradable, pero que a partir de entonces empezó a parecernos nauseabundo, ahora que lo sentíamos ya no podíamos dejar de sentirlo, y sin duda tenía que ver con aquellas manos, tal vez con algo que había bajo aquellas uñas y se pudría, no podía considerarse animal a aquel error de la naturaleza, *aquella cosa, y cosa era sin duda la palabra apropiada*, decía Marrón, no podía pertenecer a la misma especie que nosotros, y desde entonces nos pareció que tampoco podían tener el mismo derecho a vivir en aquel lugar fresco sin ser frío, tibio sin ser caluroso, iluminado sin ser irritante, oscuro sin ser amenazador, aquel paisaje al que habíamos llegado, en cierto modo, en pleno derecho, un lugar que nos pertenecía y del que ahora, para ser justos, debían marcharse, no sé.

Qué extraña, podría pensarse ahora, la vida de Bam, primero es un paria, luego un loco, luego un peligro, luego un héroe, luego un agitador, luego nos regala un paraíso, luego renuncia a él, quién es, qué busca, pienso ahora, va de un lugar a otro, nos seduce, nos obliga a cruzar nuestra felicidad y la llena de irritación, tuvo que haber algo ahí, pienso ahora, algo que sin duda se me escapa, en todo fracasa Bam, en todo triunfa, a ratos siento que estoy a punto de entenderlo, pero luego no lo entiendo, no sé si fue Bam el que nos llevó al odio a los topos o si fuimos nosotros quienes lo llevamos a él, como tampoco sé si el odio fue un sentimiento legítimo o la contención, por decirlo así, de otro sentimiento que no admitíamos, de qué nos protegimos con nuestro odio a los topos si es que nos protegíamos de alguna cosa, eso no lo sabremos nunca, de la felicidad, podría decirse, pero eso sería demasiado sencillo, del aburrimiento, de nosotros mismos tal vez, lo cierto es que eran muchos los topos, grises, marrones, casi negros, nos doblaban, creo, en número, se alimentaban vorazmente de insectos, larvas,

lombrices, de bulbos, comían sin descanso, casi la mitad de su peso al día, nunca habíamos visto a un animal comer de aquella manera, y como es lógico sus madrigueras estaban llenas de excrementos alargados que pisaban una y otra vez, se limpiaban las patas con los dientes y los dientes con las patas, se rascaban unos a otros en la oscuridad y dormitaban apiñados y ciegos en sus galerías, peleaban por las hembras pero luego se apareaban como si nada, cambiaban de dirección con un saltito, removían cantidades ingentes de tierra, a diferencia del sentido mágico de nuestras galerías, las galerías de los topos eran un puro delirio de la supervivencia, cavaban para comer y comían sin dejar de cavar, acaparaban cosas, daban golpecitos a las lombrices y las guardaban semivivas en unos pequeños almacenes, creo que nunca nos repusimos del todo de aquella visión repugnante, esos pozos en mitad de la oscuridad, repletos de lombrices semivivas, a las que los topos habían dado un pequeño golpecito en la cabeza y permanecían aturdidas esperando a ser devoradas, las hembras parían en los mismos lugares donde defecaban y comían, se detenían y expulsaban del vientre una masa de crías y apenas se ponían en pie, también ellas empezaban a cavar, lo infectaban todo, pensábamos, con aquellas manitas pequeñas, el agua, hasta el aire, cómo íbamos a ser felices en aquel lugar atestado de topos, imposible, o tal vez no, no sé.

Tal vez hubiésemos podido convivir si hubiésemos sido un poco más infelices, pienso ahora, tal vez ellos podrían haber hecho su vida y nosotros la nuestra si la felicidad no nos hubiese llevado al tedio y el tedio a la irritación y la irritación al odio y al deseo de exterminio, como sucedió una de aquellas noches, recuerdo, Bam había encontrado un nuevo fruto redondo y anaranjado que crecía junto al arroyo, un fruto delicioso como lo era todo en aquel lugar, y como hacía siempre que encontraba algo delicioso nos hizo probarlo y mientras lo hacíamos vimos cómo los topos se reunían junto a nosotros y nos miraban con algo parecido a una sonrisa, o eso nos pareció, y al instante comenzó a dolernos el estómago de una manera espantosa, por un instante pensamos que íbamos a morir allí mismo tras comer esos frutos deliciosos, y cuanto más nos retorcíamos de dolor, más nos parecía que sonreían los topos,

proferían unos sonidos extraños, inspiraban y espiraban despacio, todo lo habríamos podido tolerar, pensábamos, menos esa risa, que los topos se rieran de nosotros era algo más allá de lo tolerable, recuerdo que la tarde era blanca y gris y luego anaranjada, y rosa, y que nosotros nos retorcíamos de dolor por haber comido aquellos frutos, y cuanto más nos retorcíamos más nos parecía que se reían los topos, ese delicado y casi volátil momento en que pasamos de la simple animadversión al odio abierto, eso fue lo que sucedió allí, al borde de aquellos dientes que se reían de nosotros, o que nosotros creíamos que se reían de nosotros, porque quién puede estar seguro de nada a estas alturas, había, recuerdo, un topo un poco más grande y blanco, de aspecto venerable, que se acercó y cuchicheó con los demás, tenía los ojos amarillos y el pelo hirsuto y más largo que los otros, siempre me había parecido agradable aquel topo, agradable para ser un topo, quiero decir, lo había visto ya dos o tres veces junto al arroyo, y recuerdo que el topo subió la pequeña pendiente que nos separaba y se acercó a Bam sin decir nada, como si le explicara que aquella era la prueba de que esta no era nuestra casa, que no pasaba nada, pero que debíamos irnos de allí, y recuerdo que Bam se enfadó mucho, se le nubló el hilo lechoso de la mirada, se le erizaron todos los pelos del cuerpo y se le estiraron las orejas, y a pesar de que no podía moverse a causa del dolor, yo sentí cómo crecía el odio de Bam hacia aquellos topos, cómo el odio hacia aquellos topos lo ocupaba todo y se apoderaba de él y también de nosotros, no sé.

Ese fue, creo, el gran descubrimiento, el odio era una fuerza extraña, nos electrizaba, nos unía, queríamos que Bam se levantara y nos diera más razones aún para odiar a los topos, cosa que no tardó en suceder, porque esa misma noche se subió a una de las piedras que había junto al arroyo y dijo que solo a nosotros pertenecía aquel lugar fresco sin ser frío, tibio sin ser caluroso, iluminado sin ser irritante, oscuro sin ser amenazador, pues *los lugares son de quienes se los merecen, no de quienes los habitan*, dijo Bam, una frase que no puede ser más absurda, pero que en aquel momento nos pareció brillante, yo mismo, recuerdo, la repetí una y otra vez, los lugares son de quienes se los merecen, no de

quienes los habitan. *¿A quién pertenecen los lugares?,* dijo Bam, i*A quienes se los merecen*!, gritamos, cómo pudimos repetir todos incansablemente aquella absurdidad, es quizá una de las cosas más raras que me ha tocado vivir. No es posible, creo, que no pensara que aquello atentaba contra el sentido común más elemental, y lo mismo debió de sucederle, imagino, al resto, pues igual que *la Gran Madriguera es un conejo en grande* (Glu), cada conejo es una Gran Madriguera en pequeño y si mira en su interior descubrirá que la Gran Madriguera no se define solo por lo que somos, lo que hacemos, lo que pensamos, lo que recordamos, sino también, y en absoluto en menor medida, por lo que no logramos hacer, lo que decidimos no ser, lo que evitamos pensar, lo que olvidamos juntos, y así todos creímos que los lugares son de quienes se los merecen y no de quienes los habitan, y lo hicimos de corazón, y no hubo ni la más mínima falsedad en nosotros por mucho que atentara contra las normas más elementales del sentido común o que luego dejáramos de creerlo con la misma furia con la que lo creímos al principio, me parece, no sé.

Además, dijo Bam, los recursos eran limitados, el agua del arroyo no era infinita, en la playa había espacio solo para determinado número de animales, los brotes verdes no se reponían así como así, ya le gustaría a él que las cosas fueran de otro modo, decía Bam, ya le gustaría a él que todo el mundo pudiera disfrutar de aquel lugar, pero era evidente que aquello no era posible, en un mundo ideal todos los animales tendrían derecho a un lugar como aquel, pero este mundo, decía Bam, estaba lejos de ser un mundo ideal, y si a eso se le sumaba el cinismo imperdonable con que los topos se habían reído mientras nos retorcíamos de dolor, esos mismos topos, decía Bam, *que por su conocimiento del terreno habrían podido advertirnos*, entonces qué nos quedaba, decía Bam, si ahora tenía que elegir entre compadecerse u odiar a los topos, no tenía miedo en elegir el odio, eso dijo, creo recordar, no sé.

Por otra parte, como no tardamos en descubrir, nuestra llegada a aquel lugar idílico había alterado notablemente el crecimiento de las galerías de los topos, que ahora tenían que evitar muestra madriguera. Cada tanto notábamos que las paredes temblaban y

eran tan endebles que con un poco de mala suerte podrían también colapsar en cualquier momento, por lo que Bam decidió entonces que las galerías de los topos no podían estar a más de cuatro cuerpos de distancia y se informó a los topos en este sentido, debían entender que, a partir de ahora, ciertas cosas que habían hecho con toda naturalidad ya no podían seguir haciéndose, ya nos gustaría a nosotros, decía Bam, que los topos pudieran cavar sus madrigueras libremente por todas partes, pero lamentablemente el espacio y los recursos eran limitados, una declaración que los topos obviaron, pues del mismo modo que el miedo parece estar en el centro de nuestra naturaleza, en el centro de la naturaleza de los topos estaba la negación absoluta, oían, pero como si no oyeran en absoluto, seguramente porque ni siquiera nos entendían, decían que sí con la sonrisa, pero luego seguían haciendo lo mismo de siempre, lo que acrecentó nuestro odio hacia ellos, pues como decía Bam, no solo les bastaba con reírse de nosotros, ahora también infringían nuestras leyes, se reían primero y nos despreciaban después, supongo, no sé.

Hasta que efectivamente ocurrió lo que tenía que ocurrir, una de las galerías se vino abajo sobre una coneja llamada Flor y la dejó medio coja y aquello desató la furia de Bam, y con la furia de Bam, la nuestra, pues cada vez que veíamos coja a Flor pensábamos que cualquiera de nosotros podría haber estado en su lugar, y todo porque aquellos topos no paraban de abrir galerías buscando larvas y gusanos y todo tipo de asquerosidades, debilitando así nuestra madriguera y poniéndonos en peligro, y en ese momento Bam dio toda una serie de discursos memorables en los que a ratos se hacía acompañar por Flor y la obligaba a cojear frente a nosotros para explicar hasta qué punto la codicia de aquellos animales no solo ponía en peligro los recursos limitados de aquel lugar, sino también nuestra propia integridad, como demostraba aquella pobre coneja, decía Bam, momento que aprovechaba Flor para dar dos o tres saltitos patéticos que nos helaban la sangre, y así como ellos se habían reído de nuestra desdicha, decía Bam, nos reiríamos nosotros de su desdicha, qué pasaba ahora si nuestros gazapos no podían disponer de una madriguera segura, qué pasaría cuando aquellos topos pusieran también en peligro los brotes más verdes, más aún,

de qué hablaban aquellos topos cuando hablaban en esa lengua incomprensible para nosotros, sin duda nos insultaban, decía Bam, qué otra cosa hacían sino insultarnos en aquella lengua incomprensible, ¿acaso –nos preguntaba Bam– queríamos ver cómo los topos se apoderaban completamente de aquel lugar?, *No, gracias*, decíamos. ¿Acaso queríamos que los hijos de los hijos de aquellos topos se siguieran riendo de los hijos de nuestros hijos? *No, gracias*, decíamos. Nosotros, decía Bam, no teníamos ningún problema con los animales distintos, lo que queríamos era la convivencia, no la exclusión, lo que queríamos era la vida, no la muerte, pero si muerte era lo que querían los topos, entonces muerte tendrían, decía Bam, vaya si la tendrían, recuerdo que dijo, creo, no sé.

VI

Hay un conocimiento de la paz y hay un conocimiento de la guerra, decía Bam, *y no se puede decir que haya uno superior al otro, ni debemos pensar que a la paz tenga que seguir la guerra, o al amor el olvido, o a la saciedad la penuria, no se puede estar seguro de nada*, decía Bam, menos aún de lo que sentimos la mañana en la que aquellos topos salieron de su galería, uno marrón y diminuto y, a su lado, otro blanco y venerable y se plantaron frente a Bam, tenían un aspecto desastroso, recuerdo, y el topo marrón presentó la comitiva con un prólogo formal o eso supusimos, porque lo cierto es que no entendimos una palabra, parecía regresar una y otra vez a un punto que le interesaba, y para ello empleó un tropel de pequeños gestos y pasitos e inclinaciones, porque a los topos los invade una actitud ceremoniosa en los momentos más críticos, justo lo contrario que a nosotros, que nos ponemos histéricos, y tras la introducción, el topo marrón se volvió hacia el venerable, y el venerable se acercó a Bam y dijo simplemente tres palabras, tres palabras incomprensibles, en tono muy serio, y se quedó en silencio. Aquellas tres palabras salieron de una manera tan obstinada de la boca del topo que dimos por descontado que no podía ser otra cosa que una declaración de guerra, aunque por lo mismo pienso ahora que tal vez fue lo contrario, que lo que tomamos por un ultimátum no fue sino una rotunda declaración de paz, y nosotros escuchamos esas palabras y dijimos *la guerra* porque era *guerra* lo que deseábamos oír, pienso ahora, no sé.

Bam, por otra parte, nos hizo ver la enorme distancia que había entre cualquier guerra y esa guerra en concreto, pues allí donde

otras guerras eran evitables, esa guerra era necesaria y allí donde otras eran indignas a esa le caracterizaba una gran dignidad, pero que nosotros estuviéramos convencidos de la guerra no la volvía indudable para todo el mundo, es más, como se comprobó muy pronto, los topos olvidaban una y otra vez que estábamos en guerra; allí donde nosotros recordábamos una y otra vez nuestro odio hacia ellos, ellos se olvidaban de su resentimiento hacia nosotros y, paradójicamente, cuanto más se olvidaban los topos de la guerra, más evidente se nos hacía y no hablábamos ya de otra cosa que no fuera ganar la guerra por mucho que nadie tuviera claro en qué consistía ganar la guerra, si debíamos aniquilar completamente a los topos o si bastaba con expulsarlos, o qué cosa, no sé.

Había quien afirmaba que los topos eran insensibles a la guerra sencillamente porque no la veían; no ver nada, pensábamos, era su manera de estar en el mundo, y qué se puede esperar de alguien que no ve nada; toda aquella retórica de los topos, toda aquella amabilidad exagerada, pensábamos, no eran más que los recursos con que los débiles ocultan su fragilidad, gestos para ganar tiempo, pues mientras recorrían el interminable camino de las acciones prescritas por la fórmula, adivinaban también todo lo que apenas podían entrever, es decir, quién les hablaba, dónde estaban, qué hacían allí, a dónde se dirigían, qué intenciones tenían, si eran enemigos, si podían comerlos, dónde quedaba el arroyo, en fin, todas las cosas que cualquiera de nosotros ve en un solo golpe de vista; qué extraño mundo y qué extraños los animales que viven en él, animales que sucumben a las circunstancias más tontas y previsibles, que mueren por nada y ni siquiera lo admiten, y sin embargo piensan que su vida está cargada de nobleza, que no tienen nada que envidiar, que la vida es un milagro, como quien dice, y como la cabeza no les da para más, se creen los dueños del mundo solo porque acaban de comerse una larva, y tal vez de eso se trate, bien mirado, la alegría, de ser una especie de escoria, una criatura medio ciega, con unas manos ridículas y unas trompitas rosadas para olisquear dónde han quedado las lombrices tras la lluvia, con un pelo grueso para no sentir cómo los sacude el frío, quién puede saber si no es el topo el animal más feliz, el triste topo

del que tanto nos burlamos entonces porque olvidaba una y otra vez que estaba en guerra con nosotros, cada vez que nos cruzábamos con alguno lo apartábamos del camino, yo mismo lo hice una vez, bebía en el arroyo cuando apareció uno junto a su cría, y le pegué un empujón y lo tiré al agua sin querer, y durante un cómico instante el topo creyó que se iba a ahogar y se puso a dar manotazos, y la cría empezó a chillar, y vinieron también otros conejos, y se rieron, y yo me reí por contagio, supongo, aunque no podía dejar de escuchar los desesperados e inútiles chirridos de esa cría, no sé.

Sé que fue en esa época cuando se creó *el ejército de la paz*, o más bien cuando se constituyó de forma espontánea *el ejército de la paz*, su nombre llegó después de que lo compusieran –como no podía ser de otro modo– los mejores de entre nosotros, a quienes la inmovilidad agobiante de aquel lugar intranquilizaba más que a nadie, tuvo que haber, pienso ahora, una transferencia en aquellos días entre las acciones propias de los mejores de entre nosotros a lo que más tarde fueron las acciones propias del ejército de la paz, de modo que, como todo el mundo sabe, la primera función del ejército de la paz fue la de impedir que los topos salieran a beber en el arroyo durante el día. Ya nos habría gustado que fuera de otro modo, pero no era posible que los topos recordaran que estábamos en guerra si no era impidiéndoles salir a beber durante el día, y así fue como se decidió que en la entrada de la galería de los topos hubiera en todo momento varios miembros del ejército de la paz bloqueando el paso, no fuera a ser que se olvidaran de la guerra, algo que por supuesto los topos olvidaban igual, y de manera aún más trágica, pues ni siquiera recordaban por qué estaban encerrados y aquello generaba en ellos una especie de movimiento frenético. No parecían ya los mismos cuando salían, se apelotonaban unos sobre otros sobre las aguas del arroyo, y los miembros del ejército de la paz tenían que controlarlos, golpeándolos a veces, para defenderlos de sí mismos, pues los más grandes aplastaban a los más pequeños y los más ancianos a veces quedaban atrapados peligrosamente entre las ramas. Y así fue como una de aquellas noches, durante el siempre conflictivo momento en el que por fin salían los topos para beber en el arroyo, se organizó un apelotonamiento más numeroso

del habitual y, al tratar de poner orden, uno de los topos acabó mordiendo a un miembro del ejército de la paz, y el miembro del ejército de la paz lo golpeó un poco más de lo necesario, de modo que el topo perdió, literalmente, la conciencia, y durante unos instantes pareció muerto o casi muerto, lo que desató la furia general de los topos, que comenzaron a morder masivamente al ejército de la paz, un episodio que fue bautizado como *la agresión inaugural*, algo que habría podido evitarse fácilmente si los topos hubiesen obedecido las órdenes del ejército de la paz, como se esperaba de ellos, pero que no se evitó, como todo el mundo sabe, de modo que finalmente el ejército de la paz sofocó la revuelta y golpeó masivamente a los topos y muchos de ellos quedaron tendidos e inconscientes junto al arroyo, algunos parecían, la verdad, muertos, lo que provocó que mostraran los dientes, unos dientes en los que apenas nos habíamos fijado hasta entonces, asquerosamente grandes, dos arriba y dos abajo, infectados quién sabe de qué porquería, los mostraban, trataban de mordernos y en algunos casos lo lograban, yo mismo recibí uno de aquellos mordiscos, recuerdo el dolor, como si algo incandescente me hubiese atravesado la piel, la sensación de que ya había quedado infectado para siempre de alguna cosa repugnante, tal vez mortal, quién puede saberlo, no sé.

Bam se reunió esa tarde con el ejército de la paz en la sala de Bam, y ni a Marrón, ni a Glu, ni a Perk, ni a Plon, ni a Jar ni a mí nos permitieron entrar, y nunca supe si había sido Bam quien nos lo había impedido o si había sido el propio ejército de la paz, de modo que regresamos a las galerías y cuando aquella noche salió el ejército de la paz a hacer su trabajo, comenzó una guerra nocturna, una guerra sin guerra, por decirlo así. Aquello era entonces la guerra para nosotros, la forma en la que en el silencio nocturno, a intervalos, escuchábamos un gritito de topo y luego un *chof* en mitad del arroyo y a continuación un chapoteo y poco después el silencio, la guerra no exigía de nosotros más que la connivencia, de modo que nos limitábamos a escuchar, todo sucedía en bloques extraños de oscuridad y silencio, primero el tumulto con el que los topos salían de su madriguera para beber, luego los chirridos y los

golpes del ejército de la paz, finalmente los chapoteos, una escena estrictamente acústica, cualquiera de nosotros, creo, habría preferido luchar, pues cada vez que escuchábamos el gritito y luego el *chof* y a continuación el silencio sentíamos que se nos helaba la sangre, no sabíamos si debíamos compartir lo que oíamos o fingir indiferencia, de modo que no hacíamos nada, nos mirábamos en la oscuridad de las galerías, en apariencia tranquilos pero con esa inquietud que tienen las guerras al principio, nos mirábamos y charlábamos con torpeza del frío que hacía, de los gazapos, decíamos, *qué frío hace esta noche* o *cómo están los gazapos*, ese tipo de cosas, no sé.

Luego, por las mañanas, salíamos de las galerías y buscábamos señales en la orilla que indicaran dónde se había producido un forcejeo, buscábamos con inquietud, casi con morbo, y por supuesto en silencio absoluto, tallos partidos, arañazos en la tierra, plantas levantadas, los lugares en los que el ejército de la paz había agarrado a algún topo y lo había revoleado hasta la mitad del arroyo y aunque el ejército de la paz tenía también el encargo de ocultar las señales de aquellos forcejeos, aunque parte de su trabajo, y en absoluto una parte menor, era cubrir esas señales con otras ramas, arrancar y eliminar los tallos partidos, nos volvimos expertos en rastrearlas. También eso, pienso ahora, fue el aprendizaje de la guerra, pues la guerra nunca es lo que pensamos sino algo parecido y a la vez peor e imprevisible, habíamos imaginado una masacre de topos y la tuvimos, pero en la distancia esos cuerpos parecen flotar sobre el agua casi con pulcritud, y hasta el poder de esa imagen se neutraliza, colmada de tristeza, los topos no parecían morir del todo, no reventaban, se desvanecían en una muerte invisible, pero sus gritos nocturnos nos alcanzaban cada vez menos, y entonces nos volvimos corteses, la guerra, creo, imprimió cierta lentitud a nuestros movimientos, salíamos por la mañana y a la mínima oportunidad sucumbíamos al silencio, sonreíamos, pero a qué sonreíamos, no sé.

A veces incluso copulábamos por las noches como en los días de la copulación, cuando sentíamos que los topos estaban a punto de ser liberados por el ejército de la paz, nos invadía una pulsión frenética para no tener que oír cómo se ahogaban aquellos topos,

atrás había quedado la alegría de la copulación colectiva, ahora era la copulación de la supervivencia, la copulación de la tristeza, la copulación de la guerra, los mismos cuerpos haciendo las mismas cosas y, a la vez, en absoluto los mismos cuerpos haciendo las mismas cosas, nos observábamos de reojo, pensábamos cosas extrañas, y de improviso cambiaba la tensión, decíamos *ven aquí, ven aquí*, nos olíamos, nos montábamos, e incluso cuando dejaban escucharse los gritos de los topos seguíamos copulando, para no hablar, supongo, para ocultar que igual habíamos escuchado todo, no sé.

Cada tanto, por las mañanas, aparecía también muerto alguno de los nuestros, salíamos de la galería y nos encontrábamos con el cadáver de algún miembro del ejército de la paz, mordido y golpeado y masacrado, sin ojos, lleno de mordisquitos en las orejas y arañazos en el cuerpo, asesinado por los topos y comido ya por las hormigas y las moscas y las lombrices, y cuando aparecía sentíamos como si la guerra se renovara, cada muerto de los nuestros llevaba la guerra a un punto de partida, y del mismo modo que no veíamos los cadáveres de los topos bajando por el río, no podíamos dejar de mirar los cadáveres de los miembros del ejército de la paz, pero era como si la luz rebotara en ellos, esa luz del atardecer que rebota en el agua y las hojas de los árboles y los escarabajos y los cráneos de los pájaros y no nos deja verlos, hay cosas que quieren mirarse y no se pueden mirar, nos decíamos, y como no sentíamos nada, pensábamos que no sentíamos dolor, cuando en realidad no sentir nada es siempre señal de que se está sintiendo dolor, pienso ahora, estoy casi seguro, no sé.

Al poco tiempo quedó concertado que Bam saldría ya solo en dos ocasiones al día, una por la mañana y otra por la tarde, no era conveniente que se viera demasiado a Bam, decía el ejército de la paz, y como todos sabíamos que ya no serían muchas las ocasiones de ver a Bam durante el día, cada vez que se acercaba el momento de verlo se generaba una tensión expectante, esperábamos electrizados, y cuando salía lo llamábamos *Bam, el terror de los topos*, *Bam, el justiciero*, *Bam, el restaurador*, *Bam, el constructor*, y empezamos a usar también en aquella época, auspiciados por el

ejército de la paz, todo un grupo de verbos especiales para designar las acciones ordinarias cuando era Bam el que las realizaba: los conejos comunes dormíamos, Bam se *reclinaba*, los conejos comunes saltábamos, Bam *avanzaba*, los conejos comunes comíamos, Bam se *recomponía*, y cuando por fin salía Bam de la sala de Bam todos nos agolpábamos allí, y queríamos rozarlo como antes, y el ejército de la paz lo rodeaba para que no lo aplastáramos con nuestra veneración, recuerdo ahora, no sé.

Todo era nuestro y nos pertenecía, gritaba Bam desde la piedra de Bam, todos los brotes crecían para que nosotros los comiéramos, y el agua era nuestra para que nosotros la bebiéramos, pues qué otra raza más noble que la raza de los conejos, gritaba Bam desde la piedra de Bam, y qué sentimientos más incomparables que los sentimientos de los conejos y qué dolores más conmovedores que los dolores de los conejos, y puesto que nuestra raza y nuestros sentimientos eran los más nobles, los sentimientos de las otras razas empalidecían y eran sin duda más endebles y hasta despreciables, y nos invadía, creo, un orgullo que no habíamos sentido hasta entonces, pues ¿quién podía asegurar que esto no era *solo un principio*?, se preguntaba Bam, ¿quién podía asegurar que tras la aniquilación de los topos y la gloriosa ocupación de aquel lugar fresco sin ser frío, tibio sin ser caluroso, iluminado sin ser irritante, oscuro sin ser amenazador, no llegarían también otros lugares frescos sin ser fríos, tibios sin ser calurosos, iluminados sin ser irritantes, oscuros sin ser amenazadores que nos pertenecían y estaban esperándonos?, y cuando escuchamos aquello sentimos que la euforia nos invadía definitivamente, pues no solo lo creímos posible, sino también justo y necesario, y empezamos a gritar *MÁS*, *MÁS*, a lo que Bam respondió con una sonrisa, inclinando levemente las orejas con sus manchas pardas, pues ahora éramos nosotros quienes le recordamos a él su mensaje, y entonces fue cuando Bam nos prometió que iríamos *MÁS* allá del río que no puede cruzarse, y *MÁS* allá también, hasta la cima de la montaña a la que no puede subirse, y sin duda también un poco *MÁS* allá, y que todo aquello nos pertenecía ya a los conejos, y cuando tuviéramos todo cavaríamos una gran madriguera circular que nos protegiera para

que los que estaban dentro no pudieran salir y los que estaban fuera no pudieran entrar, *tal y como había sido en el origen de nuestra especie*, decía Bam, pues qué sentido tenía si no que pudiéramos correr tan rápido sino para recorrer nuestros dominios fácilmente, o que tuviéramos las orejas tan grandes sino para escuchar todo lo que sucedía en nuestro territorio, qué sentido tenía que pudiéramos parir tan rápido y tantas veces y desde tan jóvenes sino era para poblar y dominarlo todo, decía Bam, había ocurrido ya, en un *pasado glorioso*, habíamos cometido la negligencia de no mirarnos siquiera, decía Bam, habíamos sido tan estúpidos como para no ver la belleza de nuestro cuerpo, teníamos que mirar *MÁS* nuestro cuerpo, decía Bam, y por tanto actuar *MÁS* en consecuencia, no sé.

Pero entonces llegó la enfermedad. Imprevisible, mortal, definitiva. No hace falta decirlo, pero a lo mejor sí hace falta decirlo, porque todo el mundo cree saber lo que ocurrió, y por tanto cuentan historias sencillas y todo el mundo cree que por ser sencillas esas historias son ciertas también, pero nadie escucha a las personas que estábamos allí cuando esas cosas ocurrieron, y si de algo me sirve la edad que tengo es para saber que cuanto más sencilla es una historia, menos posibilidades tiene de haber ocurrido realmente, pues si algo caracteriza a las cosas que ocurrieron realmente es que son contradictorias y difíciles de explicar, las cosas que ocurrieron realmente siempre admiten una contrapartida y quien tiene razón al mismo tiempo no la tiene, y quien la tiene nunca la tiene completa, y quien dice la verdad siempre oculta alguna cosa, y quien miente siempre dice algo cierto, y quien se oculta no necesariamente es por un mal motivo, y quien se muestra no siempre es con nobleza, y que la nobleza no siempre es deseable, y que lo deseable... en fin, no sé.

Entonces llegó la enfermedad, y sea como sea, el viaje a las emociones de entonces parece, desde hoy, inalcanzable, como si a ratos fuera más creíble pensar que Bam pudiera regresar a la vida a que puedan hacerlo esas emociones, pues para volver a sentirlas habría que reconstruirlo todo, regresar a aquel lugar idílico, pero también a nosotros mismos antes de la enfermedad, de modo que así es la vida, nos decimos, a veces nos sobrecargamos de expectativas, entramos en una guerra contra los topos, luchamos,

nos exaltamos, creemos en un pasado glorioso, pensamos que vamos a volver a él, soñamos con un mundo dominado por los conejos y todo se resuelve en nada porque llega la enfermedad, así es la vida, nos decimos, preparamos y disponemos y planeamos y deseamos y proyectamos y todo se trunca por algo imprevisible y a la vez tan aplastantemente común como la enfermedad, y toda esa energía y esa euforia se quedan en nada porque aparece la enfermedad, y tal vez sea ese el verdadero aprendizaje, no el de la guerra, quiero decir, ni el de Bam, sino el de cómo son realmente las cosas: que no importa lo que hagamos, que no importa lo que soñemos, creemos tener derechos y no tenemos ninguna clase de derechos, supongo, pienso ahora, no sé.

La enfermedad lo es todo, solo tenemos la enfermedad, dijo Glu, recuerdo, antes de morir, con aquella mirada vidriosa e hinchada que imponía la enfermedad, pero nosotros ni siquiera creíamos entonces en la enfermedad, Bam menos que nadie, Bam solo hablaba de ganar la guerra contra los topos, de ir *MÁS* allá, de recuperar nuestro pasado glorioso, pero no de la enfermedad, tantas veces es así la vida, negamos lo obvio, somos capaces de oponernos a lo más elemental, y a ratos me pregunto si eso les ocurrirá también a otros animales o si solo nos ocurre a los conejos, lo de caer ofuscados por nuestras pasiones, pues cuanto más evidente es aquello que negamos, por algún motivo más fácil se nos hace negarlo, no sé.

Así estuvo muchos días agonizando Glu, y recuerdo que me miraba, y decía: *Copito, esta enfermedad es terrible*, y yo no hacía caso, en parte porque no podía pensar en otra cosa que no fuera la guerra y el pasado glorioso, pero sobre todo porque me molestaba su enfermedad, y le decía esas cosas estúpidas que les decimos siempre a los enfermos, *no te preocupes, Glu, será algo que has comido, Glu,* y Glu me miraba compasiva, pues si los sanos cometemos el error de decir estupideces a los enfermos, muchas veces los enfermos adquieren también la altanería del dolor, o peor, la indiferencia del dolor, lo que nos molesta más todavía, pues interpretamos que si no creen las estupideces que les decimos es porque no nos quieren, y ellos obviamente tienen cosas más importantes en las que pensar y nos miran ya desde su enfermedad,

o peor, desde su muerte cercana, en ese lugar en el que ya no podemos alcanzarlos, no sé.

De modo que en los días que sucedieron, Glu fue enfermando más y más, y me avisó: *Copito, es contagioso, no te acerques, ayer se acercó Plon y Plon está enfermo, y a Plon se acercó Turk y Turk está enfermo, y a Turk se acercó Hoja y Hoja está enferma y vamos a morir todos, Copito,* a lo que yo respondía enfadado *basta, no hables así*, cada vez que me acercaba a ver a Glu sentía todo el dolor de su enfermedad, y esa curiosidad horrible que sienten siempre los sanos por los enfermos, veía cómo se le hinchaban cada vez más los ojos, cómo le salían unas protuberancias extrañas sobre las orejas y en la espalda y en las patas, pero en cuanto me alejaba de allí me sentía brutalmente eufórico, casi alegre, y no quería hablar de otra cosa que no fuera la guerra y el pasado glorioso y ver a Bam en su comparecencia de la mañana o de la tarde, que a aquellas alturas se había vuelto prácticamente idéntica, pues Bam casi siempre repetía en la de la tarde lo que había dicho en la de la mañana con dos o tres variaciones minúsculas y en todas gritábamos *MÁS, MÁS, MÁS*, solo quería hablar de eso, de cómo exterminaríamos definitivamente a los topos y cavaríamos luego una madriguera circular para que los que estuvieran fuera no pudieran entrar y los que estuvieran dentro no pudieran salir, y cuando me alejaba de Glu para ir a la comparecencia de Bam me reía, recuerdo, lo que no me puede parecer más inverosímil y, sin embargo, es literalmente cierto, así lo recuerdo ahora, no sé.

Me asombra, al pensar en la muerte de Glu, lo cerca que estuve de ella sin saberlo, y lo mucho que me había alejado de Bam, también sin saberlo, y me pregunto si esos dos movimientos fueron solo coincidentes o si estuvieron vinculados en algún punto, como si el vértigo que me impedía ya acercarme demasiado a Bam estuviera solapado con haber elegido a Glu como interlocutora y compañera, y cada día recordaba con más cariño la época en que habíamos buscado juntos por todas partes la sala de Bam, y la forma en que la había encontrado Glu y cómo habíamos llevado a Bam hasta allí, lo recordaba como un episodio lleno de detalles que me habían pasado desapercibidos, de camaradería, de delicadeza, gestos olvidados que

ahora, a la luz de su enfermedad, resultaban de nuevo claros y emocionantes, no sé.

Hasta que una tarde llegué y me di cuenta de que ya no iba a durar mucho más tiempo y me quedé con ella todo ese día, y también el siguiente, apenas se movía, estaba por la noche en la misma postura que había adoptado por la mañana, la cabeza apoyada sobre las patas, las patas apoyadas sobre una piedra, como si se hubiese quedado traspuesta o aguardando, demasiado enferma para que la atacara ya ningún depredador, desde hacía tiempo los ojos se le habían hinchado tanto que apenas podía mirar, o miraba, pero algo que solo estaba en su interior y a ratos temblaba y se sacudía, y otras parecía sonreír, y en cierto momento del tercer día me di cuenta de que estaba a punto de morir y quise acercarme, y apoyé una pata sobre la suya, y justo entonces sentí que dejaba de respirar y que su existencia flotaba frente a mí unos instantes, que se detenía, o entraba de nuevo, no sé cómo explicarlo, y comprendí casi dolorosamente la inmortalidad de los conejos, en ese breve instante en que Glu dejó de respirar comprendí que nada puede acabar con nosotros, y recordé aquellas palabras de Glu de que la Gran Madriguera es indiferente a los conejos por muy obra suya que sea, que sus galerías, salas y recovecos resultan indistinguibles porque en realidad son intercambiables o, más exactamente, porque son la misma galería, la misma sala, el mismo recoveco, y que también los conejos que recorremos la Gran Madriguera somos simultáneamente un mismo y todos los conejos que la recorren y recorrieron, que salimos a la vez que entramos, nacemos a la vez que morimos, y que por eso quebrar la pata a un conejo es quebrárnosla a ninguno, matar a una multitud es no rozar siquiera la posibilidad de nuestra muerte, y al recordar aquello, valga la absurdidad, sentí que era yo, Copito, no Glu, el que moría, y vi pasar mis días con una extraña emoción, desde las caricias de aquellos que sin duda me querían hasta la guerra contra los topos, y el frío en las galerías de Bam y la euforia de sus comparecencias casi siempre idénticas por la mañana y por la tarde, y pensé *no habrá más belleza ni más fealdad que la que hay en este momento, no habrá más alegría ni más tristeza que la que hay en este momento*,

y me alejé de Glu y, aunque traté de repetirme esas palabras, sentí que cada vez me las creía un poco menos, o eso pienso ahora, no sé.

VII

Empezaba en los ojos con un color blanquecino, se hinchaban los párpados y se perdía el apetito, luego llegaban los bultos, al principio pequeños, sobre los pómulos, luego en el cuello, pero nada era estable en esa segunda fase, el enfermo se vaciaba por sectores, unas partes se hinchaban, otras perdían líquidos, desconcertaba la carne sometida a los caprichos de la enfermedad, pues damos por descontado que las enfermedades tienen conciencia y propósito, pero en realidad son como nosotros, avanzan como pueden e improvisan si es necesario, a veces se cebaba en los ojos, otras en el hocico, de donde surgían floraciones insólitas, verrugas que cambiaban de color o lo enfatizaban: amarillas, grisáceas, rosadas; los rasgos de cada enfermo, combinados con la enfermedad, generaban patrones de una belleza imposible, en uno el amarillo brillante se llenaba de pintas oscuras, en otro las protuberancias se colmaban de hongos amorfos que brotaban de la boca y apenas permitían respirar, ya no digamos comer, tan diversos que, vistos en bloque, parecían una frase misteriosa, luego ocupaba el aparato respiratorio, atrofiaba los músculos –decíancon una rigidez que perforaba lentamente las ganas de vivir, hasta que el conejo quedaba inmóvil, reducido casi a una planta, aguardando el final, eso decían, no sé.

Resulta casi inverosímil que apenas creyéramos en la enfermedad, que tardáramos tanto en hacerlo. Bam ni siquiera se molestó en negarla al principio, como si la enfermedad hubiese sido demasiado banal comparada con la guerra o la construcción del pasado glorioso, la enfermedad no era más que un accidente, un accidente

penoso, si se quiere, pero no por eso menos accidental, y si el mismo Bam no se molestaba en hablar de ella, cómo íbamos a hacerlo nosotros, al fin y al cabo de lo único que hablábamos era de lo que decía en sus comparecencias de la mañana y de la tarde, esperábamos frente a la sala de Bam y gritábamos *Bam, el terror de los topos*, y él salía y nos contaba cómo había descubierto que el conejo era la raza más noble de todas y cómo ese descubrimiento nos permitía ahora distribuir el mundo en bonito y feo según se correspondiera en forma y proporción con los conejos, de modo que todo lo que tenía orejas grandes, decía Bam, era inevitablemente bonito y lo que tenía orejas pequeñas inevitablemente feo, y lo mismo podía decirse de quienes tenían unas poderosas patas traseras, lo que nos llevaba a los conejos a ser los más hermosos y poco después a los caballos y los ciervos, y tal vez a los jabalíes, pero muy en último lugar a los pájaros, de los que nada agradable podía decirse, y nos hablaba también del *inexorable progreso de la guerra*, como lo llamaba Bam, pues si algo caracterizaba a la guerra era su *progreso inexorable*, un progreso que había que alentar, pues de otro modo se extinguiría, y por eso era necesario que el ejército de la paz siguiera ahogando a los topos por la noche (ahora ya lo decíamos abiertamente), y que los topos siguieran acorralando a algún miembro solitario del ejército de la paz y matándolo a mordiscos y arañazos, porque así eran las cosas, ya nos hubiera gustado a nosotros que fueran de otro modo, supongo, no sé.

Hasta que un día Bam habló por fin de la enfermedad, tal vez porque no le quedó más remedio, los enfermos eran cada día más numerosos, y también los muertos, la guerra contra los topos había entrado en una meseta, por decirlo así, el equilibrio era estable entre sus víctimas y las nuestras, cada tanto salíamos de las madrigueras por la mañana y veíamos a un muerto más del ejército de la paz comido por las hormigas pero apenas nos impresionaba ya, hasta ese punto la guerra nos habitúa a las cosas más terribles, y escuchábamos los gritos de los topos mientras se ahogaban en el arroyo en mitad de la noche y ya no nos molestábamos en copular para taparlos con nuestros gemidos, por eso nos sorprendió cuando, en su comparecencia de la mañana, Bam admitió de pronto que

existía la enfermedad, pero inmediatamente después dijo que no tenía ninguna importancia, que, si bien era cierto que había muertos e infectados, no era menos cierto que se acabaría marchando del mismo modo que había venido, y que por tanto no debíamos preocuparnos en absoluto. ¿Por qué lo comentaba entonces? Pues sencillamente para que supiéramos que estaba al tanto, que nada escapaba a su mirada, pero todos supimos que lo hacía también porque ya no había manera de ocultar los rumores de que era contagiosa, se decía que si se copulaba con un conejo enfermo, uno la adquiría al instante, cosa que era mentira, dijo Bam, y añadió luego que no había que atender a quienes propagaban aquellos relatos falsos e infundados, y que si había algo que se sabía con certeza de aquella enfermedad era que estaba siendo utilizada por los enemigos de la Gran Madriguera para impedir el *progreso inexorable de la guerra*, de modo que si alguien decía que la enfermedad era contagiosa, se podía afirmar al instante que era enemigo de la Gran Madriguera, de modo que quien dijera que la enfermedad era contagiosa sería expulsado definitivamente de la Gran Madriguera, eso dijo Bam, y nos quedamos mudos, porque nunca antes había hablado así, al menos que supiéramos, no sé.

Pero por mucho que negáramos que la enfermedad era contagiosa, lo cierto es que había cada vez más enfermos entre nosotros, algunos de ellos hasta se alejaban voluntariamente y no regresaban más, otros se quedaban inmóviles, en los recovecos más sórdidos de la Gran Madriguera, alertándonos con la mirada, un mensaje no se sabía si compasivo o amenazador, nos miraban y nosotros evitábamos su mirada, porque estaban enfermos, no así en el caso de los topos, a quienes no parecía afectarles la enfermedad, y allí donde nosotros estábamos cada vez más enfermos, los topos estaban igual de sanos y rollizos –feos y desagradables como eran, pero no por eso menos sanos y rollizos–, sufrían el *inexorable progreso de la guerra*, sí, pero no la enfermedad, por lo que Marrón empezó a decir entonces que los topos eran tan feos que ni siquiera la enfermedad los contagiaba, típico chiste de Marrón al que nadie hizo caso al principio, pero que luego, por algún motivo, se volvió extraordinariamente popular, de modo que a los pocos días todo el

mundo repetía ya que los topos eran tan feos que ni siquiera la enfermedad *los contagiaba*, creo que ni Marrón lo entendía del todo, había dicho aquello de la misma forma intuitiva y nerviosa que hacía sus chistes, pero no lo entendía, y lo cierto es que había encontrado una astuta vía para decir lo que no podía decirse: que la enfermedad *sí* era contagiosa, que tal vez algunos animales no se contagiaban, pero otros *sí lo hacían*, nosotros, sin ir más lejos, justo lo contrario de lo que decía Bam, y por eso se reían, nos reíamos, creo, no sé.

Qué me sucedió a mí es algo que aún me cuesta explicar, la muerte de Glu, la frustración de no poder hablar de la enfermedad y el *progreso inexorable de la guerra*, mezclados con la necesidad de asistir a las comparecencias de la mañana y de la tarde, generaron en mí una especie de estado de alerta permanente, de extraña contradicción, la veneración había ocupado el lugar del amor, el celo había ocupado el lugar de la esperanza, me había convertido en un fanático de Bam, pero yo no percibía que era un fanático, en algún momento había cambiado el amor por Bam por el fanatismo por Bam, pero el proceso se había producido de una manera tan paulatina que ni yo mismo lo había percibido, todos mis pensamientos y emociones me parecían los pensamientos y emociones de un conejo razonable, y si por momentos eran exaltados, me decía, era porque vivía en tiempos exaltados, desde que Bam había comentado que existían enemigos de la Gran Madriguera se había activado en mí una especie de pulsión nerviosa de encontrarlos, me levantaba y acostaba tratando de identificar a los enemigos de la Gran Madriguera, y lo mismo que me pasaba a mí les ocurría a otros muchos, supongo, no sé.

Fue en ese contexto, creo, en el que quedé atrapado por la deslealtad que suponía el chiste de Marrón, pues si dejábamos que la gente bromeara con esas cosas, pensé, enseguida estaríamos bromeando con todo, era conveniente que hubiera asuntos sobre los que no se pudiera bromear, y aunque el chiste de Marrón parecía bastante inocuo, mi intuición me decía que era una deslealtad reírse, y por eso fui hasta Marrón y le prohibí que volviera a contar ese chiste, y junto a mí vi que otros conejos también se lo prohibían, a lo que Marrón reaccionó burlándose, como hace siempre Marrón

cuando le prohíben algo, pero yo estaba fanatizado entonces, de modo que Marrón contó de nuevo el chiste y yo perdí el control y salté sobre ella y me puse a golpearla con todas mis fuerzas y también lo hicieron algunos de los conejos que estaban a mi alrededor, y entre todos golpeamos furiosamente a Marrón hasta que quedó inconsciente, tendida sobre el suelo, y en la comparecencia de aquella tarde Bam pareció particularmente solemne, se subió a la piedra de Bam y dijo que le habían informado de que en la Gran Madriguera había conejos que se habían enfrentado a otros por el noble celo de defenderle, y aunque él odiaba cualquier tipo de violencia, si la violencia estaba justificada por el bien común, él también la aprobaría, por muy duro que fuera, ya le gustaría a él que fuera de otro modo, dijo Bam, y era como si no pudiese recordar que el conejo del que hablaba era Marrón, como si el propio Bam hubiese olvidado que el conejo al que habíamos golpeado era el conejo que tanto le había hecho reír, del que tanto había dependido en cierta época, no sé.

A partir de aquel día comenzaron a repetirse cada vez más episodios parecidos, cada tanto un conejo percibía una burla o una deslealtad hacia Bam en otro conejo, y se armaba entonces una pelea difícil de resolver, todavía hoy me cruzo a veces con alguno de esos conejos a los que vapuleamos o expulsamos de la Gran Madriguera, pues muchos de ellos se repusieron o regresaron más tarde, me cruzo con ellos, y en su mirada se renueva el rencor por el Copito que los golpeó y expulsó y cuando me miran a veces siento que me invade la vergüenza, pues cuando uno ve motivos de ofensa y deslealtad ya empieza a verlos en todas partes, y es que hasta las cosas más sencillas y aparentemente banales, bien miradas, esconden siempre un motivo de deslealtad, y no hay nada en este mundo que no pueda convertirse en la razón de una ofensa, no sé.

Rodeábamos, entonces, al conejo que considerábamos desleal a Bam, y le decíamos *qué estúpido eres, no sirves para nada,* y no importaba que los conejos mostraran arrepentimiento ni que trataran de defenderse diciendo que no había sido esa su intención, que todo había sido fruto de un malentendido, porque lo importante de la deslealtad es que cuando se produce *el daño está hecho*, decía Bam,

y todo lo que hizo ese conejo en el pasado, y todo lo que hará en el futuro, queda impregnado inevitablemente por esa deslealtad hacia Bam, de modo que la única forma de curar la deslealtad es expulsarlo y hacer como si nunca hubiese existido, como cuando un día Flut dijo que el color de pelo más bonito era el negro, y nosotros respondimos que el color más bonito era el blanco con tres manchas pardas, y él insistió en que era el negro, porque era el más común, y por tanto el más poderoso y el que más se *transmitía*, y nos pareció entonces que Flut era doblemente traidor y desleal a Bam, porque no solo negaba que el color de Bam era el más bonito, sino que además trataba de convertir a la naturaleza en su cómplice, de modo que le rodeamos y golpeamos y expulsamos de la Gran Madriguera, y hace pocos días volví a cruzarme con Flut en una de las galerías y estuve a punto de no reconocerlo, pero como es lógico él sí me reconoció a mí, y me di cuenta de que, hiciera lo que hiciera, ya no me perdonaría, que aquella herida ya no podría sanarse, no sé.

Lo sabemos ahora, apenas nos dábamos cuenta entonces: buscar motivos de deslealtad a Bam nos llevó a una especie de manía persecutoria, nos volvimos enemigos de todos, algo que, por algún extraño motivo, no parecía importar a Bam, pues cuanto más peleábamos por él, más furiosamente lo necesitábamos, había una forma de necesidad que estaba vinculada a aquella rabia, fueron, creo, los días más contradictorios y convulsos de la veneración por Bam, y en una de aquellas comparecencias lo vi salir y subirse a la piedra de Bam, eufórico como estaba, con la mirada encendida y el cuerpo tenso, como si hubiera dos Bam en Bam, el que gritaba consignas y el que aún recordaba, familiar, sabio, tranquilo, y aunque no pude reconocer ya a ninguno de los dos, sentí que mi destino era el suyo y también lo sintieron muchos otros y Bam gritó entonces: *Ser conejo es que no haya alternativa,* y nosotros respondimos enfurecidos *iser conejo es que no haya alternativa*!, eso recuerdo, no sé.

Cómo caben tantas cosas en una sola frase, cómo puede una frase significar una cosa y su contraria, la escuchamos una vez y nos consuela, la escuchamos otra y nos atemoriza, aquella frase que

habíamos dicho tantas veces para convencernos de que estaba todo bien, de que sucediera lo que sucediera formábamos parte de la Gran Madriguera, ahora nos producía angustia, *ser conejo es que no haya alternativa*, dijo Bam, y nosotros gritamos i*ser conejo es que no haya alternativa*!, y sentimos la inminencia de nuestra propia destrucción, pero a la vez, por algún motivo incomprensible, dejó de importarnos la inminencia de nuestra propia destrucción, i*ser conejo es que no haya alternativa*!, repitió Bam, y nosotros respondimos al unísono i*ser conejo es que no haya alternativa*!, tan fuerte que convocamos incluso a los más reticentes, los conejos que se habían apartado, los que no participaban, sintieron la llamada, i*ser conejo es que no haya alternativa*!, gritamos y Bam lo gritó de nuevo, más fuerte, más crispado, y respondimos también con un grito más fuerte y más crispado, i*ser conejo es que no haya alternativa*!, de las madrigueras empezaron a surgir poco a poco los gazapos, los más ancianos, las conejas preñadas, también los enfermos, todos aquellos enfermos con sus pústulas y flores en la boca, con sus orejas hinchadas y sus cuellos llenos de bultos que habían permanecido ocultos hasta entonces o que incluso se habían alejado con toda la intención de partir, se acercaron y comenzaron a gritar junto a nosotros: i*Ser conejo es que no haya alternativa*!, lo gritaban a nuestro lado, detrás de nosotros, contagiándonos a todos, no lo sabíamos entonces, lo sabemos ahora, que aquel fue el verdadero momento en que se sentenció nuestro final, el momento de nuestro contagio, estamos casi seguros, no sé.

Me resulta difícil imaginar cómo lo vivió Bam. Recuerdo la expresión de su rostro gritando *ser conejo es que no haya alternativa*, pero quién sabe lo que ocurría en su interior, veo de nuevo sus músculos, las manchas pardas en sus orejas blancas, el hilo lechoso de su mirada, la cicatriz de su hocico, todas esas cosas que yo había atesorado para mí, que ahora eran de todos, también su exaltación o la sombra de su exaltación, pero ni siquiera recuerdo la forma en la que terminó aquella comparecencia de Bam, en mi memoria es como si aún continuara, por decirlo así, como si aún siguiéramos allí gritando *ser conejo es que no haya alternativa* y nadie se hubiera retirado, pero lo cierto es que debió terminar de

alguna forma, y los días siguientes transcurrieron tranquilos, sin comparecencias de Bam, sin gritos nocturnos ni cadáveres al amanecer, todos habían enfermado o estaban a punto de hacerlo y de la Gran Madriguera se había apoderado una especie de melancolía con la que nadie sabía qué hacer, tal vez producida por los excesos de aquella reunión exaltada, nadie se lo preguntaba demasiado, había algo casi agradable en ella, como había algo agradable e inconfesable en la idea de nuestra propia destrucción, y resulta extraño describir esos días, pues lo cierto es que estábamos lejos de desear morir, quién sabe al fin y al cabo por qué nos aferramos a la vida, por qué la sentimos como la sentimos, hasta el conejo más miserable y desgraciado sintió entonces con extraña precisión el agua pura del arroyo, los brotes verdes y deliciosos, por qué amamos lo que estamos a punto de perder, no podemos saberlo, nos parecía que la tranquilidad se concentraba en las miradas curiosas de los topos espiándonos desde sus madrigueras, teníamos, recuerdo, cada uno por separado, la sensación de estar muy lejos, ya no nos atrevíamos a decir soy esto o aquello, todo nos emocionaba un poco, sonreíamos también, pero de puro desorientados, tal vez aquella era la forma de nuestra destrucción, primero con la euforia, luego con la melancolía, nos olvidamos hasta del *progreso inexorable de la guerra* y a los pocos días a nadie le cabía duda de las dimensiones del contagio, ni siquiera a Bam, que en su siguiente comparecencia nos dijo abiertamente que los topos nos habían invadido con su enfermedad, y la llamó así: *la enfermedad de los topos*, pues como había quedado dolorosamente demostrado, dijo Bam, los topos habían creado aquella enfermedad en sus infectas y lúgubres galerías repletas de lombrices y podredumbre para infectarnos, qué se podía esperar de aquella raza que solo vivía para cavar galerías y comer larvas y gusanos y arañar la tierra con aquellas manitas ridículas sino una enfermedad igualmente denigrante, una enfermedad odiosa, dijo Bam, y por tanto teníamos que cuidarnos, pues se contagiaba también, como había quedado demostrado, y quien dijera que aquella enfermedad no era contagiosa mentía, dijo Bam, aquella enfermedad *sí era contagiosa*, como él mismo había dicho en numerosas ocasiones, de

modo que quien dijera que no, debía considerarse a partir de ahora un enemigo de la Gran Madriguera y ser expulsado en consecuencia. Todos debíamos cuidarnos y mantener una distancia adecuada, dijo Bam, solo así conseguiríamos no infectarnos de aquella enfermedad que se transmitía en este orden: los gazapos a los adolescentes, los adolescentes a los jóvenes, los jóvenes a los adultos, los adultos a los viejos en una escala potencialmente contagiosa, de modo que los gazapos eran más contagiosos que los jóvenes y los jóvenes que los viejos, y los viejos más que nadie, pues los viejos, como había quedado ya demostrado, eran inevitablemente el final de la cadena de contagio, y por tanto los más vulnerables y consecuentemente los que más morirían, y no había que encargarse mucho de ellos, dijo Bam, porque lamentablemente los viejos estaban en cierto modo perdidos por la enfermedad de los topos, ya le gustaría a él que fuera de otro modo, pero había que concentrarse en los jóvenes y en los adultos, de modo que Bam determinó que todos los viejos se reunieran en un lugar donde no serían más contagiados por los jóvenes ni podrían contagiar más a nadie, y como al fin y al cabo estaban ya condenados, al menos que murieran allí todos juntos, supongo, no sé.

Resulta extraño pensar ahora en lo obedientes que fuimos, lo sumisos que nos volvió aquella enfermedad de los topos, como si hubiese estado inscrito en nuestra naturaleza acatar todo lo que Bam nos fue imponiendo, nos decíamos *tal vez nosotros no sepamos, pero Bam sabe*, y pensar que Bam sabía nos daba una gran calma frente a la enfermedad de los topos, a quienes dejamos también de combatir por temor al contagio, y así fue como acabó la guerra contra los topos, sin ni siquiera una declaración formal, no hizo falta, pocos días más tarde, en una de sus comparecencias, Bam dijo que debíamos marcharnos de aquel lugar fresco sin ser frío, tibio sin ser caluroso, iluminado sin ser irritante, oscuro sin ser amenazador y regresar a nuestras viejas galerías de la Gran Madriguera, ya volveríamos luego, dijo Bam, porque aquel lugar nos seguía perteneciendo, pero ahora debíamos alejarnos de quienes nos contagiaban y construir un *futuro glorioso*, un futuro que pasaba necesariamente por abandonar ese lugar, ya regresaríamos, dijo

Bam, había que hacerlo sin pena, con honor, con altivez incluso, pues lo abandonábamos porque nosotros queríamos, dijo Bam, no porque nadie nos obligara, éramos nosotros, dijo Bam, los que nos íbamos, y recuerdo que había multitud de flores rojas, blancas, amarillas con puntas violetas, y que mientras Bam hablaba nos invadió el dulce aroma de aquellas flores, recuerdo cómo se superpusieron las dos cosas, el anuncio de que nos íbamos y el aroma de las flores, tantas veces ocurren cosas así en la vida, que el exterior parece oponerse abiertamente a nuestros sentimientos y, sin embargo, nos resulta lo más apropiado, y de pronto lo miré y me pareció un poco envejecido Bam, con la cabeza inclinada, diciendo que abandonábamos aquel lugar porque queríamos, no porque nos hubiese echado ningún topo, abría y cerraba los ojos como si le picaran y fuera cada vez más opaca la mancha lechosa de su ojo, también él parecía inhalar la densidad de las flores, y pensé *es Bam*, *tal vez un poco maltrecho, pero es Bam*, me dije, y volví a sentir entonces la fe en Bam y el fanatismo de Bam, de modo que salimos, recuerdo, y ni siquiera nos molestó alejarnos de allí, hasta ese punto odiábamos ya aquel lugar que nos había infectado, nadie comentó tampoco que abandonábamos el *progreso inexorable de la guerra*, ni se preguntó nadie para qué había servido tanto esfuerzo, las preguntas y respuestas habían quedado en suspenso, habríamos aceptado, creo, cualquier cosa, y cuando nos alejamos y vimos reunirse a los topos junto al arroyo ni siquiera sentimos rencor, solo una especie de extrañeza, aparecieron, recuerdo, con sus saltos ceremoniosos y sus inclinaciones, se saludaron con sus manitas repugnantes, como si nada hubiese ocurrido, avanzaron junto a sus crías para beber de nuevo en el arroyo sin que nadie se lo impidiera, y aquel topo de pelo hirsuto y venerable empezó a inclinarse a un lado y al otro, y me asombró no odiar a aquel animal, por quien de pronto sentí hasta una especie de respeto, repugnante y asqueroso como era, pero sentí respeto, no sé.

Así fue como cruzamos el prado para llegar a nuestras viejas galerías, y cuando lo hicimos se puso de manifiesto hasta qué punto la mayoría de los conejos estaban penosamente infectados, aquí y allá se veían pústulas, hongos en la piel, flores monstruosas en los

hocicos, ojos tan hinchados que apenas veían, caminaban en cualquier dirección mientras otros apenas podían moverse o lo hacían tratando de aparentar normalidad, lo que los volvía doblemente patéticos, y los que no estábamos enfermos caminábamos a una distancia aterrada de los que sí lo estaban, y si un enfermo se acercaba más de la cuenta, comenzábamos a patear y a chillar, no importaba que fuera alguien a quien antes habíamos querido, y durante algunos días todavía continuó aquella sensación de desconcierto, Bam comparecía todas las mañanas para anunciar el número de muertos, se subía sobre el viejo promontorio de la sala de Bam y decía cinco, o seis, o quince muertos, una cifra que siempre aumentaba, pero cuanto más aumentaba menos la podíamos ver, de modo que quince muertos era más difícil de ver que dos, y ciento cincuenta más difícil de ver que quince, y trataba de animarnos también, hablaba del futuro glorioso de la Gran Madriguera, estipuló la costumbre de salir juntos al atardecer para gritar i*ser conejo es que no haya alternativa*!, cosa que al principio hicimos todos puntualmente, pero que poco a poco fuimos abandonando también, como si de esa concentración solo pudiera surgir un nuevo error. Seguro que todos se dan cuenta, pensaba yo, que comprenden que vamos a morir, ni siquiera Marrón se atrevía a bromear, los miraba, nos miraba y sentía que habíamos hecho juntos una cosa terrible, y luego miraba a Bam, y me decía que mientras él siguiera subiendo al promontorio de la sala de Bam todavía habría una esperanza, y creo que él también lo advirtió, sabía que había algo blanco, mágico, algo que nos permitía vivir, se erguía un poco para parecer más grande y cuando bajaba y se alejaba de nosotros dejaba como el rastro de una seguridad, nos volvíamos para mirarnos, recuerdo esos rostros llenos de pústulas, floraciones en los hocicos, todos aquellos bultos en el cuello, se habían olvidado durante unos breves instantes de su desdicha y ahora que se alejaba Bam todavía se podía percibir el temblor, una vibración de una intensidad fantástica, durante un instante había interrumpido sus pensamientos más oscuros, pero los números seguían creciendo, y al final de cada comparecencia Bam decía *ciento setenta y cuatro muertos*, *doscientos veintiún muertos*, y cuando se alejaba

volvíamos a quedarnos solos y el aroma de la enfermedad volvía a adueñarse de todo, algo que parecía alzarse desde los cuerpos de los enfermos e inundaba toda la pradera, y entonces se producía como una revelación repentina, la enfermedad era ese rumor que se intenta frenar y no se puede. En los conejos que asumían su sufrimiento a veces se veía algo parecido al alivio, como si su vida hubiese dejado de correr peligro, para otros la angustia permeaba todo, lo cercano se alejaba, lo duro se ablandaba, las cosas crujían o se iluminaban absurdamente, algunos maldecían o se echaban a reír por cualquier cosa, y en esos momentos casi daba miedo acercarse a ellos, no tanto por la enfermedad como por la conciencia, pero en todos había, creo, algo parecido a un sentimiento protector, la enfermedad parecía habernos confabulado, como un pájaro que ha quedado enredado en una zarza, y de pronto aletea y se cansa y resiste y se enreda cada vez más hasta que después de un buen rato saltando y aleteando se detiene con las alas abiertas atravesadas por las espinas y decide por fin respirar y entregarse y, al hacerlo, lo invade también algo parecido al placer y se olvida de la lástima y del dolor, pero luego enseguida lo recuerda y se pone a aletear de vuelta, los demás desaparecían y, sin embargo, seguían allí con nosotros hasta que llegaba la comparecencia de Bam, y en los ojos de los demás reconocíamos ese mismo sentimiento de miedo y extrañeza que habíamos sentido también nosotros, qué extraño cómo los conejos conocen el verdadero estado de los conejos, qué extraño cómo ascienden por el hueco de sus miradas, las sacudidas, los pataleos cuando no pueden más, qué extraño cuando el silencio desciende sobre ellos y se sienten tranquilos y satisfechos, incluso cuando están completamente rodeados por la muerte, y Bam regresaba y decía *doscientos treinta muertos, trescientos cuarenta y tres muertos* y aquella última fue una cifra que ya no pudimos entender, apenas un sonido que dijo Bam en la comparecencia de la mañana, y recuerdo que fue conmovedor, porque a continuación se quedó callado, mirándonos, una abeja, recuerdo, zumbó entre nosotros, recuerdo que nos quedamos mirando todos aquella abeja, y Bam sacudió la oreja en dos golpes secos para espantarla y dijo *qué bonitos somos los conejos*, habría podido parecer una ironía en

vista de todos aquellos rostros purulentos, llenos de verrugas, tomados por la enfermedad, pero lo dijo completamente en serio, *qué bonitos somos los conejos*, repitió Bam mirándonos fijamente a cada uno de los que estábamos allí y nos emocionamos y a continuación dijo *trescientos cuarenta y tres muertos*, de modo que ya no fuimos capaces de saber de qué hablaba Bam cuando dijo trescientos cuarenta y tres muertos, y fue en ese momento, creo, cuando cada cual se abandonó definitivamente a su propia soledad, por decirlo así, y quien estaba enfermo terminó de morir, y quien estaba sano huyó tal vez a otra pradera, y al día siguiente ni siquiera Bam apareció más, fue una mañana anodina, recuerdo, con el cielo parcialmente despejado, había llovido durante toda la noche y el prado estaba cubierto de perlas doradas, apenas quedábamos ya un puñado de conejos esperando en la sala de Bam, y cuando nadie se subió al promontorio se produjo un momento de inquietud, nos miramos entre los pocos que quedábamos, como si cada uno tuviera que seguir la trayectoria de la mirada del anterior, y a partir de ahí ponernos a buscar por toda la Gran Madriguera, y todo eso lo hiciéramos sin movernos, y nos invadió una tristeza como una luna que se alzara en mitad de nosotros, ni siquiera nos apetecía hablar ni patear, nos aclaramos la garganta y fijamos la mirada en la curva del promontorio que aún brillaba solitario sobre la sala de Bam, y ni siquiera sabría decir cuánto tiempo estuvimos allí, ni si nos alejamos de la Gran Madriguera a continuación, seguimos viéndonos todavía varios días, regresábamos una y otra vez a la sala de Bam como atraídos por una inercia involuntaria, cuántos días seguimos regresando es algo que no sabría decir, solo sé que cada vez éramos menos, hasta que un día ya no había nadie, estaba yo solo, y lo que hice entonces me parece ahora envuelto en el brillo de la incredulidad, me acerqué hasta el promontorio de Bam, subí arriba, me aclaré la garganta y dije con el tono de voz más dulce que pude: *Ser conejo es que no haya alternativa*, y sentí que me invadía la amargura, tal vez el amor, eso recuerdo, no sé.

VIII

Murieron casi todos, apenas quedaron Marrón, Flek, Agua, algunos miembros del ejército de la paz, dos o tres gazapos, yo mismo, Copito, sobreviví, murieron casi todos y se pudrieron los cadáveres y se los comieron las hormigas y las lombrices y el frío y la lluvia, y los que quedamos sobrevivimos como pudimos a base de brotes resecos aquí y allá, sin acercarnos unos a otros y hasta dudando de quienes veíamos en la distancia, porque *nada es estable*, como decía Bam, todo cambia, todo se transforma, lo mojado se seca, lo caliente se enfría, pero luego vuelve a mojarse de nuevo y a calentarse otra vez, murieron casi todos pero con el tiempo regresaron también algunos conejos perdidos y fueron llegando también otros conejos de otros lugares, de otras praderas, huyendo quizá de otras tragedias, de otras inundaciones, del hambre, encontraron la Gran Madriguera vacía y la ocuparon, qué más da, nos dijimos, somos el mismo conejo aterrado, y poco a poco fuimos acercándonos entre nosotros, nos husmeamos, copulamos al principio tímidamente, luego con la desesperación de quien acaba de volver a la vida, copulamos y copulamos y cada cual tuvo tres, cuatro, cinco gazapos, y esos gazapos tuvieron tres, cuatro, cinco gazapos, y antes de que quisiéramos darnos cuenta las galerías volvieron a palpitar repletas de gazapos yendo y viniendo, deteniéndose en los recovecos, saliendo disparados, huyendo de los depredadores, quién habría podido decir algo así, que en tan poco tiempo todo iba a ser casi idéntico, de modo que cuando regresó la vida y con ella también su luz y alegría, empezamos a hablarles a esos conejos de Bam, de su hilo lechoso en el ojo y las tres manchas pardas en las orejas, y ellos

nos escuchaban asombrados, repetíamos las palabras que había dicho Bam y les describíamos su pelo blanco con manchas pardas y lo del hilo lechoso en su ojo y que cuando hablaba su voz era muy dulce, pero a veces brusca también, recordar a Bam era recordar sus palabras, qué otra cosa sino palabras era Bam, hermosas palabras, palabras conmovedoras que contenían tardes heroicas, el día que caminó entre los ciervos, el día que declaramos la guerra a los topos, el día que pusimos los nombres en la pradera, pero una cosa era lo que nosotros decíamos y otra lo que imaginaban los conejos que acababan de llegar, como si hubiera dos Bam de nuevo, el que habíamos visto y el que existía ahora en las mentes de aquellos conejos, quién puede saber cómo veían lo que les contábamos, hacían, recuerdo, muchas preguntas, y aunque en cada ocasión intentábamos responder con franqueza, era evidente su incapacidad para imaginar aquellas cosas que nosotros habíamos visto y ellos no, veíamos en su mirada que lo descrito por nosotros y lo comprendido por ellos no coincidía en absoluto, y así fue como pensé un día en la posibilidad de volver a hacer la ceremonia, cosa que Marrón no aprobó y trató de burlarse de mí como hace siempre, pero yo insistí y convencí a Turk y a Plon y también a los gazapos y bajamos a las galerías y empezamos a susurrar *Bol no*, y a decir *Bol no, por favor* y finalmente a chillar con todas nuestras fuerzas *Bol no*, y a recordar cómo pateamos el suelo aquel día chirriando con los dientes *Bol no, por favor, Bol no*, y antes de que nos diéramos cuenta muchos de los nuevos conejos que habían llegado empezaron a rodearnos y lo que había empezado como un susurro era ya un estruendo total en el que recordábamos perfectamente cómo tratamos de llegar a Bol cuando lo devoraron en la pradera las cuatro comadrejas, cómo gritamos *Bol no* para que Bol pudiese escuchar que no se lo abandonaba sin dolor, que *tú mueres, Bol, para que nosotros vivamos*, que *serás recordado*, y Turk, que es de color beige, hizo el papel de Bol, y cuatro de nosotros, muy negros, hicimos el papel de comadrejas, y lo repetimos todo exacto, o exacto a como lo recordábamos, los mismos movimientos, los mismos gritos, el mismo miedo y también, creo, la misma liberación, y fue un misterio cómo se emocionaron todos con una emoción que ni sabían que tenían,

cómo la vida nos devolvió la Gran Madriguera y también a Bam en la ceremonia, porque estábamos sumidos en el miedo y de pronto nos vimos protegidos por la ceremonia, todos aquellos gestos aleatorios, repetidos mucho después, dejaron de ser aleatorios y se convirtieron en necesarios, y si alguien les hubiese preguntado a aquellos conejos cómo habían hecho para vivir cuando no existía la ceremonia o las palabras de Bam, apenas habrían sabido responder, ni lo recordaban ni les importaba, por fortuna, decían, existía la ceremonia y las palabras de Bam, y entonces nuestro miedo se dirigió a no perder la ceremonia ni las palabras de Bam, a protegerlas y repetirlas para que no murieran, nos entregamos a medir puntillosamente lo que fue dicho de modo aleatorio e intercambiable para que nadie modificara nunca esas palabras ni se burlara de ellas, y así fue como me convertí entonces en *el defensor del legado de Bam*, cosa de la que Marrón se burló inmediatamente, pero no me importó, y cada vez que surgía alguna duda, solo yo podía decir si aquello era efectivamente algo que había dicho Bam o si se trataba de una invención maliciosa, y les hablé de los últimos días de la enfermedad, y de cuando en cuando añadí algunas cosas de mi propia invención, palabras que pensaba que podría haber dicho Bam o que le habrían gustado, porque atribuidas a Bam esas palabras adquieren una fuerza que no habrían tenido de otro modo, y también porque llegados a cierta edad las palabras propias se apagan como se apagan los contornos durante la noche y a veces la oscuridad desciende incluso sobre lo que nos ayuda a vivir y desdibuja los arbustos y los árboles y las criaturas que nos miran y las patas de los ciervos y las ramas que podrían caer sobre nosotros, y el río que no se puede cruzar y la montaña a la que no puede subirse, todo se suaviza y desaparece, hasta el dedo de aquella niña que sin duda me quería y que me metía en la boca para que yo se lo mordiera, también eso se olvida, al final de nuestra vida empezamos a dudar de todo, hasta de las cosas más claras y que más nos impactaron, dudamos y ni siquiera sabemos si ocurrieron realmente o si solo deseamos que hayan ocurrido, el deseo y la realidad se superponen y mezclan, por eso ni siquiera sé si ocurrió realmente aquella tarde en los últimos días de la enfermedad, cuando Bam

acababa de desaparecer y yo vagaba por las galerías desiertas de la Gran Madriguera, no sé si de verdad ocurrió o si lo invento ahora solo por aliviarme un poco, aquel rostro medio iluminado y deforme por la enfermedad con una gran verruga amarilla que le ocupaba medio hocico y parte de los ojos haciéndolo casi irreconocible, si realmente vi o imaginé a aquella criatura moribunda que se acercó a mí y me dijo: *Ven, Copito*, y como me resistí al principio porque temí que me arrastrara a su lado, y él repitió: *Ven, Copito*, y entonces fui hasta donde estaba y reconocí las tres manchas pardas en sus orejas, y me dijo *debes contar lo que has visto*, a lo que yo respondí *pero lo que he visto no me emociona* y me pareció que sonreía bajo aquella verruga enorme y dijo *en ese caso tendrás que cambiar lo que has visto*, y ahí fui yo el que sonreí, y no sé si hablamos de más cosas, sé que la luz fue apagándose y que dejamos de vernos las caras y, ya a oscuras, creo que en algún momento dije *Bam* y en algún momento él respondió *Copito*, porque hagamos lo que hagamos no se puede desobedecer a un nombre y es bonito tener un nombre al que no se puede desobedecer, pero sobre todo, creo, hubo un momento en que me invadió una duda monstruosa; en medio de aquella oscuridad, escuchando su respiración jadeante, pensé si aquel conejo al que todos habíamos creído extraordinario no era en realidad más que un conejo común y corriente, si no habíamos sido nosotros quienes lo habíamos empujado a hacerse cargo de nuestro desamparo y por ese motivo nos había salvado y destruido y luego salvado otra vez, si no es siempre así en la vida, que otorga lo que promete, pero nunca donde pensábamos y por eso tratamos de convertir a los conejos que amamos en los conejos que necesitamos, y por un momento sentí la tentación de echárselo en cara, de perdonarle quizá, pero creo que no lo hice, creo que nos quedamos en silencio entonces, como tantas veces nos habíamos quedado en silencio Bam y yo, y ya no sé cuánto tiempo más permanecimos allí, ni cómo nos despedimos, si es que nos despedimos, o cómo nos alejamos, si es que nos alejamos, o si fui yo el que propició su partida o si fue él, como en esas ocasiones en las que uno cree haber dicho algo solo porque habría sido absurdo no hacerlo, cuando en realidad ha permanecido en silencio, no sé.

AGRADECIMIENTOS

Todos los libros tienen una particular impronta en la vida de sus autores. Para mí este constituyó un regreso extraordinario a la libertad, esa palabra vapuleada. Me levanté una mañana y pensé que podía pensar como un conejo, sentir como un conejo, y también, en definitiva, escribir y sanarme como un conejo. Durante muchos meses regresar a estas páginas no solo fue un constante placer, sino también un reencuentro con la posibilidad de hacer una literatura política que no estuviera contaminada por la ideología ni el deseo de lograr, a través de los libros, una «justicia» que la vida no siempre otorga. Escribiendo esta novela comprendí hasta qué punto yo mismo había cruzado en los últimos años las mismas fases de esa Gran Madriguera, desde la recuperación de la fe en las instituciones hasta una nueva decadencia, tal vez más trágica por ser, precisamente, más cómica, y de nuevo la esperanza, y otra vez el desencanto del populismo y la posverdad... Paradójicamente, el relato de la fascinación de Copito por el conejo Bam purificó muchas de las sensaciones que no había sabido digerir en los últimos tiempos. Nunca sabemos dónde un libro nos va a sanar, tampoco sabemos dónde va a reabrir viejas heridas. Como en todos los viajes políticos, me sentí acompañado por muchas personas. Sin ellas este libro habría sido tan errático y disperso como el conejo que lo escribió. Va mi agradecimiento sin fisuras a los conejos y conejas: Alberto Pina, Juan Maissonave, Marta Jiménez Serrano, Juan Gómez Bárcena, Modesto Calderón, Eduardo Cabrera, Silvia Sesé y María Lynch. Pero sobre todo a Carmen M. Cáceres, la coneja máxima y sabia, que me hizo confiar una y otra vez, incluso en los días en los que ni yo mismo confiaba.

Edición en formato digital: septiembre de 2025

© Andrés Barba, 2025

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A.U., 1997
Pau Claris 172, Principal 2ª
08037 Barcelona

ISBN: 9788433948243

Composición digital: www.acatia.es

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es